

# **"DÉCADAS"**

**Enrique Hubbard Urrea**

**Versión Electrónica**  
**Dallas, Texas, marzo de 2009**

# P R E S E N T A C I Ó N

Aunque he continuado practicando el placer de escribir, *Décadas* se mantiene solitario como el único trabajo de su clase de entre los publicados. El ensayo sobre nacionalidad y su enfoque didáctico muestra claras diferencias respecto de la narración sobre Belize, mientras que mis acostumbradas aportaciones a la revista de ADE llevan su propio color, tanto en el contenido como en el tratamiento notoriamente festivo de temas contemporáneos dignos de mejor suerte.

Es más fácil encontrar lo que *Décadas* no es, que encuadrarlo o definirlo. Estrictamente hablando no es una autobiografía, aunque sin duda el hilo narrativo sigue la vida de alguien que es fácil identificar, sobre todo quienes han conocido los numerosos apodosos que he disfrutado a lo largo de mi existencia. Tampoco es lo que mi padre llamaba "historia patria de El Rosario", aunque describo cariñosamente a mi pueblo, a sus vecinos importantes o chuscos, incluso a los que son importantes precisamente por ser chuscos. Sin embargo, de lo que se trata primordialmente es de hacer un reconocimiento a ciertos personajes que distinguen al pueblo por su brillante cultura, erudición, triunfal carrera y conquista de los ámbitos nacional e internacional, empezando por mi propio padre.

*Décadas* se publicó con cierta prisa, debido a la ya avanzada edad de mi papá. Era para mí importantísimo que el viejo alcanzara a leer lo que de él pensaba, tanto porque hasta cierto punto continuaba yo su obra literaria, como porque le dije por escrito lo que se me dificultaba mucho expresar en voz alta. Tuve suerte, leyó el manuscrito y constató allí mi admiración, cariño y eterno agradecimiento.

Finalmente, dejé abierta la puerta para futuros trabajos ya que apenas toqué mis inicios en el Servicio Exterior Mexicano. Tengo en el tintero material para otras *décadas* que cubrán la experiencia de haber servido en Brasil, Miami, el retorno a la patria, el breve periodo de incorporación al gobierno de mi estado, así como la inigualable vivencia de ser embajador, teñido todo con la riqueza cromática representada por culturas, costumbres, lenguajes, música y culinaria distintas, no mejores o peores, sólo diferentes, todas las cuales aprendí a respetar y querer.

Espero que la lectura de estas primeras *Décadas*, despierten interés por las siguientes, cuando sea que encuentre el tiempo para plasmarlas en el papel.

**Dallas, Texas, 19 de marzo de 2009.**

Desde hace varios años, cada vez que me reúno con familiares y amigos por allá por mi tierra, El Rosario, Sinaloa, o cuando visito mi querida *Perla del Humaya* y de igual manera converso con parientes y paisanos, de una u otra forma se trata el tema de los escritos del *Cronista de la Ciudad Asilo*, así como ciertas referencias leves a una incumplida promesa de mi parte.

Don Carlos Hubbard (mi padre) produjo cuatro libros con abundantes y ya clásicas narraciones sobre los *Chupapiedras*, así como reflexiones sobre una convulsa época y los hombres y mujeres que la protagonizaron, pero según algunos no agotó el tema y quisieran ver nuevos dibujos escritos de mi pueblo y de su gente, pintorescos, incluso chuscos, por el mismo tenor de esos cuatro volúmenes.

Sólo que nadie quiere echarse a cuestras la responsabilidad de escribirlos y por ello no falta quien me pida que saque del tintero las incidencias de esos personajes casi de leyenda.

Nunca he rechazado del todo la propuesta, tal vez incluso he prometido atacar un día el tema, sin embargo hasta ahora usé el método recomendado por cierta canción ranchera: *a todos diles que sí, pero no les digas cuándo*.

Es en buena medida ese compromiso el que me ha llevado a tratar de ordenar ideas, recuerdos y percepciones, de tal suerte que los *personajes inolvidables* a que se refería la popular revista *Selecciones*, adquieran vida a través del teclado.

Ahora bien, cumplir con ese compromiso no significa que renuncie a escribir por el placer de hacerlo, es decir, a conversar con ustedes sobre *otros* asuntos, casi siempre vivencias y remembranzas a mi juicio dignas de registro; y ello implica incluir descripciones y referencias a cosas, casos y cuestiones no necesariamente de origen *rosarense*.

Si hemos de considerar esto como una continuación, toda proporción guardada, de la tetralogía ya citada, me reservo el derecho a plasmar los sucesos y acontecimientos de *mi época*.

De esta guisa el resultado va a tener que ser policromo, como quien dice *tutti frutti*.

Si al lector le gusta la *nieve* (helado) de sabores diversos y acepta poner en su plato los frijoles, el arroz, la carne y el pescado juntos, se apreciará mejor la narración, pues tendrá un poco de esto y un tanto de aquello, servido uno al lado del otro.

Pero para empezar debo referirme a mi pueblo natal, porque estoy convencido de que sólo a través de su conocimiento y comprensión tendrán sentido algunas acciones y reacciones.

Como recurso narrativo enfocaré todo desde la perspectiva de un protagonista central, personaje obviamente autobiográfico, tratado en tercera persona por mera comodidad.

Lo de dividirlo en décadas amerita explicación especial.

Entre otras cosas es evidencia de cierto pensamiento mágico, muy acorde con toda una escuela literaria latinoamericana, que hace pensar al protagonista que su vida acepta tal división.

Así, la década de los cuarenta (media década) representa la niñez irresponsable, juguetona; los cincuenta cubren la etapa escolar aún en la tierra natal; en los sesenta vemos la formación profesional, ya fuera del terruño; los setenta son la fundación y estructuración de una nueva familia; y los ochenta el despegue y consolidación de la carrera elegida, es decir, el Servicio Exterior.

Ese hilo narrativo es solamente la excusa para encadenar viñetas, no debe confundirse con el tema principal. Igual pude haber costurado una manta hecha de retazos; concatenación más o menos ordenada de cuentos; pero a mi juicio por ese camino sufriría la integridad del libro.

Es un bosque, sí, pero lo importante son los árboles.

Remarcaré, aunque sea de manera epidérmica, algunas figuras sobresalientes y trataré de resistir la tentación de volver a tocar los temas ya manejados, magistralmente, por mi padre.

Sólo haré referencia a *la historia patria del rosario* (así la bautizó él) cuando pueda aportar algo, cuando crea poseer alguna información que a él se le haya escapado, o que la inexorable marcha del tiempo le haya impedido atacar.

En algunos casos omitiré nombres o los diluiré a fin de proteger reputaciones (y mi propia cara), pero de todos modos serán reconocibles y tarde o temprano habrá por ahí algún reclamo airado (en portugués se dice *xingar*. ¿me explico?).

Son inevitables gajes del *oficio*.

De todos modos, el trato familiar e irreverente de nuestro pueblo obliga a preferir los apodos sobre los nombres; incluso el protagonista principal será identificado por sus diversos apodos.

A manera de ilustración puede hacerse referencia a aquel viajero llegado a *Matatán*<sup>1</sup> en busca de cierta persona. En la primera casa encontrada se dirigió a un apoltronado ranchero al cual le preguntó por Don José Lizárraga.

Escuchó éste la inquisitoria y meditó durante varios segundos.

“No, no me acuerdo de él, ¿no sabe cómo le dicen?”.

El viajero contestó “sí, creo que le dicen *el Chíviri*.”

“¡Ah!, pos’ entonces sí sé”, aportó alegre el *matatense*: “¡Po’joy yo!”.

Por último, podría decir que *lamento* cualquier malentendido, pero en el lenguaje de mi tierra es mejor decir que nosotros nunca nos *la-mentamos*.

## **DON CARLOS Y EL QUIQUITO**

La historia que vamos a contarles empieza un poco después de terminar la Segunda Guerra Mundial y arranca en un singular sitio del sur de Sinaloa: *El Rosario*.

Nacido de una leyenda vuelta fervor, cuenta ésta cómo un vaquero de nombre Bonifacio Rojas salió de la hacienda del *Agua Verde* a perseguir a una vaquilla y en el trance perdió momentáneamente un Rosario que de su cuello pendía. Para no detener su cabalgar arrojó el sombrero a guisa de marca del lugar del incidente y continuó la persecución hasta alcanzar a la bestia.

---

<sup>1</sup> Poblado del Municipio de El Rosario, Sinaloa.

Al retornar al sitio, la noche se le venía encima y decidió pernoctar allí mismo; por la mañana, al remover las brasas descubrió en ellas un preciado tesoro: ¡contenían plata!

Fue ése el principio de una explotación minera de casi tres siglos, conocida como *Real de Minas de Nuestra Señora del Rosario*.

La historia del fortuito descubrimiento puede o no ser cierta, pero nadie puede probar de manera fehaciente que no haya acontecido. En su eventual deambular *poresosmundos* (como diría Jardiel Poncela) al servicio de la patria, nuestro personaje tuvo oportunidad de constatar efectivamente el refrán: *nada es nuevo bajo el sol*.

Un día se enteró de la historia de *Cerro de Pasco*, Perú, mineral descubierto por un indio Inca quien al deambular en busca de una *Llama* (ese peculiar animal de exclusividad andina), lo sorprendió la noche y se refugió en una cueva natural.

Para su regocijo encontró en la mañana que ¡las piedras de su fogata contenían plata!. Curiosa coincidencia, ¿verdad?.

Bueno, es perfectamente posible que dos minerales de explotación española hayan sido descubiertos en parecidas circunstancias, sobre todo si se consideran las similitudes adicionales: En ambos casos los americanos sustituyeron a los ibéricos por medio de una misma empresa: la *American Smelting Co.*

Fuera cual fuere su origen *El Rosario* es una fotografía con retoques, no una película.

En más de trescientos años ha fluctuado entre la opulencia y la miseria; entre ser un centro cultural de reminiscencias helénicas y productor de *brancos* que emigran a Estados Unidos.

Cuando un viajero regresa después de meses de ausencia puede ver cambios sutiles y paulatinos apenas perceptibles para los lugareños, pero el asentamiento tradicional sigue ahí, inmune al paso del tiempo e invulnerable al cambio.

Es un pueblo hoy llamado ciudad: *Ciudad Asilo de El Rosario*.

El ritmo, musicalidad y modismos típicos del habla sinaloense son en El Rosario los mismos de siempre.

Las sodas (*jodas* en el típico pronunciar de la costa) son los refrescos embotellados; *juntar* es levantar algo del suelo; *alzar*, sin embargo, es hacer el aseo de la casa; *estilar*, poner a escurrir algo mojado; *ocupar* equivale a necesitar; *enfadarse* no es enojarse, sino aburrirse; *ruido de uña* le llaman al cacahuete o maní; estar *impuesto* se debe traducir como estar acostumbrado; *pistear* es beber; *bullir* es buscar; *reborujar* es revolver, confundir; *El Bule* era (es) la zona roja.

Asimismo, la *chagoya* es una trampa o truco, el cual por cierto *no entra en l'olla ni se cose* (sic) *con cebolla*; un *machetero* es un estudiante que aprende a base de repetición, de releer una y otra vez; la memoria se llama *chiluca* y aprender algo *de chiluca* es memorizarlo; ¡*Vete a la leña!* es como mandar a alguien al diablo<sup>2</sup>.

Además, una *cundina* es una especie de cuenta de ahorros combinada con sorteos o rifas (como Bonos del Ahorro Nacional domésticos); un hijo putativo será conocido como *entonado*; una empleada que atiende al público *despacha*; llegar hasta el fondo es *irse hasta el plan*; y así sucesivamente.

---

<sup>2</sup> Pocos trabajos había tan ingratos como ir cortar leña al monte, sobre todo con el calor usual en Sinaloa.

El sur de Sinaloa comparte ritmos y acentos de por lo menos dos orígenes: el norteño y el costeño. No hay otras áreas del país que combinen esos influjos, con la posible excepción de la costa tamaulipeca próxima a Tampico.

La suma de acentos produce un hablar musicalizado y sumamente folclórico, con “s” aspirada hasta sonar como “j”, al estilo costeño, pero con un tono distinto, de tintes norteños.

Se cuenta, por ejemplo, que cuando un sinaloense pretendió audiencia con un alto funcionario en el Distrito Federal, fue instruido para esperar en el *Hall*, pero el paisano contestó: “mejor en la *jombra*”.

Hay voces nahuas<sup>3</sup> en la parte sur del Estado, pero en el centro-norte la influencia es marcadamente *cahita*<sup>4</sup>.

Como resultado, existen amplias divergencias en la forma de designar a algunos objetos, patente en los nombres de animales y plantas. El mismo árbol puede ser conocido como *chalata* (xalatl) o *macapule*; la misma flor silvestre es *guámara* y *aguama*, el mismo insecto es en un lugar *avechucho*<sup>5</sup> y en otro se le llama *bicho*.

Para los originarios de Los Mochis (norte de Sinaloa), encestar el balón en un juego de basquetbol también se puede decir *yucar*, y para ellos mismos un *yorí* es alguien rubio, ambas voces de origen cahita y del todo desconocidas en el sur del estado.

En el sur se llama a las canicas *Chaicos* (también usado antes para designar a los afeminados), mientras que en el norte son *Catotas*.

Pero es en el carácter e idiosincrasia de su gente donde se haya el más rico filón.

Nuestro personaje es un rosarense, hijo de rosarenses, del mero Barrio de *la 22*; y para empezar su historia procede usar el muy particular estilo del *Cronista de la Ciudad*, es decir, su propio padre Don Carlos.

Éste diría más o menos así:

“A mitad de la década de los cuarenta, un domingo a las cuatro *salió el primero de la tarde*, como decían los cronistas taurinos. Hijo de Carlos y Chavita, que según *el Mamí*<sup>6</sup> llegó a la casa cuando no estaba su Mamá y hubo de ser recibido por una tía. “

“Le pusieron Enrique, como su abuelo, pero traducido el nombre porque en realidad éste se llamaba Henry”.

“Era efectivamente el primer hijo de esa pareja, es decir, *el primero de la tarde*.”

“De niño era llamado cariñosamente *Quiquito*; más tarde, una deformación de su apellido inglés lo acompañaría el resto de su vida y, curiosamente, sólo a él se le aplicaría, nunca a sus hermanos”.

“Nadie más fue *El Jubar*”.

---

<sup>3</sup> Gutierre Tibón, el famoso filólogo, sostenía que el imperio Azteca extendía su influencia hasta el sur de Sinaloa: otros, por supuesto, afirman que la legendaria Aztlán estaba por esas regiones. Ambas tesis pueden servir para explicar la presencia del idioma mexicana.

<sup>4</sup> Muchos pueblos indígenas de la región hablan esta lengua o derivados de ella (sinaloas, mayos, zuaques, guasaves).

<sup>5</sup> Se dice que *orina* y con ello provoca tremendo ardor; *chucho* es por supuesto perro.

<sup>6</sup> Manuel León (Q.E.P.D.), vecino del barrio de “la 22”.

Niño bastante precoz, no muy capaz en materia deportiva ni precisamente hábil con las manos, pero notable por su capacidad para memorizar, lo cual le permitió aprender canciones y poesías enteras a muy corta edad.

Desde el Jardín de Niños se le ubicaría y reconocería por razones distintas a la fortaleza física.

Por ejemplo, cuando las *señoritas* (maestras) armaron un simulacro de *Circo*, para seleccionar al *hombre fuerte*, envidiable papel que todos querían, pusieron a los niños a tratar de levantar una pesa de cinco kilogramos con una mano: el *Quiquito* se esforzó mucho pero fracasó en su empeño y cedió el honor al *Paco*.

Pero no se quedó sin un espacio protagónico, pues resultó electo para abrir el desfile anunciando a toda voz “¡El Circo Atayde presentaaaa!.....”, con un cucurucho que daba resonancia a su voz. Ya desde ahí se vislumbraba un sendero.

La familia inmediata del *Quiquito* no estuvo junta nunca. En una unidad familiar grande, para cuando nacen los últimos ya partieron los mayores.

Ese fue su caso.

Los hermanos fueron cuatro varones al hilo: el *Quiquito* fue el mayor y le siguieron Jorge Alberto, Jaime y Fausto; luego vinieron tres hermanas: Irma Cristina (Q.E.P.D.), Nancy y Melba.

A Nancy la dejó muy chica y Melba aún no nacía cuando se fue a *estudiar* (ya se verá el por qué del sarcasmo) al Distrito Federal.

Por supuesto había un gran parecido entre los hermanos, pero sus diferencias eran mayores.

La siguiente anécdota puede ilustrar mejor esas diferencias: un día, el *Quiquito* les llevó a los tres varones un problema hipotético y les pidió consejo; la situación descrita hacía referencia a dos muchachas, una parecía quererlo pero a él no le entusiasmaba, la otra le encantaba pero no correspondía a su ardor, ¿a cuál debía cortejar?.

Uno de los hermanos lo conminó a no herir a quien tanto lo apreciaba; otro le dijo que a él ni le iba ni le venía; el tercero contestó enfático: ¡a las dos, burro!.

Dormían en un mismo cuarto, con mucho calor aumentado por los *pabellones*, de los cuales no se podía prescindir si se quería resguardarlos de los *zancudos* (mosquitos) y de los alacranes, caídos en picada del techo cual bombarderos nocturnos.

El *Quiquito* tuvo un ataque de paludismo y eso obligó a tomar las precauciones mínimas. No hubo más enfermos por picadura de moscos, pero todos estaban cubiertos de salpullido por el calor.

La personalidad de cada cual se modela y forja con ingredientes de diversos orígenes. Una parte es inevitable porque se hereda, pero existe otro ventrículo que late al ritmo de la emulación voluntaria o subconsciente.

A nadie sorprenderá el hecho de que el *Quiquito* tratara de parecerse a su Papá.

*Don Carlos*, como era conocido en el Pueblo-Ciudad, fue durante medio siglo uno de los pilares de la vida comunitaria. No fue Presidente Municipal porque cuando pudo no quiso y para cuando quiso ya era tarde, pero estuvo siempre cerca del poder e incluso lo ejerció tras bambalinas.

En cada suceso importante para el desarrollo de la población, en cada hito, en cada logro, en cada avance, aparece la huella de Don Carlos.

Como periodista era la voz y la conciencia del anciano pueblo, actor de verdaderas batallas libradas desde la poderosa trinchera conocida como *Rumbos*, semanario que amasaba y horneaba personalmente, aunque jamás fue negocio.

Infinidad de veces oyó el *Quiquito* a su Mamá comentar preocupada con las infalibles e inefables tías tal o cual artículo, donde se enfrentaba Don Carlos a la injusticia y a la ignorancia sin temor a represalias.

En ocasiones, de manera estridente denunciaba los abusos, desnudaba la verdad o descubría las componendas; en otras, echaba mano de su sempiterno compañero, el sentido del humor, para develar las entrañas del engaño, hacerle cirugía a la infamia o diseccionar los mitos y las leyendas.

Difícilmente podrá encontrarse a una persona en el Pueblo que no haya pasado por las columnas del periódico, pues éstas representaban un corte microcósmico de la sociedad misma.

Con orgullo decía: “*Rumbos* no reportó la muerte de Kennedy, pero sí la del *Gocha*”, humilde chofer de carro de sitio; si el suceso era noticia con valor periodístico aparecía en la primera plana como tal. Casi siempre eran éstas de carácter político o policial.

Además había oportunidad de incluir todo tipo de acontecimientos de interés general como parte de columnas de nombres muy originales: *Dicen... diremos*, o bien *Llegaron al Hotel del Águila*, elegante forma de referirse a la cárcel.

Sin lugar a dudas la más popular sección, la primera en leerse a pesar de aparecer en páginas interiores, era *Sucedió en la.... Semana*, verdadero compendio del quehacer cotidiano del Pueblo y sus lugareños, prueba del poder y velocidad de ese medio de información tan desdeñado y a la vez tan difundido: *el mitote o chisme*.

Para miles de emigrados suscribirse a *Rumbos* era una de las actividades obligadas de cada visita al Pueblo, pues como boletín informativo permitía a los paisanos más alejados comunicarse entre sí sucesos familiares de importancia: nacimientos, bodas, graduaciones, decesos, etc.

Con sólo comunicar a Don Carlos la noticia, invitación o participación, se aseguraban de que todos los coterráneos recibieran aviso a través del *Rumbos*.

No había acontecimiento más esperado y ansiado que la llegada del periódico, inconfundible por su peculiar forma de doblaje (*el Quiquito* fue parte de una secta exclusiva encargada de doblar el periódico para manejo de correos, donde estuvo incluida casi toda la familia); y porque al abrirlo esparcía algo más que noticias buenas o malas, derramaba expectación, júbilo y provocaba verdaderas batallas campales por ser el primero en leerlo.

Por ese conducto logró Don Carlos una verdadera proeza: cada remesa hacía sentir a ese otro Pueblo trasplantado al exterior, como si recibiera carta de su casa.

Nacido en 1912, hijo de un americano que había ido a laborar en la administración de la Mina (no en la Mina, pues esa circunstancia lo hubiera colocado en las entrañas de la tierra cambiando pulmones por metal) y de una joven del municipio de Concordia, su árbol genealógico



sólo puede trazarse por línea materna<sup>7</sup>, pero sin duda se trata de una continua cadena de fuertes personalidades femeniles.

Hasta donde se sabe, en la época de la invasión francesa los disturbios obligaron a la primera y matriarcal Sra. Zatarain a huir de Concordia hacia El Rosario con sus hijos. Después, varias longevas mujeres mantuvieron la cohesión familiar.

Destaca doña Jesús Zatarain Vda. de Martínez, *la Tía Chuy*, quien sobrevivió por muchos años a su marido y se encargó de supervisar con sabiduría el desarrollo de su propia familia y la de él, también suya; y ocupó el lugar de abuela para el *Quiquito* y sus hermanos.

Como mayor de los hijos de Doña Emilia Rojas y sin contar con el apoyo de su padre, Don Carlos tuvo una niñez difícil, llena de carencias y en ocasiones también de hambre.

Se las ingeniaba para ayudar al gasto familiar y todavía educarse, divertirse y no caer en la amargura ante las privaciones cotidianas.

Recorrió un duro camino en busca del sustento personal y familiar.

Desde muy joven, trabajó en las más disímolas actividades: fue cartero, oficial de Hacienda, chofer, periodista, distribuidor de vinos y licores, vendedor al menudeo de éstos (título mucho más digno que *cantinero*), transportista, comerciante, político y músico, aunque esto último fue más por inclinación personal y como desahogo.

La hizo además de secretario de juzgado, contador, empresario pesquero, constructor, profesor, historiador, impresor, refresquero, cervecero, actor, dueño del único cine, radiodifusor, locutor, organizador de los festejos del Tercer Centenario de la fundación del pueblo y, por supuesto, escritor.

Si hay un común denominador en toda esa amalgama de artes y oficios este es que en cada una de ellas trató siempre de ser el mejor, con notable éxito en la gran mayoría.

Hombre grande, seguro de sí mismo, con imponente presencia física y soberbia habilidad retórica, usualmente se ganaba el respeto o incluso la admiración de propios y extraños; el *Quiquito* nunca lo vio dar paso atrás, jamás supo si algo lo intimidaba.

Se enfrentaba a las más difíciles situaciones sin pensarlo dos veces.

La muerte parecía dejarlo impávido, por lo menos como concepto, pues sin duda sufrió y lamentó profundamente la desaparición de familiares y amigos, pero siempre se enfrentó a la parca de tú a tú, de igual a igual.

No parecía temerle a nada ni a nadie ni le temblaba jamás el pulso para poner en su lugar a cualquiera, sin embargo aceptaba cabizbajo los regaños de la tía *Chuy*, singular presencia en su vida que ocupó el lugar de la madre cuando ésta faltó.

Un día se dejó llevar por un arranque de ira y corrió de la casa al menor de sus hijos; la formidable anciana le recetó tremenda filípica y no sólo reprobó la decisión, la revocó. Según el *Quiquito*, nadie más, nunca, lo hizo retroceder.

Decir la verdad y decírsela a quien fuera era regla de conducta invariable. Obviamente jamás le preocuparon las opiniones de los receptores de sus ataques escritos o de sus catilinarias, pero

---

<sup>7</sup> Recientemente encontré en Internet antecedentes de un tal Carlos Hubbard – así escrito, no como *Charles* – nacido en el Estado de Vermont en 1860, hijo de Henry Hubbard. Parece demasiada coincidencia como para ser accidental.

inexplicablemente (para los demás) sus enemigos reales y permanentes fueron siempre contados y muy visibles.

Aunque nunca hubo duda respecto de la jerarquía hogareña, pues el Jefe indudable era Don Carlos, con admirable habilidad Chavita lograba muchas veces que la decisión tomada por aquél coincidiera exactamente con sus deseos.

Incluso los principios, valores, prioridades y herramientas de conducta social fueron impartidos por ella, mientras El Jefe se encargaba de estratos superiores en materia de conducta, educación y cultura.

Al reflexionar sobre esta situación viene a la mente la broma aquélla respecto de la división de funciones entre la pareja: a ella quedaban las decisiones secundarias, de menor rango, como el lugar donde vivirían, el tipo de casa, la clase de muebles, cuántos hijos y cuándo los tendrían, a cuales escuelas acudirían, etc.; mientras a él le quedaban las decisiones importantes, trascendentales; como la resolución del problema de Kosovo, el conflicto en el Medio Oriente, el vía crucis de los indocumentados, etc.

Don Carlos realmente se reservaba las decisiones importantes, de una y otra índole.

En casi todos los aspectos, el *Quiquito* estuvo siempre bajo la mirada vigilante y la mano conductora de su padre, como si repitiera en él la experiencia vivida en su infancia, cuando estuvo bajo el cuidado y guía del Maestro Julio Hernández.

Una vez más parecía existir reconocimiento implícito de cierto potencial.

Poco a poco, Don Carlos fue estructurando en aquel niño un bagaje de conocimientos, suficiente para mantener abiertas sus opciones cuando llegara el momento de escoger camino.

La cantidad de libros que le dio a leer desde muy temprana edad y haberlos devorado sin resistencia, fue una maravillosa combinación.

Años atrás, otro de los privilegiados alumnos de Don Julio Hernández, *Pancho Apodaca (El Chato)* compadre de Don Carlos, le había presentado a éste la oportunidad de dejar el terruño y probar sus alas en el proceloso mar de la capital, pero declinó por decisión propia, sin presiones, porque la ruta escogida tenía a su pueblo como meta central.

Probablemente estaba consciente de no contar con las mismas armas, pues su compadre había continuado los estudios fuera de los confines del Estado y disfrutaba de ventajas comparativas evidentes; tanto era así que llegó a ser Embajador de México.

El compadrazgo había nacido precisamente por apadrinar al niño-proyecto: deliberadamente encaminaba al pequeño hacia un destino más parecido al del padrino que al del padre.

Al abrirle las puertas del mundo de los libros le soltaba las amarras y al llevarlo de viaje predicaba con el ejemplo: se manejaba con seguridad, sin permitir la germinación de temores por las abrumadoras diferencias entre el pueblo y la ciudad.

Los que sí habían volado tratando de escapar el cerco de la rutina lo respetaban, lo trataban de igual a igual. Para Don Carlos, la valía personal nada tenía en común con el origen o el domicilio.

Además, los modelos dignos de emulación no se limitaban al espacio nacional, tenían al mundo entero como terreno de acción.

Cuando el *Quiquito* tenía siete años, pudo constatar la cercana amistad que unía a Pedro Infante con Don Carlos, relación de mutua admiración y aprecio totalmente desinteresado, a pesar de ser uno personaje de talla internacional y el otro sólo modesto empresario-periodista de provincia.

La labor de apertura al mundo era cuidadosa, nunca destructiva de la imagen de su tierra.

Por el contrario, había un cariño palpable traducido en orgullo y transmitido íntegro al heredero; se cantaban constantemente las virtudes del viejo mineral, sobre todo su tradición cultural y el privilegio que significaba ser de tan noble estirpe, pero se ponía especial énfasis en señalar la mejor forma de hacer honor al origen: poner en alto el nombre del Pueblo llamado Ciudad.

Don Carlos trataba de fijar en la mente de la criatura que muchos se iban por sentirse incomprendidos, otros salían empujados por la necesidad, pero quienes en verdad eran paradigma habían viajado a cumplir su destino, a influir en su sino y de paso elevar el nombre de su Pueblo dentro y fuera de México.

Sin embargo, primero tenía que aprender a ser rosarense; lo cual hasta cierto punto es intangible, inefable.

Los personajes típicos distaban mucho del corte y tipo del *Chato* o del natural talento de un Pedro Infante; pero decir que no participaban de ese *algo* inherente a los *Chupapiedras* sería negarles una parte esencial de su formación.

En El Rosario la irreverencia es la regla de oro y la brutal franqueza habitual. Sin embargo, su población es notable, sobresaliente.

La memoria del pequeño se fue enriqueciendo con las vivencias derivadas de la observación, íntimamente ligada a la admiración, por esos desconocidos personajes de su niñez.

## **¡ÉSOS DEL ROSARIO!**

La gente de El Rosario es en verdad distinta, especial.

Con los mismos diez mil habitantes desde principios de siglo, *El Rosario* ha dado personajes históricos relevantes: Pablo de Villavicencio *El Payo del Rosario*; artistas de la talla de *Lola Beltrán* y de toda la familia Infante (con la excepción de Pedro, nacido casualmente en Mazatlán pero cuyos años formativos los pasó en Guamuchil y de ahí se sentía); en materia deportiva una Irma Urrea, campeona mundial de boliche y un Horacio Llamas, primer basquetbolista mexicano en la NBA (Liga profesional de los Estados Unidos).

Hasta el movimiento sandinista que derrocara a Somoza en Nicaragua tenía entre sus comandantes a un rosarense, *El Chito*<sup>8</sup>.

Pero especialmente importantes, como se verá después, son los tres embajadores originarios de *El Rosario* (dos de los cuales continúan en el Servicio Exterior hasta hoy) y uno de los cuales es el foco de nuestra narración.

En El Rosario es posible calcular el porcentaje de *Primeros de Mayo* (flojos, desocupados, *bienvivientes*); la categoría de los *Camisas Pintas*<sup>9</sup> está casi saturada (*suturada* hubiera dicho *El*

---

<sup>8</sup> Víctor Manuel Tirado.

*Chiles*, vecino del barrio de la 22), pero según Don Carlos no había el clásico *borrachito del pueblo* y todos tuvieron que turnarse para cubrir la vacante.

Tampoco puede decirse que hubiera el proverbial *loquito*, dicho en diminutivo por ser una persona afectada de sus facultades mentales pero a la vez inocuo, hasta simpático. En El Rosario no había tal personaje en exclusiva, pero incontables vecinos calificaban para el puesto.

Descubrir, tratar y sobre todo describir de manera ágil y amena a todos esos ejemplares de la fauna rosarense fue el gran mérito de Don Carlos. El título de Cronista de la Ciudad no le llegó por casualidad.

Siempre fue acucioso investigador y cuidadoso recopilador de manuscritos; pero fueron sus dotes de escritor las que lo llevaron a editar cuatro volúmenes dedicados exclusivamente a su tierra y su gente, con inigualable maestría e inimitable sencillez.

Resultaría casi imposible mejorar o ampliar su ejemplar testimonio de una época prácticamente olvidada, pero es tal la producción de personajes pintorescos en ese pueblo llamado ciudad, que nadie puede descubrirlos a todos, de tal suerte que algunos se quedaron en el relativo anonimato.

Es en el seno de la propia familia de Don Carlos donde habría que empezar a descubrir esos inolvidables rosarenses a los cuales no hizo referencia en sus libros.

*Chebo* Martínez, hijo de la tía *Chuy* y por tanto tío del Cronista, era muy popular en el pueblo por varios rasgos distintivos, tal vez únicos: calzaba de un número inmenso (decían que había que tumbar un laurel para hacer la horma de sus huaraches); hablaba en taquigrafía (nadie le entendía nada); era eterno cantinero durante los bailes de postín y era ducho en la defensa personal, cualidad sumamente útil para controlar a sus frecuentemente agitados clientes.

Toda su vida anduvo en bicicleta, con las puntas de los pies arrastrando, platicando de quién sabe cuántas cosas las cuales sólo él sabía y nadie más entendía.

Con casi maniática perseverancia se apersonaba muy temprano el primer día hábil del año a solicitar la placa de su amada bicicleta, pues así siempre le tocaba la número uno. Después de muchos años ya se la reservaban, ¡se la había ganado a pulso!

En realidad todo el Pueblo se transportaba preferentemente en bicicleta.

*Chebo* acostumbraba invitar a sus amigos a disfrutar de un espectáculo divertidísimo: *las bicicletas broncas*.

En cierta época, hace ya algunos años, en todo el estado se fijaron las 11:00 P.M. como hora de cierre obligatorio de los bares, razón por la cual todos los clientes eran despedidos al mismo tiempo. *Chebo* y sus secuaces se instalaban frente al *Bar*<sup>10</sup> a la hora señalada y aplaudían a los alegres pero tambaleantes jinetes, cuyas montaduras se rebelaban cual briosos cuacos y muchas veces lograban derribarlos.

De verdad parecía la doma de caballos salvajes.

*Chebo* tenía un grupo de amigos con los cuales se reunía a platicar todas las tardes en un restaurante muy conocido porque colocaba mesas en la acera.

---

<sup>9</sup> Sumisos, sujetos al mando de su consorte, también conocidos como *mandilones* y *supermán... dilones*.

<sup>10</sup> Restaurante llamado “Silva’s Café Bar, pero conocido popularmente como “El Bar”

La mesa del grupo estaba permanentemente reservada, a pesar de no caracterizarse precisamente por ser grandes consumidores, pero nadie se atrevía a disputarles el derecho. Por cierto, a esos amigos nadie les creía ya nada, pues como decían entender las largas peroratas de *Chebo*, eran indudablemente mentirosos.

La amistad de *Chebo* con el *Tranqui* (Tranquilino de nombre, como si le hiciera falta apodo) hizo leyenda. Siempre fueron amigos, pero cuando el *Tranqui* emigró a Los Mochis y empezó su fabulosa colección de música grabada, cada reencuentro era noticia en todo el pueblo.

En efecto, al *Tranqui* le dio por grabar cuanta música, canción o tonada escuchaba en vivo y de esa manera construyó una especie de archivo histórico-musical de la región. Si el intérprete se hacía o no famoso, si era o no conocido, poco importaba; lo esencial era que a él le gustara.

Pero además, como se trataba casi siempre de talentos locales y/o aficionados, sólo él poseía y podía reproducir lo que en infinidad de ocasiones fue *debut* y *despedida*.

Traía pues, un veliz lleno de grabaciones en cassette, acompañado de una guía-índice escrita. Era en verdad asombrosa la hazaña lograda.

Toda visita del *Tranqui* empezaba y terminaba con *Chebo* pegado como lapa a su amigo y sin dejarlo solo ni un momento de su estancia, por prolongada que ésta fuera. Se les veía en la plazuela, en *el bar*, en el quicio de alguna puerta, sentados en el suelo, *libando* y escuchando la interminable colección.

Siempre de buen humor, paraban al que pasara y le invitaban una *cheve*, poniendo como único requisito aceptar la prueba, es decir, mencionar a algún (a) cantante, grupo, banda, o conjunto local no incluido en los cassettes del veliz.

*Chebo* se llevó a la tumba un gran secreto, ¿de verdad le entendería el *Tranqui* todo lo que le platicaba?. El legado que sí perdura es esa lección de amistad sincera, digna y duradera.

Es una de las características de la idiosincrasia rosarense: el gran valor dado a la amistad. Incluso de manera inconsciente se trasluce al hablar de algún desconocido, pues se dice *un amigo*, cuando en otras latitudes se hubieran referido a *un sujeto*.

Otro personaje digno de mención es *el Pica*.

Desconocido por su nombre, pero de ubicua presencia a través del apodo, este multicromático personaje sigue siendo fiel a su filosofía vital que puede resumirse en una combinación de *Pito Pérez*, *Juan Pérez Jolote* y *El Negrito del Batey* (por aquello de que *el trabajo para mí es un enemigo*).

Y no es que nunca haya trabajado, sino que nació para ser Jefe de Ayudantes de algún importante político de otros tiempos, o por lo menos Coordinador de Transportación Terrestre de un potentado (léase Chofer).

Parecía seguir fielmente el apotegma de Gerson, jugador de la selección brasileña de fútbol, traducido más o menos así: *sáquele provecho a toda situación*.

Durante mucho tiempo anduvo manejando este o aquel vehículo, sin que sus labores incluyeran nunca cuestiones de seguridad, pues aprecia mucho su vida y la violencia sólo le acomoda si es verbal. Sin embargo, tomó tanto cariño a los hijos de uno de sus eventuales jefes (lo de jefe es muy relativo, siempre hizo lo que se le dio la gana), que por ellos sí asumía la defensa, sobre todo si las amenazas provenían *de otros niños*.

Siempre presto a *gorrear decentemente* y dueño absoluto de su tiempo, jamás faltaba a una parranda y hasta aprendió a cantar, por cierto nada mal, *una canción* como fórmula para incorporarse a las tomadas.

Sí, sólo una canción. ¿Pues qué creía usted?, ¿que se iba a dedicar a trovador?

En una ocasión llegaba de vacaciones el *Quiquito* (ya no era llamado así, pero de eso hablaremos más tarde) y al aproximarse a la gasolinera alcanzó a divisar al *Pica* en su para entonces famosa silla de ruedas (perdió una pierna a consecuencia de la diabetes y por no dejar de beber como ordenaba el tratamiento).

Rápidamente, el *Quiquito* urdió un plan para poner a prueba al susodicho y le dijo a su hermano, que iba al volante, que se agazaparía fuera de la línea de visión del *lengua suelta* aquel, para ver qué tantas *habladas* soltaba.

Ver llegar el auto a la bomba de gasolina, reconocerlo, constatar que no iba en él su propietario y disparar su interminable verborrea, fue concomitante.

“¡Ah, mira, es el *coshe* del Cónsul!”, ¿no me lo prestará para ruletear un día en Mazatlán?”.

“Ni modo que se asuste, al fin desde *endenantes* anduve ruleteando cuando me mandó tu ‘apá a llevar a tu otro hermano de luna de miel al puerto; nomás lo dejé en el hotel y me fui a darles servicio turístico a unas gringas”. “Lo bueno es que ya no salió”, “¡Ja ja ja!”.

“Dile al Cónsul que me consiga una concesión para vender Carta Blanca en la ONU” (esta era una petición iniciada desde años antes); “se me hace que tú eres hijo mío y nomás te adoptó Don Carlos”.

“Ando tramitando una chamba de *magnate*”, ¿no me crees?”, “pregúntale al difunto *Colitas* y verás, pronto voy a andar vendiendo mangos”. “¡Ah!, ¿qué no se llama así el vendedor de mangos?”. “¡Mira tú, *diatiro* cómo sabes cosas, ya has de saber hablar en inglés y por teléfono!”.

“Fíjate que a mi compadre el *Cananas* lo invitaron a dar el grito en Chametla y ¿qué crees que gritó el burro?, pos: “*vivan los tres héroes de la independencia: Don Miguel, Hidalgo... y Costilla!*”.

Y así por el estilo seguía de hablador.

De pronto, el *Quiquito* se incorporó y trató de sorprender al dicharachero *Pica* con las manos (¿lengua?) en la masa, ¡pero qué va!, si en cuanto se percató de su presencia empezó a cantar sus virtudes a voz en cuello.

“¡Jefe!”, “¿quepsó?”, “¿jaguar yu?”, “¿es cierto que ya te van a dar la chamba de Secre?”, “¡llévame de chofer, no seas así!”, “¡ándale!, ¿qué te cuesta?”. Bueno, hasta ratificó su deseo de poner una hamaca en el lobby de la ONU y vender a los delegados cerveza bien fría.

Un personaje tan irreverente y desordenado como el anteriormente descrito sirve para mostrar otra cara de la idiosincrasia rosarense, aquella que el escritor Dámaso Murúa Beltrán llama *tendencia desmitificadora*, sin duda capaz de recortar cualquier ego desbocado.

Y con el fin de describir a otro de los famosos e inolvidables personajes rosarenses habría que usar el hilo narrativo y la irresistible simpatía del *Wasas*<sup>11</sup>, pues su recuento de las aventuras y puntadas de *El Canario* no tiene paralelo.

---

<sup>11</sup> Jorge Alberto, hermano del *Jubar*

Dice el Wasas:

“La leyenda de *los canarios* ha ido pasando de boca en boca y hoy es parte de la historia del Rosario, casi casi como si saberla fuera prueba de que usted es de allí”.

“Se trata de una familia que vivía en un mismo predio, con las viviendas rodeando un patio interior donde estaba el taller y la fragua, negocio familiar dirigido por el *Canario Mayor*. Los hijos que se casaban llevaban a sus esposas a vivir allí y se sumaban al clan, junto con el *muchachero* resultante.”

“Eran buenos trabajadores, pero estaban todos locos de remate. Nosotros vivíamos a espaldas de su casa y sólo nos separaba una barda relativamente pequeña, pero suficiente para no dejarnos ver lo que allí acontecía y despertar nuestra curiosidad, sobre todo después del incidente del *ranchero*”.

“Un día estábamos jugando muy quitados de la pena en nuestro pedacito de patio, cuando de repente apareció volando sobre la barda, verde del susto, un *ranchero*. “¿Qué pasó?”, preguntamos muy nerviosos y sólo alcanzó a responder con voz temblorosa: “¡va a tronar!”. Y sin más explicación salió corriendo”.

“Después se asomó por la barda uno de los canarios y muerto de risa le gritó: ¡ya hombre!, ¡regrésate que ya pasó! : ¡le habían hecho creer que la fragua iba a explotar!”.

“Y no crean ustedes que era una broma simple, no, se necesitaba la participación de toda la familia y actuaciones merecedoras de un *Oscar*. Llegaba un cliente a pedir algún trabajo y con una mirada se ponían de acuerdo. Mientras uno le bombeaba a la fragua, todos los demás se dedicaban a diversos quehaceres: un muchacho barriendo, las mujeres *torteando* por ahí, todos ocupados y a la vista”.

“De pronto, el de la fragua gritaba “¡va a tronar!” y salía disparado hacia el zaguán, seguido de cerca por todos los demás, incluso las señoras quienes le daban el toque dramático al asunto al aventar la masa y correr despavoridas”.

“Era tradición de los canarios jugarle bromas pesadas a los *rancheros* más ingenuos. Una vez llegó de la sierra un pobre *amigo*<sup>12</sup> a arreglar unos fierros. Una vez tomada la orden, le dijeron que se esperara pues aquello no era muy tardado y le indicaron la silla donde podía apoltronarse mientras”.

“Dónde se iba a imaginar que la silla era *eléctrica*. Pues sí, a los pocos minutos empezó a sentir un cosquilleo, de pronto transformado en fuerte choque que lo hizo pararse de golpe y arrancó las carcajadas de los canarios, muy ufanos por el éxito logrado”.

“El día de los *rafaeles*<sup>13</sup> era todo un acontecimiento en el pueblo”.

“Colocaban los canarios una enorme bocina en un poste muy alto, desde donde empezaban de madrugada a tocar ruidosas melodías. Se escuchaba música todo el santo día. Además compraban cohetes y los lanzaban sin ton ni son. La fiesta era tremenda y agotaba prácticamente el día completo”.

“Otra costumbre era celebrar el carnaval. Hacían fiesta, desfile, se disfrazaban y coronaban reina, siempre alguna viejita limosnera reclutada de la calle”.

“El festejo era intramuros, sin participación *extraña* (ajena a la familia), salvo la reina y uno que otro privilegiado”.

---

<sup>12</sup> Como ya se dijo, es usual designar a un individuo como *un amigo*.

<sup>13</sup> Onomástico de Rafael, el canario mayor.

“En realidad todo era alegría y diversión, pero lo misterioso del asunto hacía correr rumores medio descabellados respecto de brujerías, ceremonias secretas, etc.; seguramente inventados y repetidos por ellos mismos”.

“Tal vez la tradición más conocida era la de las novatadas”.

“Recuerdo que en la imprenta de mi Papá se acostumbraba recibir a los aprendices con un *encargue*: ¡vete con *los canarios* a buscar unos clavones!<sup>14</sup>. El pobre *chavalo* iba de por sí preocupado por tener que entrar a ese misterioso mundo de los canarios, y de pilón estaba a punto de entrar en un jueguito muy divertido... ¡para los otros!”.

“En el taller le informaban muy tristes que los últimos *clavones* se los habían dado al *Guapo* (empleado del Hotel Rosario); y allá iba a ver si le habían sobrado algunos; pero el *Guapo* lo mandaba con Juan Reyes (el sastre) y éste con Javier Cañedo (el de la botica) y así sucesivamente”.

“Creo que el peor caso fue el de un pobre niño del barrio, a quien su Mamá lo regañó muy feo; entre otras cosas le dijo: ¡a ver si algún día consigues un poco de conciencia!. El *plebe* anduvo muy triste hasta que se encontró al *Chiles* y le platicó lo de la regañada”.

Y ahí estuvo lo malo, porque este *cabrón* era muy *maldito*; haciéndose como si fuera muy buena gente, le aconsejó: “¿sabes dónde puedes conseguir un poco de conciencia?”, “creo que todavía les queda algo a *los canarios*”.

“Ya se imaginan el resto de la historia, ¿no?”.

“Y lo que’s no tener nada que hacer: una vez llegó al Hotel un agente viajero *chilango*, que se pasó toda la tarde quejándose de su *pinche suerte*, pues iba a tener que pasar una noche en ese *pinche pueblo*”.

“Claro que lo oyó *el Guapo* y luego luego se puso a sus órdenes”.

“Si quiere lo mando con las muchachas”, le dijo.

“¿Las muchachas?”, preguntó ya interesado el agente.

“Sí, usted sabe, las muchachas pues, pa’ pasar un buen rato...”

“¿Y siquiera están buenas?, dijo ya picado el *chilango*”.

“Pos ‘ay de todo, respondió el *Guapo*”.

“Pos’órale, se decidió el visitante”.

“Bueno, ‘ay le van las instrucciones. Se va *usté* por esta calle y da vuelta a la izquierda en la primera, donde está la botica. Más adelantito va a ver un zaguán como de taller y enseguida está una puerta. Ahí es”.

“Tóquele fuerte y *no se agüite* si le dicen que no es allí, se van a hacer tontos un rato y hasta le van a decir que es casa de familia. No les haga caso, insista, dígales que lo mandó *el Guapo* y verá”.

“Ni qué decir que el pobre *amigo* insistió tanto, que salió *el Canario* con una escopeta y lo correteó hasta el Hotel”.

---

<sup>14</sup> Juego de palabras mal intencionado que puede entenderse como ir a que *lo claven*.



“Bueno, al menos ya no pudo quejarse de aburrimiento”.

“Por su parte el *Currutá* (un perro de esos de la calle cruzado con todo) se distinguía como *perro de los Canarios*, porque esos vagos cuando estaban pintando con pistola le lanzaban un *chisguete* de color y poco a poco se convirtió en un animal en technicolor, moteado de todo tipo de tonalidades. Era realmente cómico verlo con los pelos tiesos y casi casi como guacamaya”.

“Muy al estilo de los Canarios se decía que el perro había tenido un triste fin, pues un día, tras mucha acumulación de pintura, se quedó tieso, sin poder moverse más y así murió”.

La tendencia a formar *consorcios*, es decir, “unión o compañía de los que viven juntos”<sup>15</sup>, es también característica de los rosarenses. *Los Canarios* muestran, con su buena dosis de humor, esa actitud gregaria, pero además han logrado hacer escuela. Todavía hoy se acostumbra responder a preguntas absurdas con un: “¡vete con los canarios!”.

Por otra parte, los rosarenses en su mayoría se identifican por la pertenencia a cierto barrio, el cual cimienta amistades, agrupa compañeros de juego y determina la escuela a la cual se asistirá, de ahí la importancia de dedicarle un capítulo aparte.

## EL BARRIO DE LA 22

Los primeros recuerdos del *Quiquito* se componen del Pueblo, de sus retorcidas calles y sus pintorescos habitantes, pero sobre todo del microcosmos que aún hoy es el Barrio de *la 22* (Calle 22 de diciembre).

A pesar de ser un lugar relativamente pequeño (no tanto si lo medimos con los parámetros coloniales, pero ciertamente hoy sí lo es) el Pueblo estuvo y está dividido por barrios.

En algunos casos el nombre se derivaba de algún punto dominante y así nacieron *El Faro*, *La Mecha Ardiendo*, *el Tiro de San Antonio* o *La Hacienda Vieja*; pero a otros los identificaba el nombre de una calle: la *14* era en realidad la calle *Real del Catorce* y lo mismo sucedía con el barrio de la *22*.

Además la calle estuvo mucho tiempo dividida entre dos barrios: la *22* propiamente dicha y *La Sirena*, rincón de mala nota ya desaparecido hasta de la memoria histórica, el cual estaba ubicado al final de la corta rúa.

Y todavía más, había un territorio delimitado por la calle Morelos y el *Callejón de la Fortuna*, que era para los compañeros de juegos del *Quiquito* patio frontal, campo deportivo, propiedad colectiva usada como área social hoy convertida, atinadamente, en zona peatonal que lleva el nombre de Don Carlos Hubbard Rojas.

El famoso *Callejón* era más bien un pasadizo comunicante con otra calle, otro barrio. Prácticamente nadie vivía por allí, salvo por una o dos excepciones

La ausencia de casas-habitación y la oscuridad imperante de noche, en cierta ocasión dieron paso a la presencia de malvivientes, los cuales usaban el *Callejón* como excusado público. La protesta por los fétidos efluvios no se hizo esperar.

De inmediato se organizó una comitiva de notables (las señoras más *argüenderas*) que fue al Palacio Municipal a presentar su queja, salpicada de recordatorios no muy cariñosos a la familia inmediata de los vagos del callejón.

---

<sup>15</sup> Diccionario de la Lengua Española.

El Alcalde en turno oteó la oportunidad de anotarse a su favor varios puntos a bajo costo, pues según él con sólo mandar colocar un foco en el poste más propicio se resolvería el asunto y así lo dispuso.

Pero para su sorpresa, poco después regresó la comitiva de vecinos, muy molestos y con ánimo belicoso; “¿qué pasó?”, les dijo a manera de bienvenida, “¿ya les pusieron el foco?”; “sí”, respondió la portavoz, “pero no sólo siguen acudiendo los *cagones*, sino que ahora llevan revistas pa’leer”.

Así, el mundo infantil del *Quiquito* empezaba en la casa paterna e incluía la calle, pero sólo hasta el Callejón y sin doblar en éste.

Y cómo no había de ser la calle parte del hogar, si la distancia física entre su casa y la de *La Caty*<sup>16</sup>, directamente enfrente, era menos de cinco metros.

En tan íntimo entorno era común llamar a los niños *desvalagados* a través de gritos, anunciando estentóreamente la necesidad de su regreso a casa.

Se oía una y otra vez: ¡Juliooooo!, ¡te habla tu Papáaaa! ; o bien: ¡Raúuuull!, ¡ya vente a comeeeeer!, los públicos anuncios retumbaban por todo el barrio y alcanzaban al destinatario aunque se encontrara en el patio de otra casa.

Otro sonoro anuncio penetraba lares y sentidos: el de los vendedores ambulantes, por cierto verdaderamente ambulantes, no como los de hoy, usualmente estacionados en una acera de manera semi-fija.

Al llegar al perímetro auditivo del barrio, esos anuncios públicos despertaban necesidades y agitaban impulsos irrefrenables; ¿cómo podía un niño resistir impávido la invitación: *a regalarse, a regalarse*, preludio de la llegada de *Chivete*, el vendedor de *Fruta de Horno*, o sea repostería casera de dulzura inolvidable?.

Y había también vendedores sigilosos, pero no menos conspicuos.

La llegada del *carro de paletas del Compa*, era igualmente festejada, a pesar de que el *conductor* era callado, casi mudo. De muy intenso color, tal vez exacerbado por su trabajo a la intemperie, el *Compa* tenía un cierto aire de misterio.

Aunque era imposible adivinar su edad, ciertamente podía percibirse que ya no era ningún niño, sin embargo era un admirable atleta capaz de ir a poblados vecinos empujando el carrito, a pleno sol, recorriendo distancias de más de 10 Kms., subiendo empinadas cuestas y esquivando sorprendidos conductores.

Como la casa del *Quiquito* no tenía patio para juegos, habitualmente visitaban las de los tíos y algunos vecinos, o de plano invadían la calle.

No había en el barrio niños de su misma edad, pero el Jorge (más tarde sería conocido como *Wasas*) sí tenía otros dos inseparables amigos, llamados respectivamente el *Tatayo* y el *Pelín*.

Los apodos responden a tantas y tantas variables que es prácticamente imposible encontrar un patrón.

Unos lo reciben por sus padres (el hijo del *Tigre* Alvarez, por ejemplo, heredó el apodo; y algunos atrevidos llamaban *Tigrita* a la hija); otros son resultado de la infancia (*Quiquito* o peor aún *Quiqui*); a veces resultan de palabras mal pronunciadas durante esa niñez y de ahí le llegó

---

<sup>16</sup> Probable líder de la comisión reclamadora del caso del Callejón

su apodo al *Tatayo*, pues así se refirió alguna vez a la fruta *Papayo* (en Sinaloa se usa el nombre en masculino).

El colmo eran los apodos *descriptivos*, pues podían llegar a ser de una fina crueldad, como aquel pobre niño conocido como *el moco alegre*.

La pandilla del barrio se conformaba entonces con un grupo bien definido de niños, pero no incluía a todos los vecinos de la calle porque algunos vivían más allá del callejón o porque se mudaban con frecuencia.

Bajo la dirección del *Chuy Grande*, es decir, Jesús Reyes (ya fallecido), se organizaban para jugar el Julio, el Roberto, el Javier (hermano menor del Chuy), el *Chuy Chiquito* (de apellido Cortés), el *Chito* (hermano menor del Roberto), los hermanos Jorge y *Quiquito*; y eventualmente los hijos de su *Tío Chava* (Q.E.P.D.) o los vecinos temporales, hijos de un Ingeniero empleado en la construcción de la carretera.

A éstos los conocían como los de la *DNC*, o sea Dirección General de Caminos, pero ellos lo traducían como: *Donde Nunca Comen*, porque siempre andaban de *pilichis* (pedigüeños).

Esos eran los personajes de su niñez: los otros niños del barrio, los parientes cercanos o lejanos y los amigos *ídem*.

Sin formas de diversión *hogareña* tan abundantes como ahora (resulta difícil catalogar a la televisión como forma hogareña de entretenimiento) había que inventar juegos o practicar el que estuviera en temporada.

Había tiempo de canicas, de trompos, de baleros, de yoyos o del *pícale*. Sin aviso previo y como si hubiera un gran maestro encargado de dar la voz de arrancan, los niños sacaban sus vetustos juguetes y se incorporaban a la temporada.

También había los juegos colectivos organizados como *La Roña*, *Los Encantados*, *Salta la Piedra*, etc., el excitante béisbol, las emocionantes carreras y el salto de altura improvisado con un trozo de pabito amarrado al poste de la luz que marcaba el inicio del Callejón.

Y si el aburrimiento se hacía presente siempre quedaba el recurso de liarse a trompadas con uno *de su tamaño*, requisito estrictamente sancionado por *el Chuy Reyes*, que se convertía así en empresario, réferi y juez de cada encuentro; y además consolaba a quien llorara o sangrara, pues una de estas dos era la prueba inapelable de haber perdido el pleito.

El estadio deportivo improvisado era la mayoría de las veces diamante de béisbol de una sola base, donde trataban de emular las hazañas de las estrellas de moda, todos integrantes del equipo profesional *Venados* de Mazatlán.

Ser como Ángel Castro, *La Mala Torres*, *El Clíper Montemayor*, *El Grillo Serrell*, Daniel *Coyota Ríos* o Lino Donoso, era la máxima emoción, comparable con la sentida cuando sonaba la voz de alarma que conminaba a todos a buscar refugio en las estrechas banquetas: ¡'ay viene el *Loco Aguilar!*.

Nadie sabía si eran ciertas las historias de él contadas, ni siquiera lo conocían, pero nadie tampoco esperaba a comprobarlas; primero corrían y después *veriguaban*.

Decían que pasaba en su camioneta a velocidad temeraria y en aquellas angostas calles peligraba quien no se colocara a buen recaudo. Así nacen y se hacen los mitos. Claro, como casi no pasaban carros, cualquier travesía era noticia.

La verdad es que el *Quiquito* nunca comprobó la veracidad de la leyenda y cuando conoció al temido personaje descubrió a un tipo alegre y con muy buen sentido del humor. Sus anécdotas son dignas de agregarse al *rosario* de cuentos y puntadas relativos a los *Chupapiedras*.

Según contaban, en una ocasión sufrió un desperfecto su famosa camioneta *pick up* a la entrada de Mazatlán, en medio de la calle y bloqueando el paso. Mientras se afanaba tratando de encontrar la falla, empezó a escuchar insistentemente el claxon del auto varado detrás.

Tanta vehemencia y constancia lo orillaron a dirigirse al conductor y decirle: “¡oiga amigo le ofrezco un trato: usted vaya a arreglar mi camioneta y yo me quedo aquí sonando el claxon”; después de reponerse de la sorpresa el interpelado estalló en carcajadas y fue a ayudarle al *Loco*.

Los muchachos de la 22 a veces sufrían la invasión de alguno de los *malditos* de otro barrio, así llamados no porque hubieran sido objeto de alguna maldición, sino porque no eran nada *buenitos*, eran pendedcieros.

Ahí se volvía bendición el hecho de contar con amigos más grandes (como el *Chuy Reyes*), los cuales ciertamente se aprovechaban de su tamaño para coscorronearlos, pero no toleraban intrusiones en sus dominios.

Las redadas de aquellos vándalos tenían propósitos muy similares, *mutatis mutandi*, a las incursiones de ciertas tribus en territorio de sus vecinos: se robaban los trompos, canicas o baleros; tomaban prisioneros que eran sujetos a torturas, a veces tan inocuas como las inmisericordes cosquillas múltiples y otras más serias, como la *pamba* o repiqueteo de manazos en la cabeza.

Sus *Generales* estaban prontos a defender la plaza y casi siempre lograban hacer huir a los invasores, sobre todo ante la intimidante presencia del multicitado *Chuy Grande*, muchacho verdaderamente grande en edad y tamaño.

Pero no se pasaban el día entero en la calle.

Había horas reservadas para escuchar la radio, sobre todo los programas de comedia, como el hilarante *Panzón Panseco*, rico en personajes y fuente de modelos a imitar cuando querían *quedar bien*; o los de misterio: el del galante detective Carlos Lacroix, el del escalofriante *Monje Loco* y la serie llamada *Suspense Colgate*, anunciada por Humberto G. Tamayo con un prolongado y sostenido *¡Suspeennnnnnnnso!* que esperaban ansiosos por la tarde y noche, única hora en que se captaban la XEW y XEQ de México.

Los niños contaban con su *Tío Polito* y las amas de casa escuchaban radionovelas basadas en verdaderas obras maestras de la literatura. Por varias semanas anduvieron todos repitiendo los nombres de *Alexis*, *Katyska*, *Dimitri* y otros exóticos personajes de *Los Hermanos Karamazov*.

Todos gustaban del programa de concurso llamado “El Dr. I.Q.”.

Para los *señores* (a su Mamá no le importaba si era diversión de hombres, ella se pegaba al aparato cuando había juego), había transmisiones de la Serie Mundial de Béisbol, en las caribeñas voces de Buck Canel y Lalo Orvañanos, o funciones sabatinas de Box narradas por Agustín Álvarez Briones<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> Aquel que se hizo famoso por sus gritos emocionados: “¡a la lona Halimí!”, “¡a la lona Halimí!”, cuando cayó el francés derribado por José Becerra en histórico encuentro.

En 1954, la pandilla del barrio se organizó por primera vez para oír la Serie Mundial, porque iba a participar un mexicano: *Beto Ávila*.

No sólo se trataba de un hito para la historia deportiva de México, sino que además el *Beto* había ganado el campeonato de bateo la Liga Americana, primera vez que un jugador *latino* lograba tal hazaña.

Estuvieron atentos a cada palabra de los comentaristas e inclusive recrearon las jugadas en su estadio privado, la calle, pero el desenlace fue aplastante: los *Indios* de Cleveland perdieron la serie en cuatro juegos al hilo ante los *Gigantes* de Nueva York.

Algunos *vagos* (irresponsables, impredecibles) renegaron del *Beto* y cambiaron sus lealtades y admiración al *Gigante Mayor*, Willie Mays, que también había ganado el título de bateo en su liga y además se había impuesto en el duelo personal con el paisano; pero la pandilla del barrio se mantuvo fiel y a partir de ese año fueron desarrollando cierta aversión a los equipos de Nueva York, sobre todo a los *Yankees*.

La radio pudo haber sido diversión intrascendente, pero algo quedaba.

Después de la debacle de los *Indios* y nuestro *Beto*, en el programa del *Panzón Panseco* hubo varias parodias y burlescos episodios que le quitaron solemnidad a la *tragedia*.

Quién sabe qué impacto tuvo esto en otros, pero al *Quiquito* le pareció maravilloso poder enfrentar la adversidad con sentido del humor y en lugar de llorar la pena ser capaz de reír de ella y de sí mismos.

La niñez es tiempo de juegos, de actividades intrascendentes donde la meta principal es igual a la perseguida por Don Carlos cuando los llevaba de cacería: matar el tiempo.

Sin embargo, esa etapa es también espacio vital de temores, de miedo constante a seres reales e imaginarios, de fobias y terrores que nos acompañan sin permiso noche y día.

Cuando alguien fallecía en el barrio, aunque no le hubiera conocido en vida las pesadillas eran inevitables pobladoras de su sueño; *cuantimás* si el occiso(a) era conocido(a).

En ciertas casas espantaban, todavía existía *La Llorona*, *El Jinete*, *El Diablo*, *los muertos*, y otros productos de la imaginación popular que daban forma a las sombras de cada cuarto, de cada rincón. Hoy todos los espantos han desaparecido o por lo menos han perdido su capacidad aterradora.

El barrio era autosuficiente en muchas cosas.

Cada mañana, las señoras tomaban su canasta y se dirigían a la tienda de *La Nena*, a comprar el mandado del día; no era prudente comprar para más de una jornada porque pocos tenían hielera, mucho menos refrigerador.

El *Quiquito* fue testigo privilegiado de la complicada labor de compra, porque durante uno de los embarazos de su mamá lo habilitaron como sustituto.

Era necesario salir antes de las seis de la mañana, con lista de pedido y canasta, a enfrentarse con una multitud de señoras que pedían a grito abierto sus mercancías y desplazaban a golpe de cadera a sus competidores. *La Nena* lo protegía contra los desiguales embates, pero aún así se llevaba sus apretones entre poderosos cuerpos de matronas.

La habilidad de *la Nena* para sumar a pulmón era un espectáculo en sí mismo, pues acompañada de una cantaleta semejante a un rezo, computaba largas listas anotadas a lápiz en papel de estraza.

Pasada la hora del mandado, la tienda se transformaba en tesoro de dulces, *toficos*, *borrachitos*, *ricos besos*, *chicle mambo*, etc. Ya no era territorio exclusivo de las señoras y sólo de vez en cuando regresaban a comprar algo por la tarde.

*La Nena* siempre estaba ahí.

La casa de Don Carlos formaba otra importante parte de la planta comercial del barrio.

Se le conocía como *La Imprenta* y efectivamente era al principio exclusivamente de tal naturaleza, aunque Don Carlos siempre tenía negocios diversos para poder mantener a *todos* sus hijos.

Después abrió la papelería, especie de miscelánea donde igual había lápices y cuadernos, que cámaras fotográficas, guitarras, artesanías y juguetes.

En la 22 tenían también sastré (el *Neto*), tortillería, sobador (el Tío *Pancho*, casado con una hermana de Don Carlos, quien además era maestro en contar cuentos fascinantes para distraer al *sobado*); *mata-cochis* (carnicero que en el patio de su casa mataba, destazaba y procesaba, un puerco *-cochi-* entero) y hasta una iglesia *aliluya*, es decir, protestante (así llamados porque cantaban *aleluya*).

Doctor y peluquero sólo había fuera del barrio.

El *Quiquito* sólo salió del claustro para viajar a Mazatlán, para ir una vez hasta Culiacán, o para realizar *paseos* a la playa, los más prolongados de ellos hasta *Teacapán*<sup>18</sup>.

Una vez se adelantó al resto de la pandilla porque viajó a México (no se tenía entonces que decir D.F.; México era sólo la ciudad).

Pero los paseos más importantes para la familia eran los viajes anuales al norte.

La familia de Chavita había emigrado toda, un hermano a Los Mochis, otro a México, y el núcleo principal se había instalado en Tijuana, compuesto por Don Juan, Lupita y las hijas Leticia e Irma.

La visita a sus padres y hermanas era para Chavita lógica, pero la distancia y el costo eran para Don Carlos ilógicos.

Rompió el impasse la intervención de Don Rafael, tío de ella y ex-compañero de andanzas de él, quien por trabajar en el *Ferrocarril del Pacífico* les conseguía pases para toda la familia.

Esos viajes eran toda una odisea.

Siempre eran en verano porque los niños salían de clases, pero ello los condenaba a sufrir para poder merecer. Conforme avanzaban al norte, el calor arreciaba hasta hacerse insoportable en Mexicali, verdadera antesala del infierno y sin embargo también preludio de *La Rumorosa*, donde por fin cesaba el calor y hasta refrescaba de noche.

El tren pasaba como a las cuatro de la mañana y la Estación estaba cinco kilómetros (de los de entonces, no de los que ahora se esfuman al paso de los automóviles).

Había que despertar a los niños a oscuras, cargar el vehículo, volver a despertarlos al llegar y caminar por el monte (con todo y maletas) hasta el lugar donde posiblemente quedaría el carro

---

<sup>18</sup> Aldea de pescadores en el contiguo municipio de Escuinapa.

*Pullman* (dormitorio), ya que era la máquina la que paraba en la estación y el resto del tren se desparramaba por el campo.

La espera era terrible, con nubes de moscos atacando sin piedad.

Cuando al fin llegaba el caballo de fierro descubrían que no le habían atinado al carro y sólo quedaban dos alternativas: o correr al lado de la vía hasta encontrar el embarque correcto, o conseguir subir donde fuera y recorrer carro por carro el camino interior.

Pero de prisa, porque el tren sólo paraba unos minutos. Agitados, malhumorados, con los chiquillos llorando, finalmente llegaban a su *compartimento* y se instalaban como gitanos, todos amontonados.

La primera buena nueva era que el tren tenía *refrigeración* y no hacía calor; la primera mala nueva era que casi siempre se descomponía en cuanto salía el sol.

Después de correr, sudar y descoyuntarse, llegaban a Mazatlán y ¡el maldito tren se quedaba horas!.

Una vez pasaron todo el día y la noche y apenas iban en Culiacán, distante 300 Km

En circunstancias normales les llevaba 24 horas arribar a Benjamín Hill, Sonora, donde se bifurcaba la ruta: el tren seguía a Nogales y un *autovía* comunicaba con Mexicali. Amanecer en ese desértico horno era desalentador, pero más lo era esperar todo el día en la estación, sin nada qué hacer, pues el *autovía* sólo viajaba de noche por razones climáticas.

Viajando la noche entera atravesaban el desierto de Sonora y llegaban a Mexicali. Otro amanecer frustrante en la capital de Baja California, porque el viaje no había terminado.

Ahí los esperaba la Tía Irma en su Chevrolet (modelo 50 o algo así) para llevarlos, una vez más amontonados y con un calor dantesco, rumbo a Tijuana.

Cuando al fin escalaban la *Rumorosa* y admiraban *Tecate*, era como llegar al paraíso, sin calor, con paisaje de montaña. Todo lo sufrido se olvidaba y nadie pensaba en la terrible perspectiva: faltaba repetir la experiencia de regreso.

Tijuana significaba buen clima, frutas raras (duraznos, ciruelas, manzanas) pero sobre todo la maravilla de maravillas: ¡televisión!. Apenas podían creer su inmensa fortuna: ¡caricaturas a diario!. *Popeye* era su cuate, a *Porky*, *Bugs Bunny*, *Mickey*, etc. les hablaban de tú; el Club de *Mickey Mouse* les fascinaba. ¡y eso que no entendían ni papa de inglés!.

Todas esas aventuras los dejaban listos para regresar a la escuela, que en el caso de los vecinos de *la 22* era *la Mixta*.

## LA MIXTA

El peculiar sistema escolar del Rosario podrá sonar extraño, pero era por demás ecléctico. Había en el ámbito de la primaria tres escuelas públicas: una de niñas, una de niños y una *mixta*<sup>19</sup>.

Aunque las tres tenían nombres oficiales, se les conocía así, por el género, excepto la de niños que recibió el nombre del barrio donde estaba ubicada, cerca de *la planta de luz*, de donde derivó el mote: *Escuela Planta*.

Al *Quiquito* le quedaba más cerca *la Mixta* y a ésa fue a dar por allá por los inicios de la década de los cincuenta. Su Papá lo llevó de la mano a matricular un día de septiembre en 1951.

Se iniciaba una etapa vital y al mismo tiempo empezaba la casi mágica coincidencia con una determinada década.

La escuela era una abigarrado enclave de casas y terrenos más o menos unidos, donde se veían construcciones antiguas y salones agregados conforme iba habiendo dinero, lo cual era poco frecuente.

Los seis años de primaria se habían ido dividiendo en grupos “A” y “B”, para poder hacerle frente a la creciente demanda de educación, pero el proceso iba de *Primero* (primer año) en adelante y en aquel arranque de la década sólo llegaba la división hasta *Tercero*; de *Cuarto* en adelante había un salón por año.

La amorfa cadena de salones se alineaba alrededor de un patio, cual si fueran carretas de colonos en formación defensiva contra *los indios*.

Las *Señoritas*<sup>20</sup> encargadas de la noble pero difícil tarea de educar a aquellas *camadas* (generaciones) eran popularmente conocidas por su nombre, sin apellido, de tal suerte que el directorio se componía de *la Señorita Cuca*, *La Señorita Lili*, *La Señorita Quelo*, etc.

No había ningún maestro y el predominio femenino parecía infinito.

En el patio había tres campos de béisbol, actividad preferida durante la hora del recreo, campos que se concesionaban a sí mismos los alumnos según su tamaño y antigüedad.

Los menores tenían que ir a jugar al fondo, donde decían que había fantasmas (si alguna vez los hubo huyeron espantados por el bullicio de los esculapios); y de vez en cuando se abría un hoyo en el terreno de donde escapaban pestilencias y *zancudos* (enormes), ambos insoportables.

A veces *se les permitía* jugar al pie de la *chalata*, gigantesco árbol que cerraba un extremo del patio; pero allí se jugaba sin cuadro, limitados a una base.

Las clases sociales estaban bien delimitadas y los detentores del poder lo ejercían sin contemplaciones: a ellos, *los grandes*, correspondía el honor de jugar en el cuadro principal, el cual además de ser el foco de todas las atenciones tenía el atractivo de poderse *volar la barda*.

---

<sup>19</sup> En realidad se llamaba oficialmente Escuela Primaria Justo Sierra.

<sup>20</sup> Nombre genérico de las profesoras.



Bueno, hasta se llevaba la cuenta de los jonrones conectados y se reconocía al campeón al final del año escolar. Por cierto que la práctica se discontinuó cuando un *vivo* empezó a ir los sábados a jugar, en compañía de vecinos mucho menores, y contaba los *bambinazos* conectados contra esa débil oposición.

El salón de *Sexto* era también de honor, porque se encontraba anexo a la Dirección y con ello había doble control de las hermanas Borrego: Margarita daba clase en *Sexto* y Carmela era la Directora; pero lo más impresionante, lo que separaba a los grandes de los chicos era la otra particularidad de ese salón: *había murciélagos en el techo* (en El Pueblo les llaman *Chinacates*).

¡Cuánta envidia despertaban esos afortunados muchachos que ya gozaban del privilegio de contemplar a los ratones alados!; ¡cuánto presumían de su desmedido valor cuando alguno bicho caía en su mesa de trabajo!

Aquello era un verdadero símbolo de status.

Pero el recorrido había que empezarlo por *Primero*, donde se aprendía a leer y se recibían lecciones de crueldad, abuso y despotismo entre los propios niños; y donde también se descubría el inmenso valor de la amistad y se intentaba uno que otro coqueteo con las niñas del salón.

Para el *Quiquito* se traba de un mundo nuevo, fascinante e intimidante al mismo tiempo. Como Jardín de niños sólo había uno no había opción, pero el cupo era también limitado y los muchachos de las rancherías no asistían; en cambio primarias había tres y la casi totalidad de niños del municipio se repartían entre ellas.

De manera inesperada se encontraba en contacto con multitud de niños desconocidos, más grandes, más chicos, tímidos y temidos, muy vivos y muy lentos, muy *corridos* y muy ingenuos (como él).

Los salones contaban con largas mesas y bancas a ambos lados de éstas. Aún no llegaban los *mesabancos* que llevaron la modernidad a *la Mixta*. En un rincón estaba la tinaja, equivalente del enfriador de agua en las oficinas de hoy, *con un solo vaso comunal*.

La disciplina incluía manazos, coscorriones, tirones de cabello, especialmente de la sensible parte del clavo o *patilla*; y por supuesto el clásico jalón de orejas.

Algunas de las *Señoritas* se las ingeniaban para destacarse por su inventiva, como mandar al malcriado a cortar un *varejón* al patio para después usarlo como sacudidor de pantalones.

*Los útiles* incluían lápiz en los primeros años y más tarde canutero y tintero.

Si bien era cabalmente escuela mixta, en realidad la distribución física era segregada, es decir, los niños en una banca y las niñas en otra.

En el principio era el caos.

Así podría describirse el primer día de clases, sobre todo en los salones de *Primero*.

La *Señorita Cuca* (Aréchiga) los arrió hasta formar un rebaño y así poder enseñarles las primeras letras. Los amigos del *Quiquito* eran, al principio, aquellos del mismo barrio, pero uno rompió el molde: el *Jumberto Canacho* (Humberto Camacho); no era de la 22 pero igual se colaba.

En efecto, se trataba de un niño atípico por múltiples razones, desde el gesto característico de ondear la cabeza para acomodar el largo copete que le caía a la frente (todavía no estaba de

moda el cabello largo); hasta el hecho de ser amigo de pobres y ricos, de grandes y chicos; además le entraba al pleito con todos los tamaños.

Lo único no permitido era *dejarse* (permitir que abusaran de su corta estatura y escasa corpulencia).

Desde ese momento hasta la temprana adolescencia el *Jumberto* fue presencia constante y ubicua en la vida del *Quiquito* y de alguna manera representa el prototipo del niño de la década.

A pesar de ser de muy humilde origen se codeaba con todos, parecía estar siempre un poco adelante de su generación, andaba por todo el pueblo y era aceptado en otros barrios, de hecho en todos.

Nunca traía dinero pero se las ingeniaba para hacerse el simpático y ganarse lo que *le disparaban*, o incluso *defendía* a alguno (tenía un estilo de boxeo muy simple, pero efectivo, basado en una relampagueante derecha con la que sorprendía a cualquiera) y ello propiciaba invitaciones.

Sin embargo no permitía que los convites parecieran *pago por servicios*; ¡también tenía su orgullo!.

Incluso mostraba detalles finos que lo distinguían sobre todo por tratarse de un niño; como cuando nació muerto un hermano del *Quiquito* (eran gemelos y la niña sobrevivió) y al llegar a la *Mixta* lo recibió el *Jumberto* con la sorprendente frase “¡cuánto lo siento hermano, espero que la resignación llegue pronto!”.

El *Quiquito* se quedó mudo, de una pieza, casi le pide repetición instantánea, sobre todo a la luz de la generalizada (y comprensible) actitud de abstracción adoptada por el resto de sus compañeros.

Mucho después, cuando el *Quiquito* (para entonces ya era *el Jubar*, como se verá) cumplió la maravillosa edad de 14 años, el *Jumberto* fue el único que le llevó regalo, en parte porque ya trabajaba, precisamente en la Imprenta de Don Carlos, lo cual lo capacitaba para darse ese lujo; y en parte porque siempre tuvo especial sensibilidad.

El regalo mismo fue prueba de ello, pues le llevó su primer disco de 45 R.P.M. y con ello evitó que siguiera escuchando sólo los de su padre, que eran de grandes orquestas como Glenn Miller, Artie Shaw o mexicanos como Ismael Díaz, todos en el viejo formato de 78 R.P.M. y poco populares entre los jóvenes ya admiradores de *Elvis*.

Lleno de recursos y de un ingenio muy superior a su edad, se contaban varias anécdotas que ilustraban felizmente su prematura seguridad, tal vez algunas de ellas pertenecientes al reino de la leyenda, pero todas dignas de contarse.

El cine del pueblo era uno de los puntos de reunión más frecuentados en aquellos años y fue escenario de un incidente que lo pinta de cuerpo entero.

Repleta la sala con grandes y chicos, en el momento menos oportuno (se había hecho un silencio en el desarrollo de la cinta) de pronto estalló el sonoro reverberar de una bofetada, multiplicado en el silencio de la sala hasta parecer cañonazo.

Por supuesto el auditorio entero buscó lleno de curiosidad y presto a reír a la víctima del ataque, quien era nada menos que el *Jumberto*. El pobre adolescente había cometido el imperdonable pecado de tratar *de tomar de la mano* a una chica, la cual ofendidísima reaccionó con violencia ante tal atrevimiento.

¡Ah!, pero el joven aquel no estaba indefenso y echando mano de su agilidad mental resolvió la situación.

Casi coincidente con el sonido del bofetón, se escuchó estentórea la voz del *Jumberto* sentenciando: “¡eso te pasa por atrevida; la próxima vez cuida tus manos!”, y se alejó a paso firme y poseído de santa indignación, dejando a la avergonzada muchacha totalmente muda.

En la memoria del *Quiquito* quedaron indelebles otros personajes y anécdotas, algunos más apreciados que otros, pero todos dignos de mención.

“A ver niños, pongan atención, ¿quién puede decirme cuál es la capital de Sinaloa?”, “a ver ¿quién?”, “¿nadie?”, “por favor levante la mano el que sepa la respuesta”.

Ante el estruendoso silencio de los niños, la maestra decidió actuar. “A ver Jesús, tú dime la respuesta”; .....”yo no levanté la mano *Seño*”, protestó airado el *Chuy* aquel.

Los sanitarios de casi todo el pueblo eran aún de pozo, pero ya se sabía de la existencia de los llamados *excusados ingleses*. Un día la maestra preguntó a la clase: “¿quién sabe lo que significan las iniciales W.C.?”.

“¡Yo sé Señorita!” agitaba la mano el mismo *Chuy* de antes, ya sin queja por no haberla levantado; la profesora dudó y dijo “¿a ver tú *Paco*?”, pero éste sacudió la cabeza en silencioso gesto de ignorancia; “¿no sabes tú *Ricardo*?”, insistió la atribulada maestra que trataba de evitar al insistente mozalbete, pero tampoco él supo la respuesta.

Resignada se dirigió al voluntario y le comentó “vamos a ver si de veras sabes, tú que nunca levantas la mano”; raudo se puso de pie el señalado y orgullosamente exhibió su sapiencia: “quiere decir *Wua Cagar Seño*.....”.

Los lunes había una ceremonia de honores a la Bandera, donde algún alumno debía declamar o pronunciar un discurso. En esas ocasiones, el *Quiquito* tuvo intenso entrenamiento como orador, pues se aprovechaba su admirable facilidad para memorizar poesías en corto lapso, casi sobre el tiempo.

Además, su Papá estaba siempre listo a apoyarlo con la corrección de envío, dicción y mímica.

Realmente se convirtió en el *caballito de batalla* y ello provocó algunas puyas y burlas, pero nada de mayores consecuencias.

Todas las maestras fueron importantes en su formación académica, pero hubo una en particular que influyó en su carácter, personalidad y consolidación de valores. *Lupe Sánchez* era la *Señorita* de cuarto año y tomó bajo su ala al niño.

No se limitaba a dar su clase ni cerraba el *changarro* cuando salía del salón; por el contrario, platicaba con él, le daba consejos, ponderaba las bondades de una conducta discreta y siempre ética, así como reprobaba la violencia y la maledicencia.

Además tuvo gestos humanos inolvidables para aquel niño, como cuando se jugaba el último encuentro de la Serie Invernal de béisbol, donde Mazatlán (sus queridos *Venados*) competía con Poza Rica por el Campeonato Nacional.

Era ya la octava entrada y la clase entera se mostraba inquieta, porque alcanzaban a escuchar vagamente el sonido de un radio en el negocio de enfrente (una cervecería, ¡enfrente de la escuela, imagínese!).

*La Señorita Lupe* entendió la situación y propuso una fórmula para solucionarla: dos niños serían comisionados para enterarse del desenlace.

El *Quiquito* y el *Ray* (Raimundo Rendón) fueron los elegidos y corrieron a pegarse a un camión cervecero donde se agrupaban los aficionados a oír el juego por radio, en la inolvidable voz de José Carlos Castelló.

¡Y vaya si valió la pena! ; el histórico encuentro estaba en su momento más álgido.

Con el marcador cero a cero, en la novena entrada, el lanzador de Poza Rica tenía atados a los Venados sin hit ni carrera. Al abrir esa entrada, el pitcher de éstos, Daniel (*La Coyota*) Ríos, conectó el primer hit de su equipo, un cuadrangular solitario; pero fue el único imparable y así se fueron al cierre de la novena entrada.

Ahí, Poza Rica aprovechó el descontrol de Ríos, llenó la casa sin out y forzó el cambio de lanzador. El Manager Garibay trajo a *Ronnie Lee Klein*, quien procedió a ponchar a los tres siguientes bateadores. ¡Aquello fue apoteósico!

Los dos mensajeros regresaron saltando de gusto a platicar (y exagerar un poco) la hazaña, así como a agradecer la deferencia a la maestra, porque ningún otro grupo disfrutó de tal privilegio y también por la fugaz fama disfrutada por los afortunados correos.

Ya en *Quinto* la escuela empezó a cambiar.

Para empezar, la llegada de un *maestro* vino a alterar el orden de muchos años (ni modo de llamarle *Señorito*), pues además era joven y no era rosarense.

El grupo de *Quinto* fue dividido en dos y en uno dejaron a todas las niñas, relleno con los niños más chicos (once de ellos); entre éstos iba el *Quiquito*.

Aparte de aguantar las bromas de los más grandes, se perdieron la oportunidad nunca vista de tener a un hombre como mentor; pero en compensación tuvieron una maestra excelente en la persona de la *Señorita Angelita* (Talavera).

El *Profe* Canizales revolucionó el recreo porque les enseñó fútbol y esto jamás había acontecido, pero el colmo de la sorpresa fue cuando se puso a jugar con ellos.

En los cinco años pasados por el *Quiquito* en *la Mixta* era la primera vez que un maestro (a) tenía ese tipo de contacto con los alumnos.

Casi todos querían *jugar* en su mismo equipo, menos el Cesar (Vargas), quien decía preferir oponerse para aprender más. De hecho fue la oportunidad para algunos de los niños menores de jugar en el campo central, de otro modo reservado para los de *Sexto*.

Al llegar al último año de la Primaria, el *Quiquito* recibió de su Papá un regalo determinante para su relacionamiento con los compañeros: un *escritorio con tapadera* para guardar los útiles.

En principio significaba estar solo, separado de las largas mesas comunales, pero en realidad adoptó a tres compañeros como vecinos en el escritorio, uno por decisión personal (el *Ray*) y dos por orden de la maestra: *el Rigo* y *el Turray* (Rigoberto y Humberto, ambos de apellido Bueno).

El *Ray* era su amigo desde *Primero* y se entendía muy bien con él; los otros dos eran más grandes, más corridos y menos estudiosos. La combinación parecía ser poco afortunada.

Sin embargo, se estableció un *modus vivendi* natural cuando los dos primeros aceptaron ayudar con tareas y trabajos a los segundos, mientras que éstos se comprometieron a entrenar a los menores en béisbol (y a defenderlos de otros más grandes).

Aquello funcionó de maravilla.

Subieron las calificaciones de los deportistas y el *Quiquito* pudo conectar su primer cuadrangular en el campo central, para enorme regocijo de sus manejadores (ambos corrieron junto con él las bases).

Pero una cosa era jugar de vez en cuando en el campo principal y otra muy distinta participar en el equipo grande.

En aquel tiempo se enfrentaban las *selecciones* de las dos escuelas (la tercera escuela del Pueblo era sólo de niñas) y el equipo de *la Mixta* se había bautizado como *Águilas*. Sin embargo, lo realmente digno de comentar fue la creación de un equipo *independiente* llamado *Yankees*, así como la personalidad de su fundador y manejador vitalicio, apodado *el Minuto*.

Resulta que este muchacho (prácticamente niño) era, como el *Quiquito*, poco apto para los deportes, pero sus deficiencias atléticas las compensaba con una mente despierta y un conocimiento casi enciclopédico del *Rey de los Deportes*.

De hecho, su apodo se derivaba precisamente de ser lento y con exageración se decía que le llevaba un minuto correr los cien metros (a cualquier otro le tomaba de quince a veinte segundos).

Con gran habilidad *organizativa* creó de la nada su equipo, con lo mejor de lo mejor entre los beisbolistas locales, fueran de escuelas o de algún barrio.

No era pequeña la empresa, pues significaba, entre otras cosas, llevar el *roster* de jugadores, mantenerlos unidos, programar juegos con los otros equipos, manejar al suyo durante esos encuentros y evitar el *vedettismo* entre sus *estrellas* (sólo si eran *estrellas* integraban su equipo), todo ello sin contar con el apoyo logístico y disciplinario de una escuela, como era el caso de *Las Águilas*.

Y además le costaba bastante de su propio bolsillo.

Para reforzar su planta de talentos, la hacía de buscador a la manera de las grandes ligas.

Cuando detectaba algún prospecto gestionaba su *contratación*, o de plano adquisición (a muchos equipos les cambiaba jugadores) en ocasiones incluso comprados.

Una vez le compró al *Jubar* (para ese tiempo ya no era *el Quiquito*), después de largas y complejas negociaciones, a un joven prospecto, prueba viviente del talento *buscador* del *Minuto*, pues el inexperto muchacho llegó a ser muy exitoso lanzador.

El *Quiquito* trabajó un tiempo en la imprenta de su padre, pero en realidad donde se ocupaban todos los miembros de la familia, del menor al mayor, era en la papelería.

# LA PAPELERÍA

Aunque Don Carlos tenía un variado espectro empresarial que llegó a incluir la imprenta, el periódico, el cine (*Pedro Infante*), intereses en un negocio de materiales de construcción, distribución exclusiva de productos *Kodak* (cámaras fotográficas, rollos para éstas), la radiodifusora XEHW, etc. en realidad todo giraba alrededor de la Papelería.

Ubicada primero en mero barrio de la 22, más tarde se mudó a la calle Morelos y con ello alcanzó su máximo grado de desarrollo.

Para el *Quiquito* y sus hermanos era un espacio de trabajo constante, donde aprendieron la importancia del cliente, al tiempo que adquirían conocimientos y técnicas fascinantes e ignotas para la mayoría de los mortales.

Pocos pueden presumir de saber la diferencia entre tipos de papel como el revolución, bond, crepé (a su vez de diversas calidades); o saber envolver debidamente un pliego de papel de china.

Los precios eran otro problema., pues cada temporada escolar Don Carlos trataba de agregar alguna novedad al inventario y con ello destruía paralelamente la escala de precios cuidadosamente memorizada por sus ayudantes familiares.

El área destinada a la tienda era conocida como *el despacho*, porque ahí se *despachaba* (atendía) a la clientela.

Como legado adicional de la experiencia de *despachar*, los hermanos aprendían paciencia. No faltaban compradores procedentes de *Los Ranchos*, quienes poco sabían de marcas o estilos y había que sacarles con gran habilidad la verdadera intención de compra.

“Quiero una docena de cuadernos sin hojas”, afirmaba uno; “¿no querrá usted decir sin rayas?”, sugería prudentemente el *dependiente*.

“A *mijo* le pidieron en la escuela que comprara unos *compas*”, afirmaba seguro otro; “a lo mejor quisieron decir que un *Compás*”, adivinaba el vendedor.

“Me da por favor un pliego de papel de china rojo”; solicitaba una vez un imberbe.

Como el *Quiquito* sabía lo complicado que era envolver un solo pliego, preguntaba cauto: “¿nada más?”; a lo que el muchacho aquel respondía con absoluta certeza: “sí, nada más”.

Sacaba con gran cuidado el *Quiquito* el pliego del delgado papel; lo enrollaba lentamente y cubría un extremo con papel periódico, para enseguida doblar hacia el interior del cilindro formado los excedentes de la envoltura.

Pero cuando orgulloso presentaba su obra al cliente y le informaba el precio del producto, para su desconcierto le decía el joven: “ahora me da uno azul”.

Conteniendo a duras penas la irritación le decía: “¿no me dijiste que nada más?”; a lo cual el chico respondía: “nada más de ese color”.

El trabajo en la papelería tenía cierto ritmo que evitaba depositar demasiada carga laboral en los hermanos. Cuando empezaban las clases se intensificaba la clientela, o cerca del Día de Muertos (el papel para flores volaba); pero como ellos también tenían que estudiar, el tiempo

dedicado a apoyar las ventas era relativamente pequeño, amén de sencillo una vez establecida la rutina.

Lo que a nadie le gustaba era la esporádica pero inevitable revisión de almacén.

Don Carlos aparecía inesperadamente y apuntando a cierto anaquel pronunciaba la fatal frase: “¿qué hay allí?”; si podían, los hermanos salían disparados tratando de ponerse a salvo de lo que se avecinaba, usualmente una tormenta de actividad: se les obligaba a sacar, desempolvar, contar, re acomodar e identificar montones de cuadernos, lápices, juegos de geometría, papel *para máquina*, cajas de clips, cinta *Scotch* etc.

Y esa desagradable tarea era impredecible, pues en buena medida dependía de que Don Carlos tropezara con algo desconocido, o empolvado. Además, a pesar de sus esfuerzos casi nadie se escapaba del torbellino.

Cierto día llegó de la Secundaria uno de los hermanos menores acompañado de un amigo, quienes llevaban la encomienda de buscar cierto libro y regresar de inmediato a la escuela.

Tratando de ahorrar tiempo el hermano del *Quiquito* dijo a su amigo: “espérame aquí mientras subo a buscar el libro”; y lo dejó sentado en uno de los bancos usados para el público en el *despacho*, mientras él corría a cumplir su cometido.

Pero cuando regresó a La Papelería encontró a su amigo en lo más alto de una escalera, acomodando unos paquetes de libretas.

“¿Qué estás haciendo?”, preguntó incrédulo; “¡no sé!”, contestó apurado el amigo, “estaba muy quitado de la pena esperándote cuando salió tu Papá y me preguntó ¿qué es eso allá arriba del armario?”; “como no supe qué decirle me ordenó subir a investigar y aquí estoy...”.

Lo bueno de trabajar en la Papelería era que por ahí pasaba todo mundo; y también las muchachas.

Algunos de los visitantes llevaban asuntos solamente con Don Carlos, de tal suerte que el *Quiquito* hacía mutis y discretamente los dejaba conversar, al fin y al cabo no eran temas de su interés; pero en ocasiones llegaba algún visitante que despertaba el entusiasmo y la imaginación de toda la familia, particularmente de los menores.

Uno de los más celebrados era José López Portillo.

Conocido como *Pepe*, para no ser confundido con aquel otro, o como decía él mismo: “díganme José L. Portillo, pues si bien me quité el López, no me puedo quitar *el portillo*”.

De una de las más antiguas familias de El Rosario, de gran prosapia además, *Pepe* fue siempre irreverente, desordenado, mal hablado y *alburero*.

Para el *Quiquito* era una delicia escuchar al visitante (venía de Tijuana, donde era agente de migración), porque decía abiertamente *palabrotas* que en circunstancias normales no les permitían ni siquiera escuchar, mucho menos decir.

Sus frases de doble sentido echaron raíz y hasta la fecha se repiten frecuentemente, aunque ya nadie le dé el crédito debido al autor.

“Creí que era el peroné, pero no”, decía con gesto pícaro *Pepe*; “sospecho con el pecho y calculo con el.....cerebro”, filosofaba; “aquí cada uno es libre de hacer lo que le dé su tiznada madre”, equivocaba con obvia intención; “estoy tan desesperado que no sé si pegarme un tiro o

tirarme un *pego*"; se quejaba en broma; "es muy malo comer con el estómago vacío", sentenciaba; y así por el estilo.

Inolvidable fue para el *Quiquito* la narración de Don Carlos, después de un viaje a Tijuana invitado a la solemne inauguración de la nueva puerta en la casa de *Pepe*. Al parecer éste había ideado toda una ceremonia, con actuaciones dignas de Hollywood por parte de algunos de los asistentes.

El plan era que los comensales salieran a la calle, se cerrara la puerta de marras y empezara el teatrillo:

Con fuertes toquidos en la puerta anunciaban su presencia los invitados y *Pepe* respondía a gritos desde adentro.

"¡Quién chingaos!".

La respuesta en coro helénico era por supuesto fulminante.

"¡Yo chingaos!".

Con trémula voz, reflejo de un fingido susto, *Pepe* remataba.

"¡Ah chingaos!" y abría la puerta.

Después del primer brindis se culminaba la escena con una especie de oración hogareña fervorosamente pronunciada por el anfitrión.

"¡Como dijo Westinghouse!", empezaba *Pepe*, "¡mi casa es chica pero is my house!".

De ahí en adelante ya estaba permitido dedicarse a la tarea para la cual habían sido convocados, es decir, beber y comer, no necesariamente en ese orden.

El Profesor de Cultura Física Miguel Ilizaliturri, mejor conocido como el *Cuín*, era el encargado de llevarle a Don Carlos los más recientes chistes, no siempre *chistosos*, pero siempre contados con tanta gracia que por lo menos hacían sonreír; además nunca eran atrevidos o *colorados* y era posible escucharlos por toda la familia.

Por las tardes, Don Carlos y Chavita sacaban unas mecedoras a la banqueta, en la mera esquina de 22 de Diciembre y Morelos, donde se apoltronaban estratégicamente para interceptar a los transeúntes de una y otra calle.

Ahí llegaban las noticias del día; ahí paraban a conversar amigos, parientes o simples conocidos.

Además, alguna de las hermanas menores se encaramaba en el regazo de Don Carlos y exigía que le contara un cuento.

Disimulado, para que no se dieran cuenta de que a su edad todavía disfrutaban esas fantásticas historias, el *Quiquito*, ya lector asiduo de libros *de puras letras*, se sentaba por ahí alrededor a escuchar la siempre interesante narración.

Del negocio derivaban también otras labores poco favorecidas por los hermanos.

Desde ir al correo, entregar algún trabajo de la imprenta o del taller (¿laboratorio?) de revelado de fotografías, o el peor de todos *ir a cobrar*, había toda una clasificación enmarcada



dentro del rubro genérico de *mandados*. A nadie le gustaban esas encomiendas y se intentaban todo tipo de trucos para esquivarlas.

Además, si resultaba uno de ellos bueno para algo en especial el asunto adquiría nivel crítico, pues ya no solamente era objeto de selección aleatoria, sino que además lo preferían y por tanto procuraban.

Uno de ellos, el *Rubio*, logró perfeccionar la técnica ideal para evitar ser convocado, basada precisamente en esa capacidad individual para ciertos *mandados*.

Con clara visión de las cosas dilucidó que así como se buscaba de manera especial a alguien para cobrar, por ejemplo, por haber dado muestras de destreza en el desempeño de la compleja tarea, igualmente evitarían al que probara ser incapaz de ejercer la profesión de *mandadero*.

Dicho y hecho; si Don Carlos pretendía enviar a alguien al correo el único que ignoraba dónde se encontraba la oficina era él; si lo mandaban a cobrar fracasaba en su intento; no podía vender periódicos (regresaba con todos), no conocía a nadie y como en El Rosario la mayoría de los domicilios son por referencia (enseguida de con *Memo Elizondo*), tampoco daba con las casas.

El método funcionó sumamente bien; al poco tiempo ya le decían *el invisible*, pues a pesar de estar ahí enfrente, Don Carlos buscaba siempre a alguien más para hacer *el mandado*.

Más aún, con la mordacidad aprendida de ambos padres, los hermanos decían “si se manda al *invisible* a algún lado debe amarrársele un cordón e ir soltando éste, pues si se detiene su correr significa que el enviado ya se durmió y debe jalarse el cordón para despertarlo”.

Remataban la broma cantándole a coro: “te juro que dormir casi no puedo”.

Invisible pero no lento, el *Rubio* eran tan ocurrente como los demás. Una noche llegaron del cine todos y se fue directo a la cocina, donde el *Quiquito* lo encontró bebiendo leche directamente de la botella.

“¡Órale *Rubio*, agarra un vaso!”, dijo molesto.

Sin despegar los labios del recipiente el aludido estiró la mano, tomó un vaso y continuó bebiendo con el vaso en la mano.

El menor de los hermanos tenía bien ganada fama de cobrador eficiente, uno al cual nadie intimidaba.

Don Carlos gustaba de contar el incidente provocado por el médico familiar, un muy humano galeno, excelente persona, sin embargo siempre mal encarado y gruñón.

Al parecer, al llegar el niño a presentar el recibo por publicidad en el periódico (El Rumbos), el profesionalista había exclamado: “¡ah qué muchacho tan cobrón!”; a lo que presto replicó el audaz mozalbete: “¡pos’ si no le gusta que le cobren no pida fiado!”.

A partir de ahí, el pequeño se convirtió en cobrador *visible*. Pero no era esa su característica más notable; su sentido del humor fue siempre cáustico, mordaz, irrefrenable.

Los arranques de vertiginosa actividad provocados por Don Carlos sucedían a veces en el peor momento, es decir, cuando se disponían a salir; circunstancia que parecía afectar especialmente al segundo de los hermanos, quien fatalista por añadidura siempre esperaba lo peor a última hora.

Un día, cuando ya había librado el ámbito de la papelería y avanzaba por la 22, cada vez más esperanzado, salió de pronto el menor de ellos y agitando frenéticamente los brazos le gritó:

“¡Devuélvete, te habla mi papá!”. Pateando piedras y casi llorando de rabia se regresó el pobre, diciendo entre dientes “¡ya lo sabía!, ¡qué perra suerte!”.

Cuál no sería su sorpresa y adicional furia cuando llegó frente su padre y éste le preguntó “¿por qué te regresaste? ¿no era hora todavía?”.

¡Todo había sido invento del hermano menor!. ¡Para matarlo!. Y sin embargo nada hizo porque se trataba del más pequeño.

El *Quiquito*, por ser el mayor, le entraba a muy diversas labores.

A diferencia de sus compañeros de escuela él tenía responsabilidades fijas adicionales a la *tarea* dejada por las *señoritas*.

De todas ellas la más abrumadora era doblar y rotular los periódicos enviados a los suscriptores, pues implicaba trabajar en sábado y domingo.

Pero cuando salió de la Primaria pudo delegar algunas actividades porque ahora tenía más carga de estudio; asistir a la Secundaria era muy distinto de la jornada en *la Mixta*.

Por primera vez su itinerario empezó a regirse por *el pito*.

No, no es lo que piensan, *el pito* era el silbato de la planta de luz, que anunciaba ciertas horas y cuartos de hora. Como reminiscencia de los tiempos de la mina, *el pito* anunciaba inicio de jornadas desde las 5:00 A. M. en adelante.

Todo el pueblo escuchaba el llamado y se regía por él; y el *Quiquito* no fue la excepción.

Además cambió también el rumbo, pues en adelante ya no pasaría por el Mercado en su diario trajinar rumbo y desde la escuela.

Eso era una pérdida, pero nacían otros retos.

## DE UNIFORME Y BICICLETA

Dejar la Primaria y comenzar la Secundaria parecería un episodio más, de rutina y poco memorable, a la luz de los hechos relevantes: mismo pueblo, misma casa, mismo barrio y muchos de los mismos amigos; para el *Quiquito* no fue así.

No sólo se trata de la época de cambios físicos y emocionales, sino que además para él significó cambio hasta de nombre.

Pero vamos por partes.

En 1957 se re orientó totalmente el rumbo de aquel todavía niño. Atrás quedó *La Mixta*, cuando ya empezaba a dominar el medio y a conducirse con seguridad. De pronto, dejó de ser uno *de los grandes*, de los veteranos que gozaban de privilegios e imponían su jerarquía sobre los demás, para volver a ser de los pequeños, esta vez súbdito de muchachos desarrollados, casi hombres.

Al principio hubo algunas sorpresas agradables, como fue el hecho de que se evitaron las *novatadas*.

Sí, cuando un pelotón de ejecutores se apersonó, tijera en mano, dispuestos a cobrar en cabelleras la admisión al nuevo club, se toparon con la decidida resistencia de dos novatos formidables: el *Zurdo* (Rigoberto Villaseñor) y el *Memo* (Guillermo Aguilar).

Ambos eran grandes, del mismo tamaño que los *soldados*, pero además tenían a su favor una bien ganada fama: la de ser diestros en el manejo de los puños. No sólo impidieron que se cumpliera la sentencia en ellos mismos, sino que además la hicieron nula para el resto de sus compañeros.

¡Qué tiempos aquellos en los que las diferencias se dirimían a mano limpia!

El primer gran cambio disfrutado fue asistir a la escuela en bicicleta. La Secundaria se encontraba en lo alto de una loma que dominaba el Pueblo entero y además gozaba de una vista espectacular del Río. Había dos accesos a la loma, sendos retos para los ciclistas pues la cuesta era empinada y subirla era toda una hazaña.

El lado sur lo conquistó casi desde el principio, pero el lado norte se le negó los tres años.

El segundo y muy notable cambio fue el uso de uniforme. Podía alguno darle un toque personal a la camisa (subirse el cuello era la moda, o arremangarse las mangas) pero esencialmente todos se veían iguales.

Sin embargo, esa forzada democracia era sólo visual y era menester ganarse el espacio.

Ahí fue donde le llegó su prueba de fuego.

Como leía mucho y no temía hablar en público, empezó a voluntarizar respuestas a preguntas difíciles y por lo menos una profesora empezó a recurrir a él cuando nadie se sabía algo.

Peor aún, la maestra señalaba una y otra vez *seguramente Jubar sabe*, sin percatarse de la molestia que estaba generando en los alumnos. Para vengarse de la exhibición, empezaron a popularizar el grito “¡Jubar sabe!”, “¡Jubar sabe!” para todo; hasta los de otros años, ajenos a la cuestión e ignorantes de su origen, se sumaron a la campaña.

A pesar del apoyo de uno o dos de sus más cercanos amigos, jamás se había sentido tan aislado e incomprendido. Incluso le ofreció su padre sacarlo de esa escuela y mandarlo a la nocturna; pero huir no era la solución.

Esta se presentó por sí sola una tarde, cuando los de su grupo se reunieron a *tararear* música de moda (no había radios ni grabadoras portátiles). De pronto, se vio bailando *Rock* y suscitando gritos y aplausos, de manera que aceleró aún más los contoneos a *la Elvis* y levantó nubes de polvo con sus complicados e improvisados pasos.

“¡Qué *chuco!*”, le decían al regresar a clase; las palmadas en la espalda así como las palabras de felicitación fueron un bálsamo para su abatido ánimo. En dos semanas se disipó la niebla y pudo al fin confundirse en la corriente principal del alumnado, a cambio de sudorosas y polvosas sesiones de baile diarias.

Pero el nombre se le quedó: de ahí en adelante sería *el Jubar*. Incluso pudo superar el incidente de la bicicleta y el portón.

Uno de los muchachos grandes le secuestró una vez su bicicleta y salió disparado rumbo a la salida norte. Con inmensa furia producto de la impotencia, corrió a esperar el regreso en el portón y cuando lo vio venir cerró violentamente la puerta.

Sólo que andaba de malas y el culpable se retrasó un instante, suficiente para que otro ciclista, ajeno a la disputa, se estrellara contra el portón.

Pues bien, cuando la maestra que tanto lo favorecía volvió a cantar sus virtudes no faltó quien protestara e hiciera mención del reprochable hecho, adornándolo con tintes de crueldad inusitada e injustificada.

La Profesora se quedó de una pieza, atónita, incrédula, sin poder reaccionar, cuando de pronto se escuchó segura la voz del *Cesar* (Vargas); procedió éste a explicar la causa del incidente y puso la culpa en aquel a quien correspondía, es decir, el que se había apoderado de la bicicleta, por cierto ahí presente.

Con un suspiro de alivio la Profesora pronunció una frase casi legendaria: “he ahí como un notable salva a otro notable”.

Para el *Jubar* aquello era sublime; por una parte había sido defendido por uno de los *grandes*, no precisamente su camarada; y por otra el suceso anunciaba el fin definitivo de la campaña en su contra.

De ahí en adelante pudo disfrutar de la alegre convivencia y atesorar las anécdotas.

El capítulo no puede cerrarse sin mencionar que cuando el *Jubar* trató de manifestar su agradecimiento al *Cesar* por su generoso gesto, éste reaccionó muy acorde con su personalidad, es decir, verdaderamente refractario a las manifestaciones *sentimentales*, minimizó lo sucedido y ocultó su desconcierto tras una lapidante frase:

“No te adornes, lo único que hice fue escoger al menos sangrón de los dos”.

Había un Profesor de edad avanzada, ex-militar, un poco sordo, en cuya clase reinaba la confusión. Probablemente el mejor ejemplo de esa situación hayan sido las puntadas del *Billo*.

Durante uno de los exámenes, se acercó al maestro y le preguntó muy serio: “¿respondo a esta pregunta como nos dijo usted en estos apuntes o como se dice en esta parte del libro?”, mientras mostraba apuntes y libro abiertos, en clara violación del reglamento y como prueba evidente de estar copiando las respuestas; muy modesto el Profesor le respondió: “será mejor poner como dice el libro”.

En otra ocasión se integró un *Club de Oratoria* y lo pusieron en manos del mismo maestro, ya conocido para entonces como *El Viejito*. En su primera reunión, éste pidió a los alumnos un voluntario que pasara al frente y declamara alguna poesía.

Después de soportar el acostumbrado clamor (*¡Jubar sabe!*) el *Billo* se levantó solemne y con dramática voz declamó: “Un pajarito al volar se introdujo en un convento, qué alegres están las monjas con el pajarito adentro”.

Eso sí lo oyó bien el *Viejito* y le salió lo militar; le tiró una patada que falló por milímetros y le espetó entre dientes “¡a tiznar a su madre se me va!”.

Entre incidentes y detalles chuscos transcurría la vida estudiantil en aquellos años.

No debe pensarse que la escena antes descrita era la regla general en el acontecer diario de la escuela. En realidad la Dirección estaba en manos muy aptas y el orden prevalecía de manera cotidiana.

El Prof. Vélez<sup>21</sup> era poseedor de una personalidad impactante; con sólo clavar la mirada dominaba a cualquier grupo. La frialdad de sus verdes ojos ponía a temblar a grandes y chicos.

Si bien no requería de medidas disciplinarias extremas, todos sabían que era capaz de aplicarlas sin contemplaciones. A pesar de algunos maestros improvisados cuya inexperiencia se traducían en cierta estridencia en clase, ésta era la excepción y no la regla.

Y había también casos especiales.

El maestro de educación física se distinguía porque estaba a cargo del programa los tres años, de tal suerte que veía a los alumnos llegar como niños y salir casi como adultos. Este Profesor, apodado *el Cuín*<sup>22</sup>, podía imponer la disciplina con autoridad, pero no se tomaba a sí mismo demasiado en serio.

Con toda la escuela formada en el patio, varones y mujeres, novatos y veteranos, muy solemne y marcial gritó una vez:

“¡Firmeeeees!”, “¡levantaaaar los brazooooos!”, “¡yaa!”; cuando la multitud de alumnos obedeció casi al unísono, *el Cuín* hizo enseguida un ademán como si sacara un revolver de su funda en la cintura y les gritó: “¡así los quería agarrar!”.

A él le hizo mucha gracia.

Su ingenio le permitía discernir fórmulas novedosas para aplacar a los rebeldes. Cuando un grupo de alumnos de tercer año, ya muy altos y fuertes, creyeron poder  *echarle montón* y jugarle algunas bromas, sin chistar aceptó la falta de respeto y se limitó a invitarlos a correr en pelotón como método para consolidar su evidente aptitud física.

Pero tenía un plan secreto: los condujo por ciertas calles del Pueblo caracterizadas por su profusión canina y el grupo aquel pronto fue víctima del ataque masivo de un abigarrado comando de perros, callejeros y hogareños, pero todos furiosos. Ver a los pobres muchachos escalar rejas y ventanas tratando de poner a salvo sus preciadas sentaderas fue un espectáculo reivindicador para el ofendido maestro.

En clase casi siempre los casos cómicos eran propiciados por los alumnos, muchos de los cuales eran muchachos provenientes de *Los Ranchos*, que era como se llamaba a los poblados aledaños.

Cuando la eterna maestra de inglés inquiría sobre la forma de decir en el idioma de *Shakespeare* “me gusta dormir con la ventana abierta”, uno de los voluntarios creyó que era: “I like to sleep with the *woman* open”.

O como la vez que el *Profe* Evodio se impacientó ante la falta de atención de cierto alumno, especialmente distraído, a quien le soltó una serie de epítetos como “tonto, ido, ausente, lento, flojo, obtuso, irresponsable y apático”. Indignado levantó la voz el joven aquel para replicar: “¡Por favor Maestro!, ¡no empecemos con indirectas!”.

Por aquellos años el *Jubar* empezó a hacerse de cierta fama distintiva la cual sustentó sus primeras experiencias *políticas*.

---

<sup>21</sup> Angel Manuel Vélez, inolvidable potosino a la sazón Director del plantel

<sup>22</sup> Miguel Ilizaliturri.

Para su sorpresa, fue electo Vocal de la Mesa Directiva de la Sociedad de Alumnos y al año siguiente Secretario de Actas y Acuerdos. Escuchar a sus compañeros ponderar sus virtudes en campaña era como tocar el cielo, sobre todo después de la dura prueba pasada al principio.

Por supuesto contó con el nada despreciable apoyo de la *pandilla* a la cual se había sumado.

Si bien el término no es el apropiado, vistas las connotaciones de violencia que ya desde entonces implicaba, la *pandilla* del Oscar fue un grupo de influencia y poder muy significativo en la Secundaria. Integrada alrededor de su Jefe indiscutible e indiscutido, el Oscar (Osuna Moreno), reflejaba la personalidad fuerte y la clara inteligencia de éste.

Su innata capacidad de liderazgo fue la argamasa de aquella estructura y además supo sacar a la luz pública las cualidades y virtudes de *sus muchachos*.

No era el más grande, ni el más rico, ni el más fuerte, ni siquiera el más guapo, pero tenía ese *algo* frecuentemente traducido en poder.

De hecho, la Mesa Directiva de la Sociedad de Alumnos en el tercer año fue la *pandilla* misma, con el Oscar como Presidente, el *Jubar* como Secretario y el *Paco* (sí, aquel *hombre fuerte* del circo en el *Kinder*) como Tesorero.

Además, el Oscar se preocupaba por el alcance trans-anual de su gestión como Presidente y ya incluía en la Mesa Directiva a los *prospectos*, es decir, a los valores en ciernes de Primero y Segundo, beneficiarios de la experiencia de compartir el poder.

Los seleccionados eran verdaderamente valores incipientes.

Uno de nombre muy conspicuo (Juan Sarabia) representaba la caballerosidad innata, la amabilidad natural y una especial capacidad de convocatoria (más tarde fue Presidente); el segundo había llegado poco antes al Pueblo y de inmediato se había distinguido por su inclinación por la lectura y su facilidad de palabra, preludios de una carrera en el Servicio Exterior que lo llevaría hasta la cúspide<sup>23</sup>.

Este último, Carlos, se convertiría en uno de los mejores amigos (y compadre) del *Jubar*, así como compañero de viaje en la travesía profesional (diplomática).

Durante la administración del Oscar se dieron las *Guerras Marianas*. Los jóvenes son por lo general idealistas, con un sentido de la justicia que raya en lo romántico. Así eran ellos. Pretendían defender quijotescaamente las causas justas y *desfacer* entuertos aunque ello significara perjuicio personal.

Bueno, al menos se veían a sí mismos de esa manera.

Por el año de 1959 había habido cambio en la Dirección del plantel y la nueva Directora tenía ideas muy *novedosas*: Se inauguró con una directriz que prohibía el uso de *huaraches*.

Como ya se había comentado, muchos de los estudiantes eran originarios y vecinos de *los Ranchos*, es decir, de pueblos y villas aledaños. Estos humildes campesinos se trasladaban a lomo de burro o mula a la cabecera municipal con el fin de asistir a la escuela y ¡por supuesto que usaban huaraches!

Además, la mayoría de los alumnos *citadinos* eran pobres y sólo ese tipo de calzado podían adquirir.

---

<sup>23</sup> Carlos González Magallón, Embajador de México.

La injusta (para ellos) orden indignó a la mayoría de los alumnos y la campaña de resistencia quedó en manos de la Mesa Directiva, o lo que era lo mismo, la *pandilla* del Oscar.

Poco después vino la segunda bomba.

Se acercaba la fecha del fin de cursos y la generación 1957-60 se disponía a organizar las festividades de graduación. De pronto, sin decir ¡agua va!, la Directora ordenó a todos los graduados asistir al baile con traje ¡del mismo color y corte!.

Y ardió Troya.

Ahí sí se delimitaron los campos de batalla: de un lado quedaron algunos maestros (no todos concordaban, pero temían oponerse abiertamente a la Directora) y de otro casi todos los alumnos. Pero éstos tenían una arma secreta.

La Escuela Secundaria Maestro Julio Hernández era federal, sí, pero *por cooperación*. Don Carlos, el Dr. Julio Ríos Tirado y otros distinguidos rosarenses habían luchado denodadamente por conseguir que hubiera Secundaria y para ello comprometieron su cooperación y la de todo el Pueblo.

Como consecuencia de esa cooperación los padres de familia participaban en la toma de decisiones del plantel: los estudiantes no estaban solos.

Por aquel tiempo se convocó a una reunión para finiquitar el diferendo y se invitó a los padres de familia. Don Carlos fue uno de los comparecientes y su presencia fue determinante.

Inició las hostilidades la Directora recordándoles la costumbre inveterada en los planteles federales de permitir a la Dirección organizar libremente los festejos de fin de cursos.

Don Carlos contestó que si bien se trataba de una escuela federal, también lo era por cooperación y ellos cooperaban para su sostenimiento. Tenían derecho a ser escuchados.

Después agregó con humildad: “pero si el propósito es actuar libremente, nuestra presencia aquí sale sobrando”.

De inmediato hubo cambio de táctica y se le *permitió* exponer su postura.

Mientras de manera elocuente y rica en conceptos defendía la postura adoptada por los estudiantes, éstos asentían en silencioso acuerdo y el *Jubar* se llenaba de orgullo.

Con irrefutable lógica, Don Carlos explicaba como en un clima tan caluroso ir *de traje* a un lugar cerrado, en el mes de junio, era ya uniformarse, pues ciertamente no habría muchos más vestidos así.

Además asestó el golpe final cuando apuntó: “mire usted, hasta el más pobre puede acudir a un pariente, amigo o vecino en busca de un traje prestado; pero si además lo pide de determinado color y estilo, la situación se torna desesperada”.

Las *guerras marianas* (la Directora se llamaba María) terminaron en un empate técnico: al baile cada uno fue como quiso y pudo; pero, eventualmente, *los huaraches se acaban*.

Los problemas de la adolescencia se asimilaban mejor con la ayuda de algunos maestros, verdaderos mentores.

El Profesor Marcelo<sup>24</sup> era quien más se preocupaba por los dolores del crecimiento y parecía entender cabalmente la angustia y desorientación que a todos afectaba, en mayor o menor medida.

Para el *Jubar* ningún otro maestro fue tan sensible. Muchos años después revivía aún una escena inolvidable.

Habían exhibido en el cine local una película de Sal Míneo, cuyo tema principal eran los problemas típicos de la juventud de los sesenta.

En la trama de la cinta, después de muchos conflictos y desavenencias, dos hermanos lograban conciliar sus posiciones, olvidar sus frecuentes riñas y actuar con verdadero sentido fraternal; y la culminación del proceso era un gesto cuya trascendencia escapó a la percepción de la mayoría de los alumnos.

Cuando el mayor de los hermanos le entrega al menor un frasco de loción, para los muchachos de la clase se trataba sólo de un desenlace más, de un final típico de Hollywood; pero el Prof. Marcelo vio mucho más.

Con infinita paciencia se puso a explicarles el simbolismo de la acción; les abrió los ojos a la significación implícita, al paso de la niñez a la juventud, a la aceptación en el mundo de los adolescentes; y mientras lo comentaba se le inundaron los ojos.

El silencio unánime de la clase se quedó para siempre. Nunca más, nadie, comentó el incidente o hizo mofa de la supuesta *debilidad* del Profesor.

Mejor homenaje no podría haber.

Para cuando terminó el año escolar dominaba avasalladoramente al *Jubar* el deseo de viajar, de salir del Pueblo y ver el mundo, de conocer otras culturas y gentes (sin descartar otras muchachas, claro); pero sobre todo de *regresar triunfante*.

Muchas cosas habrían de pasar para que ese mítico retorno fuera verdaderamente triunfante; y para cuando lo fue ya no tenía tanta importancia. Parfraseando a *Raúl el de la Yoli*: “cuando me fui de El Rosario sólo llevé conmigo un bagaje de ilusiones; hoy, cada vez que regreso, ¡me llevo un costal lleno de peticiones!”

## **EL CHATO, EL NEGAS Y LOS CHILANGOS**

Al empezar la década de los sesenta terminaba el *Jubar* la secundaria y emprendía el viaje del que no habría retorno, por lo menos a su Pueblo. Otra vez coincidía el inicio de una nueva etapa vital con el arranque de una década.

Como parte del designio trazado por su padre, era menester aprender inglés y aprovechar la feliz circunstancia de contar con un amigo muy querido, *Ernie*, dispuesto a recibir al mozalbete en su hogar de Los Ángeles, California.

Ese verano de 1960, después de viajar a Tijuana y pasar allí un mes, tomó el *Greyhound* en San Diego con destino final en Huntington Beach, lugar cercano al domicilio de la familia de *Ernie*.

---

<sup>24</sup> Marcelo González ya fallecido.



Ernesto *Ernie* James compartía con Don Carlos el ser hijos de norteamericanos, pero los James estuvieron siempre yendo y viniendo entre Estados Unidos y El Rosario.

Era en verdad impresionante constatar cómo hablaban: en español eran bastante *cheros* (dícese de aquellos cuyo acento regional es grueso, pesado, es apócope de *ranchero*) y en inglés eran totalmente *gringos*.

Lo que no podía ocultar era su bonhomía y el enorme afecto profesado al *Jubar*, como reflejo de su estrecha y añeja amistad con Don Carlos, a quien además admiraba profundamente.

Ernie sabía bien el propósito del viaje: aprender inglés; y por tanto lanzó al *Jubar* al agua de inmediato, antes de saber nadar. Una mañana lo llevó a la escuela elegida y nada más le echó la bendición: “ay te quedas, la Dirección queda por allá. Vengo por ti a la salida”.

Así, de golpe, hubo de entrarle a los trámites de inscripción y selección de clases, y conste que en 1960 casi no había hispanos en Inglewood y las posibilidades de encontrar a alguien que hablara español eran mínimas.

Pero de eso se trataba. Bastaron cuatro meses de total inmersión para aprender razonablemente bien el idioma, sobre todo al expresarse oralmente.

Fue inscrito como alumno regular pero sin intención de que terminara el año o se graduara, sino como recurso para aprender el idioma exclusivamente.

Sólo contaba con ese lapso porque las inscripciones empezaban en México, D.F. en enero, de conformidad con la peculiar división de calendarios escolares de entonces, es decir, en Sinaloa era de tipo “B” (septiembre a junio) y en el centro del país era “A” (febrero a noviembre).

Allá lo esperaba su padrino, *El Chato* Apodaca, a la sazón Secretario General del Consejo de Comercio Exterior, órgano intersecretarial en el cual confluían Hacienda, Relaciones y Comercio; y donde laboraría varios años, supuestamente para ayudarse con los gastos de sus estudios.

En realidad era aquella una forma de acercarse al mundo y abreviar en la fuente ejemplar que era *El Chato* y su exitosa carrera.

Se iniciaba una década y nuevamente era *parteaguas*, amén de ser como la anterior claramente divisible: la primera parte, de 1961 a 1964, su estancia en la capital; y de 1965 a 1970, su regreso a Sinaloa y los estudios profesionales.

*El Chato* había salido del Pueblo desde muchos años atrás y había dejado constancia de su capacidad dentro y fuera de México. En el área de su responsabilidad había creado un verdadero protectorado de jóvenes rosarenses y con ello confirmaban a ciencia cierta su apego al terruño, a pesar de tener físicamente poco contacto.

Para el *Jubar* fue tanto más fácil adaptarse al ambiente de la burocracia federal al encontrarse rodeado de paisanos. Lo pusieron a cargo de la hemeroteca y ello le permitió familiarizarse con la terminología y nomenclatura internacionales, muy proclive al manejo de siglas, iniciales y acrónimos, como se verá más adelante.

Nativo de una pequeña sindicatura del municipio de El Rosario, *El Chato* fue uno de esos esforzados personajes que vencen todos los obstáculos y superan todas las desventuras. Sin verdadero apoyo familiar, en una época en la que resultaba casi imposible escapar a esa fuerza de gravedad que es la vida en provincia, primero se hizo maestro y luego obtuvo título de abogado.

Fue alumno distinguido de Don Antonio Carrillo Flores y con brillo propio escaló notables alturas en el servicio público.

Hombre extremadamente serio, obsesivamente dedicado, lector prácticamente compulsivo y con una asombrosa facilidad para los idiomas, terminó siendo Embajador en Nicaragua, Líbano y Finlandia.

Al empezar aquella década de los sesenta era reconocido como uno de los eruditos en materia fiscal y combinaba con facilidad el criterio jurídico con el conocimiento de la economía.

Al frente del Consejo de Comercio Exterior vio la oportunidad de servir a sus paisanos a través del apoyo a los hijos, de tal suerte que llegó a tener a ocho jóvenes rosarenses en diversos empleos-becas directamente bajo su control, amén de por lo menos otros tantos colocados aquí y allá.

*Chema Salazar, Chava y Rigo Lizárraga, el Nallín Millán, el Chichí Tirado, Carlos González Magallón (compañero de secundaria del Jubar ya citado), Salvador Apodaca y el propio Jubar* llegaron a convivir en ese *Consejo-Asilo*.

No todos supieron o pudieron aprovechar la oportunidad, pero todos la tuvieron en igualdad de circunstancias.

El *Jubar* llegó a hacer la preparatoria en turno vespertino, porque en las mañanas iba a *trabajar* al Consejo.

Si bien la Preparatoria Nocturna No. 7 distaba mucho de ser un plantel conducente al estudio y la reflexión, inmerso como estaba en la problemática de pandillas y porros, había maestros sumamente capaces que compensaban las deficiencias; entre ellos, el más influyente para el *Jubar*, fue casualmente otro sinaloense: Jaime Labastida.

Para los provincianos el proceso de adaptación al DF era sumamente traumático.

Aunque la ciudad capital era bastante menor que hoy, no dejaba de ser una metrópoli y como además funcionaba bajo patrones sociales y culturales distintos, muchos experimentaban el mismo *shock* sentido al viajar a otro país.

El *Jubar* constató varias veces las similitudes y afinidades que lo acercaban a los estudiantes centroamericanos, las cuales resultaban casi inexistentes cuando se trataba de las relaciones con los habitantes del Distrito Federal.

Mientras los capitalinos decían *cupeta*, por ejemplo, tanto los sinaloenses como los centroamericanos le llamaban *balde*.

Nada de extraño tenía pues, que los *exilados* procuraran agruparse y convivir preferentemente con sus coterráneos. Había *Asociaciones, Clubes o Colonias*, tanto por el origen estatal como por el local.

Por ser el *Jubar* hijo del único periodista de El Rosario, inevitablemente resultaba designado *Secretario de Prensa* de las agrupaciones.

Y se protegían unos a otros. Al *Jubar* lo tomó bajo su férula el *Pancho Valdés*, quien procuraba orientarlo y entrenarlo para el trato en y con la ciudad capital.

Sin embargo, en general la gente lo aceptaba como era y no fue víctima de trato discriminatorio, salvo por algunas notables pero aisladas excepciones. Esos a quienes la

arrogancia y prepotencia caracterizaba en su trato con los provincianos era los *chilangos*, término usado como descripción de actitudes y no como identidad de origen.

Es más, para el sentir mayoritario de los *fuereños* había algo mucho peor que ser *chilango* (de nuevo entendido esto como la actitud de superioridad de *algunos* capitalinos): ese extremo de la negatividad era *achilangarse*.

Ciertamente muchos de los petulantes que creían estar en el ombligo del mundo, para los cuales nada ni nadie igualaba y menos superaba a *su* ciudad, habían llegado de *provincia*.

Desde luego hoy, como reacción a ciertas conductas igualmente reprobables, se ha puesto de moda rescatar el orgullo legítimo de las raíces comunes, de tal suerte que mucha gente se auto-califica como *chilango* (sinónimo de *defeño*), pero el origen del rechazo a los *chilangos* encuentra más bien su referencia en el *capitalino feo*, sus actos y las secuelas de éstos, no en una postura de segregación por origen.

Después de todo, como ya se dijo, muchas veces ni siquiera son nativos del D.F.

*El Chava* (Apodaca), uno de los mejores amigos del *Jubar*, casi su hermano, afirma que éste llegó a ser *un perfecto chilango* en los cuatro años y medio pasados en la capital; pero por supuesto se refiere a los atributos de quien domina el medio, quien se desenvuelve con soltura en el terreno y sabe jugar con las reglas del campo ajeno, a pesar de haber empezado con dos *strikes* en contra.

Y era cierto.

Al poco tiempo de su arribo ya tenía su propio clan, con compañeros de escuela vecinos de *la Narvarte* y *la Oriental*; andaba de novio con una chica de *la Vallejo*; estaba amenazado por el líder de la *pandilla* más conspicua de la *Prepa*: *el Belmont*; se jalaba en camión hasta cualquier barrio y, ¡el colmo!, *¡bailaba suelto!*.

Todo menos estudiar.

Obviamente seguía en contacto con sus paisanos, ya no solamente de su Pueblo, sino en general sinaloenses.

Aunque no era fácil ir de visita a su casa, en realidad el tiempo pasado en México era sólo el espacio temporal transcurrido entre viajes a El Rosario.

Como no había dinero extra (ganaba \$500.00 al mes y pagaba \$375.00 de casa de asistencia, eso sí, con todo incluido: casa, comida y lavado de ropa), resultaba imposible pagar pasajes con frecuencia.

No obstante, pronto descubrió el gran secreto que permitía a los rosarenses echarse sus viajes incluso por las razones más pueriles (como asistir a una boda o baile): buscar al *Negas*.

Su apodo *formal* era *El Negativas* (lo de *Negas* era apócope cariñosa), este apreciado personaje trabajaba como chofer en la línea de autobuses Transportes del Pacífico, al mando de la legendaria unidad número 306.

Era ésta un GM del tipo conocido genéricamente como *parlitos*, de increíble rendimiento y resistencia: muchos todavía andan en servicio cuarenta años después.

Pero el 306 era y es tema de leyenda por el *Negas*, no por sí mismo.

En efecto, en los ratos libres se veía a los paisanos acudir a la terminal a preguntar cuándo llegaba el 306 y después buscar al Negas en el Hotel en turno.

No sólo se le *gorreaba* una comida, aportación nada despreciable a la maltrecha economía de los estudiantes, sino que además se enteraban del itinerario del 306 y muchas, muchísimas veces eran convidados a viajar gratis hasta el Pueblo (ida y vuelta).

Además, formar parte de la *tripulación*, aunque temporalmente, traía algunos privilegios adicionales, como tomar los alimentos (igualmente *de gorra*) en compañía de los conductores, no mezclados con *el pasaje*.

El único inconveniente, siempre señalado como parte de las reglas del juego, surgía si la unidad iba completa, entonces no se asignaba asiento, se viajaba de pie; pero el Negas invitaba a compartir el asiento del piloto y ello significaba otro motivo de orgullo, el de ser *copiloto*.

En este caso la cuota se pagaba en conversación, casi siempre conducida y dominada por el propio Negas, lo cual no significaba sacrificio alguno pues era y es un verdadero maestro del casi perdido arte de la conversación.

Actos de altruismo y filantropía como esos no deberían pasar desapercibidos, y sin embargo casi siempre se pierden en la flaca memoria histórica de una comunidad, salvo si *alguien* deja constancia por escrito. Y ahí queda el testimonio de esos dos mecenas: El Chato y El Negas. ¡Qué pareja más generosa!

Hacia 1965 parecía cada vez más claro que el *Jubar* había agotado su estancia en el D.F.

Sí había terminado la Prepa (apenitas), pero en la Escuela de Economía sólo se inscribió y no volvió ni por *la feria*<sup>25</sup>.

Bueno, de vez en cuando iba de visita y en realidad hubo algunas clases (muy esporádicas) en las cuales fue exitoso:

La Historia Económica le atrajo porque el maestro Rodolfo Puigross era extraordinario; pasó la Teoría Económica porque el maestro era otro del Rosario: Enrique Padilla (QEPD); un compañero (Carlos Oscos Wright) casi lo arrastró a pasar Geografía Económica, porque les había tocado trabajar en equipo y no estaba dispuesto a hacer todo el trabajo solo.

Curiosamente, el resultado de esa colaboración fue el único 10 de calificación otorgado por Tonatiuh Gutiérrez ese año.

Pero había perdido el rumbo y era urgente un cambio.

Sin pensarlo mucho, Don Carlos tomó dos importantes decisiones: sacarlo de la capital del país para mandarlo a la capital del estado; e inscribirlo en la Escuela de Derecho de la Universidad de Sinaloa<sup>26</sup>.

Más tarde diría Don Carlos a *la Mariana*<sup>27</sup> que aquella había sido una maniobra destinada a permitir a los futuros esposos conocerse, pues ella llegaría a Culiacán, procedente de Los Mochis, en 1966.

---

<sup>25</sup> El cambio en operaciones con moneda fraccionaria.

<sup>26</sup> Ese mismo año de 1965 adquiriría la institución su autonomía.

<sup>27</sup> Mariana Evelina Frías Castro, hoy de Hubbard.

## EL BETÍN, EL POPÍN, EL CLARÍN, EL CHELÍN...

Aunque la generación formal del *Jubar* era la 57-60, pues con ellos cursó los tres años de Secundaria, en realidad la generación cronológica a la que pertenecía estaba dos años atrás y por lo tanto se quedaron hasta el 62 en El Pueblo.

Un grupo de ellos, la mayoría nacidos a finales del 45 o principios del 46, formaron una especie de *pandilla* basada en su uniformidad de origen, geográfico y temporal, así como en la camaradería resultante de convivir en las aulas esos tres años, amén de estar emparentados en mayor o menor grado.

El líder o cabecilla era *El Betín* Rendón y como también participaba su primo *El Popín* Rendón, algunos ingeniosos críticos empezaron a llamarles como aparece en el título de este apartado.

Los últimos dos, *el Clarín* y *el Chelín*, existían pero nunca fueron parte de la *pandilla* aquella.

Ahora que aunque la secuencia rimada se limitaba al *Betín* y al *Popín*, el número de participantes activos era mucho mayor. Andaban juntos casi siempre, en eterna búsqueda del antídoto para el principal enemigo de la tranquilidad mental adolescente: el tiempo ocioso.

El *Jubar* no era parte de esa *pandilla* originalmente, pero en una de las numerosas pensiones donde vivió en el D.F., coincidió con uno de los socios, apodado *El Cuervo*, quien fue la llave para su incorporación.

La pensión estaba en la colonia Álamos y en ella vivían también otros rosarenses: el inseparable *Chava* Apodaca, el inefable Casimiro (no es apodo)<sup>28</sup> y el *Rigo*, quien también seguiría el apostolado del Servicio Exterior. Como siempre, el ambiente en la pensión era festivo, irreverente e incluyente.

Convivir en esas circunstancias consolidaba amistades perdurables o provocaba enemistades duraderas.

El Casimiro era todo un caso. Nativo de La Hacienda del Tamarindo, municipio de El Rosario, era una de esas personas cuya vocación y destino nunca estuvieron en duda. Nieto de un exitoso ganadero del mismo nombre, predestinadamente estudiaba para Médico Veterinario.

Su peculiar situación se prestaba para bromas interminables, pues su nombre era también descripción: ¡no veía nada!

Pero donde las dan las toman y el Casimiro podía estar ciego, pero no estaba manco.

Por aquel tiempo salía el *Cuervo* con una chica de *buenas familias*, de resonante nombre e ilustre apellido: algo así como *Laura Fernanda del Villar*. Llegaba ella por él en *coche* y los gritos de aquellos mal educados *barbajanes* eran patéticos. Por supuesto exteriorizaba ella su irritación cuando algún *atrevido* llamaba a su novio *Cuervo*, lo cual volvía casi obligatorio remarcar el apodo.

---

<sup>28</sup> Casimiro Valdez, recientemente fallecido, se ganó algunos mote adicionales: *ciego*, *cachas*, *yegua*, entre otros

Ahí se vengaba el Casimiro de las burlas (te llamas *No Distingo*, ¿verdad?). Cuando sonaba el teléfono a cierta hora se apresuraba *el ciego* a contestar, sólo por el placer de gritar “¡teléfono para el *ave negra!*”.

Y peor aún; cuando la muchacha mostró su desdén para con el cuasi veterinario, éste fue todavía más cruel. Un día contestó el teléfono y gritó: “¡*Cuervo*, te habla *La Carambola!*”

Por cierto que el Casimiro era sonámbulo y de los buenos. En una ocasión, estando de visita un grupo de *paracaidistas* (visitantes no programados) de El Rosario, en medio de la noche se despertó uno de ellos al sentir que el Casimiro buscaba algo.

“¿Qué buscas?”, susurró preocupado.

“¡El cuchillo!”, musitó el Casimiro.

Para entonces seguro de que algún intruso estaba en la casa, se levantó presuroso a coadyuvar en la importante búsqueda; pero cuando revolvía el contenido de un cajón despertó otro de los *huéspedes* y por supuesto quiso saber qué pasaba.

“¡*El cuchillo!*”, murmuró nervioso, “¡ayúdame a buscarlo!”.

“¿*Cuál cuchillo?*”, inquirió el semidormido amigo.

“*El del Casimiro, que no lo encuentra*”, dijo en secreto.

“¡Pero si el Casimiro está bien dormido!”,

“¡debes estar soñando!”, exclamó el ya molesto paisano.

Y en efecto, plácidamente roncaba el susodicho.

En otra ocasión, abrió bruscamente un cajón de la cómoda y con ello sobresaltó y despertó al *Rigo*, quien asustado quiso saber qué pasaba. El Casimiro lo urgió a ayudarlo a buscar los *platelmintos*. Para buena suerte del *Rigo* se despertó también el *Cuervo*, quien ya sabía cómo se las gastaba *el ciego* y pudo tranquilizar al desconcertado compañero.

Varios días después andaba el *Rigo* procurando una enciclopedia para indagar *qué diablos son los platelmintos*.

Otra característica única del Casimiro era su extraordinaria destreza pugilística. A pesar de tener tan pobre visión, a la hora de soltar mandobles era una verdadera máquina de repetición.

Muchas veces derrotó a contrincantes que lo superaban en peso, envergadura y fortaleza, los cuales se veían indefensos ante la lluvia de puñetazos generada. Y no le temía a nada ni a nadie, ni medía tamaños, tal vez porque no los veía muy bien que digamos.

Dignos de pasar a los anales de la leyenda fueron sus reñidos encuentros con un fornido muchacho de bien ganada fama como peleador. Ni los más grandes en aquel grupo se hubieran atrevido a enfrentarse al formidable *Tawa*, cuya corpulencia hecha de puros músculos era suficiente para intimidar al más pintado.

Pero el *ciego* se le enfrentó sin temor y lo derrotó en dos de tres combates, para orgullo de sus compañeros de pandilla.

Convivir con el *Cuervo* abrió también al Casimiro la posibilidad de incorporarse a la pandilla del *Betín*. En una de las infalibles vacaciones se incorporó, junto con el *Jubar*, al grupo.

Las aventuras vividas en esos tiempos tenían algunos rasgos especiales. El medio de transporte más usual era un vehículo de alquiler (carro de sitio) conducido por *El Pipiolo*.

*El Pipiolo* era mucho mayor que ellos y de bien ganada fama de pendenciero, en su caso, a diferencia del Casimiro, basada en una gran fortaleza física (sus manos eran enormes); pero encajó muy bien en el esquema.

Además era muy ingenioso

Dicen que una vez abolló levemente con su auto de alquiler el vehículo de un poderoso empresario, en plena *Plazuela* de El Rosario. Al ver la irritada actitud del empresario y la decidida forma como el *Pipiolo* se encaminó a enfrentarlo, la gente presintió la inminencia de un sabroso pleito y se apresuró a rodear a los contendientes.

Pero cuando se encontraron frente a frente el *Pipiolo* formuló una sorprendente pregunta: “¿vamos a alegar o a pelear?”.

Balbuzeando el empresario alcanzó a musitar: “¡pero qué diablos dices!”.

El *Pipiolo* sabía lo que hacía e insistió: “si vamos a alegar entonces no habrá trompadas”; “pero si vamos a pelear no tiene caso hablar, ¡órale!”; y subió la guardia presto para el primer round.

El empresario le dijo “¡tú tuviste la culpa!”; y el *Pipiolo* bajó la guardia y contestó “¡ah!, entonces vamos a alegar”, lo cual trajo enorme desencanto a los numerosos espectadores

A pesar de las diferencias en formación, educación y temperamento, los componentes del grupo poco a poco se fueron conociendo mutuamente y al cabo de corto lapso eran ya inseparables, por lo menos en vacaciones. Más aún, su cohesión adquirió pronto tintes de lealtad férrea, cuando se les ocurrió celebrar un *Tratado de no Agresión* con los muchachos de Escuinapa.

Se trata de un municipio vecino cuya rivalidad con El Rosario a veces raya en el fanatismo. Asistir a un baile en Escuinapa y, peor aún, atreverse a sacar a bailar a una chica de por allá, era poner en riesgo la integridad física.

Y viceversa. Prácticamente nadie lo intentaba.

Una que otra vez, envalentonados por la presencia del *Pipiolo*, la pandilla fue a algunos bailes, pero era más como gesto de bravura, de valentía a toda prueba, que como recurso recreativo.

Por eso tiempos, soberanamente aburrido en cierto baile del Club de Leones, el *Betín* conversaba con un rosarense vecindado en el pueblo rival, cuando lo oyó exclamar: “¡caray, cuánta muchacha disponible tienen aquí!”.

“¿Como cuál?”, respondió dudoso el *Betín*.

¿Qué tal aquella del vestido azul?, contestó el visitante.

“Es mi prima”, se quejó el *Betín*.

“¿Y aquella sentada sola con su Mamá?”, insistió el otro.

“No, con ella no puedo bailar porque hasta hace poco era novia de un amigo”, suspiró el *Betín*.

“¿Y la bonita ésa, la de la flor?”

“¡No'mbre!” “¡ya anduve con ella hace como un año!”

“Pos' ya están como nosotros en Escuinapa, los bailes están llenos de muchachas y no tenemos con quién bailar”, sentenció el observador.

¡Eureka! pensó el *Betín*, y exclamó en voz alta “¡si ustedes tienen el mismo problema, tengo una estupenda idea!”

Y así fue; se reunieron con un grupo de coetáneos y llegaron a un acuerdo: los dos grupos podrían visitarse mutuamente y el de casa en turno *protegería al visitante*.

La idea fue genial.

De ahí en adelante las cosas fueron mucho mejor; el aburrimiento ocupó solamente la mitad de su tiempo. Era digno de filmarse cuando algún rosarense (o escuinapense en su caso) sacaba a bailar a alguna joven local; el silencio era atronador.

Sin embargo, con el tiempo aquello se volvió normal y de allí surgieron perdurables amistades y hasta una que otra boda, sin ningún funeral.

Las andanzas de la pandilla trascendieron el tiempo de estancia en México D.F., por lo menos en el caso del *Jubar*. Incluso cuando regresó a Sinaloa para estudiar (¡ahora sí!) en Culiacán, continuaron reuniéndose cada vez que iban a El Rosario.

Además, en la primera pensión de estudiante donde se refugió en Culiacán, resultó ser compañero del *Pato*, primo del *Betín*, hermano del *Popín* y eventualmente cuñado del propio *Jubar*, con lo cual la pertenencia al grupo se acabó de consolidar, por lo menos mientras éste duró.

Y por añadidura se fueron incorporando muchachos de otras generaciones, como fue el caso de los hermanos menores del *Betín*, el Pedro y del *Jubar*, el *Wasas*, así como el *Tigre* Alvarez.

Para entonces el grupo era totalmente heterogéneo.

Empezó con compañeros de escuela, casi todos de la misma *camada*; luego incorporó a gente como el *Jubar*, de la misma edad pero de otra generación escolar; más tarde agregó al Casimiro, el *Pipiolito* y el *Nacho*, muchachos (entonces) bastante mayores; para finalizar aceptando *nuevos valores*.

*El Nacho* había sido compañero de Secundaria del *Jubar* y con ellos se repetía la historia, pues sus padres fueron grandes amigos. Pintoresco hasta más no poder, parecía hijo de su suegro el *Mingo*, con quien compartía la innata habilidad para disfrutar plenamente la vida, teñida esta de una marcada proclividad a las ocurrencias.

Múltiples actividades recorrió el *Nacho* después de convencerse de su falta de vocación por la abogacía, pero siempre se distinguió por dos áreas de particular destreza: la pericia para conducir todo tipo de vehículos, así como su admirable manejo de las relaciones jerárquicas.

Era un natural asistente o secretario.



El *Jubar* pudo constatar de primera mano algunas de sus expresivas muestras de sensibilidad, como cuando emigró a Nuevo Laredo con el fin de probar suerte como auxiliar del Fausto, hermano del propio *Jubar* y a la sazón Director de una planta industrial.

Cierto colaborador de este último se atrevió un día a afirmar que a su Jefe le gustaba de vez en cuando *emborracharse*, lo cual fue escuchado por el *Nacho* quien indignado le replicó:

“¡Un momento!” “¡el Licenciado no se emborracha nunca!” “¡el Licenciado *toma ocasionalmente aperitivos!*”

Las malas lenguas, prácticamente todas en El Rosario, gustaban de contar exageradas anécdotas del *Nacho*, con lo cual perpetuaban hasta cierto punto la leyenda.

Sobre la primera vez que fue a Estados Unidos tejían toda una fábula, por cierto achacada a otros rosarenses también.

Según esto, el hombre de marras había llegado a la línea fronteriza sin pasaporte ni visa y se concretaba a mirar esperanzado y deseoso hacia *el otro lado*. Un Oficial de migración se percató de la presencia del joven aquel y le hizo señas para que se acercara: “¡venir acá!”, le dijo, “¡no tener miedo!”.

Titubeante el *Nacho* volteó para todos lados tratando de precisar a quién se refería el *gringo*. “¡*Ústed!*, sí, ¡venir aquí!”, repetía el uniformado.

“¿De veras?” preguntó el interpelado, ¿para qué?”.

“¿Querer pasar a Estados Unidos?”, ofreció tentadoramente el americano.

“Pero no traigo papeles”, se adelantó a justificar el *Nacho*.

“No importar”, respondió el de la *Migra*, “mis instrucciones ser no dejar pasar a nadie a trabajar”, agregó, “tú nunca trabajar en *sus* país y yo estar seguro que *usted* no ir a *chambear* a mi país”.

En alguno de sus periodos vacacionales decembrinos, el *Jubar* escuchó decir, con absoluta certeza, que el *Nacho* había llegado a la Papelería y anunciado su nuevo nombramiento como Delegado de Tránsito en el vecino municipio de Escuinapa.

Al parecer se mostraba muy satisfecho pero también nervioso, por lo que fue cuestionado sobre su evidente ansiedad.

“¡Felicidades!” le dijeron, “te ves contento pero algo apurado, ¿por qué?”

“Es que debo salir ahora mismo a Escuinapa a tomar posesión del cargo”, respondió.

“¿Y por qué tanta prisa?” le preguntaron.

“Tengo que apurarme porque ya estamos a 17 de diciembre y mañana salgo de vacaciones”.

Para el *Jubar* aquella *pandilla* llenaba todos los requisitos.

La camaradería era la regla, nunca hubo imposición de autoridad (salvo las incuestionables e impredecibles puntadas del *Pipíolo*), la irreverencia reinaba y la confianza dominaba.

De ahí su prolongada permanencia.

Sólo cuando el destino desparramó por toda la geografía a los numerosos socios, amén de reducir el número de visitas al terruño, se diluyó la cohesión y se disolvió la estructura.

## LAS CRUJÍAS DE LA ESCOBEDO.

Vivir en Culiacán a mediados de los sesenta era una experiencia única.

Para inmensa sorpresa del *Jubar*, la capital del estado tenía una personalidad propia, bastante distinta de la de Mazatlán, punto de comparación por ser más o menos del mismo tamaño. Con un dulzón sabor de tradición y mucho aire de romanticismo, las costumbres parecían haberse congelado a través del tiempo.

Además, la ciudad entera parecía latir al ritmo impreso por la Universidad, incluso en el calendario: en época de exámenes no parecía hablarse de otra cosa; en vacaciones la ciudad estaba casi vacía; los bailes de cada escuela llenaban un espacio ya reservado; el día del estudiante se volcaba toda la población a celebrar.

El *Jubar* llegó a una pensión por la calle Escobedo, en una cuadra donde había por lo menos otras tres y por tanto los estudiantes eran el elemento predominante.

La casa ocupada por dicha pensión era muy engañosa, porque al frente sólo tenía una puerta y una ventana, por cierto la del cuarto compartido por él con su hermano Jorge y otros más; pero de fondo tenía considerable espacio a lo largo del cual se alineaban otras habitaciones de uso múltiple.

El común denominador era por supuesto el elemento estudiantil, pero no era exclusivo de éstos, pues había también un grupo de *técnicos automotrices*, es decir, mecánicos.

Esa peculiar distribución física hizo que fuera bautizada la casa como *Las Crujías*, o bien con el título que uno de los ingeniosos estudiantes pintarrajeó en la fachada: *La Casa Hogar*.

Eran muy unidos a pesar de sus orígenes diversos: había de Mazatlán, Los Mochis, Guadalajara y de El Rosario (but of course); unos estaban estudiando Derecho otros Contabilidad y también había algunos que sólo hacían como que estudiaban.

Según *el Pirul*<sup>29</sup>, el motivo principal de su unión era el yugo compartido por la dictadura *gordiana y frijoliana*, refiriéndose a la frecuencia con que los alimentos eran a base de tortillas y frijoles.

Y algo había de eso, pues incluso los mecánicos se integraron perfectamente.

Era aquel un barrio típico de la época, pero a la vez peculiar. Todavía vivían las familias en *el primer cuadro*, pues los *suburbios* (colonias) se limitaban a *La Guadalupe*, *La Chapultepec* y tal vez *La Burócrata*. La cuadra de la Escobedo limitada por Riva Palacios y Donato Guerra era prácticamente sólo residencial y todos se conocían.

Era también atípico porque parecía estar en la ruta de paso de todos los locos.

---

<sup>29</sup> Pedro Morales Fontanilla, uno de los “importados de Jalisco”.

Sentados en la *banqueta* los estudiantes veían pasar el mundo y sus personajes sin tener que ir a buscarlos.

“¡Veneno pa’las ratas!”, gritaba un señor con una canasta al brazo, vendedor ambulante de huevos cocidos para *botana*.

El cartero llegaba muchas veces ya *bien servido*, haciendo eses con la bicicleta. “¿Qué p’só?”, le decía *el Pirul*, “¿por qué no me ha traído carta?”. “Posh esho shí que no she puede as’ptar”, contestaba con pastosa voz, “¡escoja una!” y le mostraba el manajo de correspondencia.

Y si no llegaba *refinado* iba *crudo* y en consecuencia muy de malas.

Una vez, adornado con fino tono esmeralda su dolorido gesto, evidencia de una tormentosa noche, sin pronunciar palabra le extendió al *Chanclas* un sobre. Muy caballeroso éste, quiso usar la letra de una popular canción de entonces y obsequioso inquirió: “¿es para mí?”, a lo que secamente respondió el cartero “¡no, es para tu madre!”

El *Jubar* y su hermano *Wasas* pasaban mucho tiempo afuera, *al modo*<sup>30</sup>, para escapar del calor de su cuarto, para ver a las muchachas y, como bono adicional, para detectar a los locos. Claro que si veían venir a *La Lupita*, mujer que vestida de novia deambulaba por las viejas calles de Culiacán, huían, sobre todo el *Jubar*, pues parecía concitar caros recuerdos en la eterna novia y siempre pretendía acercarse a él.

Otros locos eran bienvenidos.

Tambaleante se acercó una tarde un transeúnte, quien sin más ni menos propuso al *Wasas* una singular apuesta. “Te’puesto a que ligo hashta La Palma<sup>31</sup> en meedia hora”.

“¡Sale!”, contestó el *Wasas*.

“Bueno”, aceptó el borrachito, “¡eeen sus marcash!. !” “¿lishtooos?” “¡fueraaaa!” gritó y arrancó zigzagueando por la *banqueta*, por lo menos en el rumbo correcto. Pero a los pocos metros se detuvo, titubeó, se regresó y le dijo al *Wasas* con tono suplicante: “¡no seash gasho!”... “¡de perdis dame una hora!”

Concedida que fue su solicitud, después de cuidadosa deliberación, arrancó de nuevo y nunca más lo volvieron a ver.

Ese primer año en Culiacán fue también primicia en varios aspectos: *las cheves*, *las chavas* y *la lira*, no necesariamente en ese orden.

A pesar de que por herencia debería haberle interesado la música, al *Jubar* lo predispusieron en contra las prematuras clases de piano recibidas como a los siete años de edad. Y no le disgustaba la música como tal, pero no estaba destinado a ser otro Chopin y la disciplina de la obligada práctica diaria terminó por fastidiarlo.

Además el instrumento familiar era la guitarra, no el piano.

Sin embargo, el gusto y la facilidad para la música los traía en la sangre de manera *estereo-hemática*, es decir, por padre y madre.

Desde siempre había escuchado a Don Carlos hacer un espectacular dueto con Chavita, con ella haciendo *la primera* y él acompañando con *la segunda* y la guitarra; pero esto acontecía

<sup>30</sup> Expresión típica que indica tradición, costumbre inveterada.

<sup>31</sup> Poblado del municipio de Culiacán.

siempre en alegres tertulias, donde se consumían estupendas viandas bañadas con *ambarinas*, nunca en salas de concierto ni en veladas literario-musicales.

¿Qué se podía esperar? Culiacán era ciudad tradicional, de serenatas y de bohemia, con un alto porcentaje de *guitarreros per cápita*; irremediamente el *Jubar* derivó en músico.

Lo único deseable era encontrar la forma de *con-beber* sin descuidar sus estudios.

Primero descubrió ser bastante bueno para ingerir líquidos a base de lúpulos, malta y cebada, sin perder la compostura; según los *expertos*, tenía facilidad para la guitarra y además sabía instintivamente hacer segunda voz. ¡Vaya combinación!

Y había más: ¡su hermano Jorge (ya para entonces dueño de su hermoso apodo: *el Wasas*) cantaba como los ángeles y las voces se acoplaban perfectamente! Sólo faltaba el catalizador, el cual llegó en la persona del *PachoRuelas*<sup>32</sup>, inspirado músico y vecino casual encargado de lanzar al dueto de *los hermanitos Jubar*, acompañados por el propio *PachoRuelas* y el *George*<sup>33</sup>.

Por cierto, estos dos se integraron a un famoso conjunto (hoy sería *grupo*) de Rock llamado *Los Picapiedra*, junto con otros extraordinarios e intuitivos músicos. Hace unos años volvieron a reunirse para uno de esos bailes del recuerdo, donde se dieron cita los *jóvenes de ayer*.

Cuando el *Jubar* vio a su maestro *PachoRuelas* corrió a saludarlo y muy emocionado le dijo:

“¡Híjole maestro, mi hermano y yo nunca olvidamos las lecciones recibidas y de hecho aún cantamos aquellas canciones que nos enseñaste!”

A lo que respondió muy serio el músico: “¡entonces ya es hora de enseñarles otras!”

Nunca cambiaron.

En un festival escolar fue el *debut*<sup>34</sup> de *los hermanitos*, dirigidos y vigilados de cerca por el ínclito *Pancho*, pero sólo en aquella ocasión requerirían acompañamiento: después de *acatarrar* a sus compañeros de pensión por varias semanas, el *Jubar* aprendió a tocar la guitarra.

Ya lo soñaban repitiendo una y mil veces el *tun ta ta chún* y rematar muy ufano con el clásico *tan tán*. Sin embargo aprendió y pronto ya andaban dando serenatas por todo Culiacán.

Con ese handicap a su favor y nada parco en el manejo del lenguaje, la llegada de los noviazgos era consecuencia lógica. Tuvo varios, de diversos tonos, intensidades y duraciones, pero en general le daba a cada relación tiempo completo, salvo por alguna caída (o recaída) incidental.

El único problema de los noviazgos formales en Culiacán era *la visita*, o sea acudir a la casa de la elegida los martes, jueves, sábados y domingos (por lo general), a sentarse a conversar en la sala bajo la vigilante mirada o por lo menos a tiro de oído de la familia.

Peor aún, el domingo había asistencia obligada a misa y eso sí era cuesta arriba.

Reminiscencias de una época que se resistió a desaparecer por mucho tiempo.

Luego fue adoptado en su proceso de re-educación por el *Gillillo*<sup>35</sup>, quien era experto en el ejercicio a plenitud de las dos carreras: la de joven y la de estudiante.

---

<sup>32</sup> Francisco Ruelas Orrantía, del municipio de *El Fuerte*, músico por intuición y amigo por convicción.

<sup>33</sup> Humberto Urrea Salazar, de Los Mochis.

<sup>34</sup> Ruelas preparó la participación de los hermanos y los acompañó con la guitarra.

Verdadero iconoclasta, el *Gilillo* era temible por su audacia y agilidad mental. Pobre de aquel que cayera en sus manos como objeto de burla o mofa, ¡los hacía pedazos!

Una noche, cuando muy modosito el *Jubar* cumplía con el sagrado deber de *la visita*, se apareció el *Gilillo* gritando “¡ya sáquenle el catre a la visita!” Luego se internó en la casa de la novia y no descansó hasta traer a la señora y sentarla frente a la sonrojada pareja; “no me deje solos a estos por favor”, instruyó a la atónita ama de casa.

Terrible, parrandero, incontrolable, eran algunos de los términos de definición del *Gilillo*, pero sus estudios jamás sufrieron por sus andanzas. ¡Y vaya que disfrutaba de sus andanzas!

Con él, el *Jubar* conoció la ciudad de pe a pá, usualmente a través de la asistencia a cuanto *guateque* existiera. Jamás era rechazado aunque careciera de invitación o desconociera la naturaleza del festejo. Sin embargo, ser aceptado no se traducía necesariamente en permanencia, pues no siempre aprobaba el tenor o ambiente de la fiesta.

En alguna ocasión, llegaron juntos a una reunión en la colonia Ejidal y se detuvieron en la puerta para aquilatar las posibilidades del jolgorio. Mientras oteaban el ambiente oyeron molestos cómo una muchacha le decía a otra:

“¡Ay mejor vámonos, son puros *chavitos*!”

Sin perder tiempo el *Gilillo* elevó la voz para asegurarse de ser escuchado y le dijo al *Jubar*:

“Esto está tétrico, son puras *rucas*, ¡fuímonos!”

La fórmula del *Gilillo* fue transmitida completa: el *Jubar* fue compañero de parrandas pero también de estudios. Esa fue la clave; no sólo pudo (de hecho pudieron los dos hermanos) sacarle jugo a su agigantada popularidad, sino que además lo hizo sin afectar sus estudios.

Varias veces llegó a clase desvelado, *crudo* y apurado, pero casi nunca faltaba y casi siempre estaba listo para exponer la clase.

Como era de suponer, las correrías nocturnas llevaban sus riesgos, pero no de la clase o naturaleza de los ahora vividos, en aquellos tiempos la violencia no los desvelaba. No obstante, a veces había desaguisados, como la noche aquella cuando uno de los *serenateros* tomó la trágica decisión de orinar en la llanta de un automóvil, muy discreto según él, y resultó ser una patrulla que se lo llevó a *dormir la mona a la comandancia*.

Por la mañana acudieron los aprendices de abogado a sacarlo, previo pago de multa, así como a escuchar fascinados la narración de la impresionante experiencia.

“No estuvo tan mal”, empezó a contar el ex reo; “me acosté en un rincón y me quedé dormido casi toda la noche”.

Ya se alejaban los interlocutores ante la escasa emoción de la aventura, cuando los llamó y dijo: “¡espérense que aún no termino!”

“En la madrugada se abrió la reja y entró un policía que me despertó con un extraño grito: ¡Benito Juárez! “. “Y lo peor es que se levantó un *teporocho* y salió de la celda”.

“Pa’cabarla gritó enseguida: ¡Miguel Hidalgo! y otro borrachito atendió el llamado”.

---

<sup>35</sup> Jorge Raúl Gil Leyva

“Ya estaba creyendo que soñaba cuando volvió a llamar, esta vez a Cristóbal Colón y ¿qué creen?: ¡se levantó otro!”

Con la indivisa atención de sus compañeros se dispuso el ex presidiario a rematar la historia.

“Y luego se acercó a mí y me dijo: ¡Rafael Buelna!” “Claro que nada más me le quedé viendo”.

“¡Rafael Buelna!, repitió, y ahí sí le contesté ya enojado ¡yo no me llamo así!”; “pero más enojado él me gritó: ¡no se haga el vivo, es la calle que va a barrer!”

“Por suerte en eso llegaron ustedes”.

“¡Híjole, si no la echas revientas!”, fue el comentario unánime.

El paso por la Universidad merece análisis por separado.

## ALMA MATER

En la década de los sesenta la Escuela de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Sinaloa era una de las mejores del país. La planta de maestros se había ido integrando con una afortunada mezcla de veteranos y nuevos valores, hasta conformar una verdadera *selección estatal*.

Más tarde, al presentar el examen de admisión al Servicio Exterior, comprobaría el *Jubar* el enorme valor de la educación recibida.

La incorporación a esa Escuela de Derecho y Ciencias Sociales fue desde el principio peculiar.

El *Jubar* nunca esperó encontrar a tantos maestros contemporáneos de Don Carlos, los cuales seguían siendo sus amigos.

Con sólo escuchar el apellido surgía invariablemente la pregunta: “¿*Jubar*?, ¿qué es usted de Don Carlos?”; y al enterarse del parentesco con éste, sin falta seguía el comentario: “pues prepárese porque voy a exigirle un rendimiento acorde con su estirpe”, palabras más o términos menos; o bien otros exclamaban “¡espero que no sea usted tan bohemio!”

Pero sí lo era.

Para completar el panorama los maestros jóvenes, aunque no sabían quién era Don Carlos, de todos modos le anunciaban un futuro similar, pues según ellos un apellido tan raro no se les iba a olvidar fácilmente.

El resultado fue una inmediata presión, pero en lugar de desalentarlo ésta se convirtió en un acicate y a diferencia de lo acontecido en el D.F. lo impulsó a no traicionar tanta confianza.

En el transcurso del primer año ya se había colocado en segundo o tercer lugar de su generación. El interés por las clases volvió y mucho ayudó al proceso el encontrarse otra vez a personajes inolvidables.

Los siguientes ejemplos, narrados como los recuerda el *Jubar*, servirán para ilustrar las personalidades de algunos de ellos.

Normalmente, cada grupo contaba con un mínimo de elementos femeninos, tres o cuatro a lo sumo, por inveterada costumbre sentadas siempre al frente del salón.

Uno de los maestros más apreciados empezaba a perder la vista y ello propiciaba la escapada de algunos compañeros después de la lista de presentes.

Se colocaban cerca de la puerta y al primer descuido salían agazapados.

Pues bien, en cierta ocasión las muchachas decidieron aprovechar esa debilidad y para estar listas excepcionalmente se sentaron hacia el fondo, cerca de la salida. El Maestro se sorprendió al no verlas sentadas en su lugar habitual y haciendo sombra con la mano trató de columbrar si se encontraban más allá, al tiempo que murmuraba “¿qué no vinieron las *pinchis*<sup>36</sup> viejas?”.

En época de exámenes la tensión podía afectar a cualquiera.

Durante uno de esos difíciles episodios, por añadidura de nivel extraordinario, uno de los sinodales preguntó al sustentante: “dígame si es posible la celebración de un matrimonio entre personas del mismo sexo”.

La respuesta casi inmediata fue positiva, para sorpresa del maestro. “A ver, explíqueme las circunstancias”, insistió.

“Bueno”, titubeó el nervioso estudiante, “tendrían que comprometerse a no tener hijos”.

Con el rostro carmesí debido a la risa contenida a duras penas, el profesor inquirió: “y quién le enseñó tan extraordinaria cosa”; a lo cual muy serio contestó apuntando con el índice a otro de los sinodales ahí presentes, precisamente el protagonista de la anécdota antes narrada.

Rojo, pero de indignación, éste sólo atinó a gritar “mientes jijo de la.....”.

Era un viernes a las 7:00 A.M. cuando apurado llegaba al salón uno de los alegres guitarreros después de una noche tormentosa. Con lentes oscuros intentaba ocultar las terribles ojeras y sin mirar al frente fue a ocupar uno de los últimos lugares.

El maestro lo vio llegar y se dirigió a él diciendo: “¿qué horas son estas de llegar compañero?”

Apenas consciente de ser el destinatario de la pregunta masculló: “¡Urrea Rivera maestro!”

Divertido éste insistió: “por lo menos dígame cuál es su excusa”; al pobre joven sólo se le ocurrió decir: “¡se me ponchó el carro!”; y ahí tuvo su oportunidad el maestro quien remató “sería la llanta”.

Pasaba lista muy serio, solemne casi el adusto profesor, cuando al mencionar a un alumno de apellido *Hernández* se levantó una joven y le informó “está enfermo maestro”.

Asombrada la mensajera percibió cómo le ponían falta a su amigo y no se pudo aguantar, “oiga Licenciado”, elevó la voz, “le acabo de decir que Hernández está enfermo y me pareció ver que le puso falta”.

---

<sup>36</sup> En Sinaloa se dijo *pinchis* y no *pinches* por mucho tiempo. Hoy, con la influencia de películas y otros medios ya empieza a cambiar la costumbre.

“Así es”, contestó el mentor, “porque no vino”.

“Pero”, argumentó la defensora del ausente, “es por causa de fuerza mayor”; “pero no vino”, volvió a sentenciar casi inapelable el catedrático.

Frustrada la estudiante aquella todavía alegó: “¡pero hasta podría morirse!”; a lo cual replicó con aire de triunfo el jurisconsulto: “¡pues menos vendría!”

Y una vez más ocupan en su memoria espacio distinguido algunos de los maestros, sea por el anecdotario del cual forman parte las historias antes narradas, o por la marcada influencia ejercida sobre su formación académica, o simplemente porque coadyuvaron a la superación de esa terrible época conocida como la adolescencia.

Probablemente otros alumnos de la misma generación discrepen, pero a juicio del *Jubar* el criterio jurídico se origina primordialmente en la clase de Introducción al Estudio del Derecho.

Ahí, con su inimitable estilo pedagógico, *Polo*<sup>37</sup> modeló las jóvenes mentes y construyó un cimiento que sustentaría toda la carrera. Las aportaciones posteriores resultan indispensables para reconocer la obra terminada, pero sin duda la simiente, que es también tronco común, estaba allí, con *Polo*.

Durante cuatro años se hacía presente la ubicua figura del Lic. Vega<sup>38</sup>; *el Compa* Valenzuela<sup>39</sup> daba cátedra y ejemplo sobre cómo ser buen abogado, lo cual no estaba ni está reñido con el sentido del humor; *Chema* Salazar<sup>40</sup> enseñaba derecho y prodigaba consejos sabios, maduros; *Monjaraz*<sup>41</sup> agregaba la disciplina y la fortaleza de carácter (pasaban su clase únicamente los que tenían certeza absoluta sobre su vocación)

También las afinidades y convivencias inevitables dieron paso a relaciones de amistad indelebles. Primero *el Gilillo*, verdadero mentor que le permitió conocer la ciudad desde adentro y le llenó su tiempo de recreo con un sentido del humor cáustico, penetrante y mordaz.

Mucho aprendió de él.

Después, en un proceso al revés, adoptó a un compañero desde el primer año y ya no dejaría de ser su amigo, su hermano, probablemente el único con el que jamás tuvo una diferencia mayor, ni un disgusto, ni un alejamiento: *el Alarid*<sup>42</sup>.

Entre su renovado éxito académico y el retorno a las formas y costumbre para él habituales, se manifestó un notable brote de popularidad que lo llevó a colocarse como candidato a la Mesa Directiva de la Sociedad de Alumnos, como parte de la fórmula a la postre ganadora.

Desde el primer año de la carrera el *Jubar* se vio envuelto en diversas campañas políticas, no necesariamente sólo en las que él mismo era candidato.

A la manera del *Oscar* en la Secundaria, un grupo de alumnos pretendía integrar una planilla en la cual hubiera representación de los *novatos*, tanto para ir descubriendo a los valiosos, como

---

<sup>37</sup> Leopoldo Rodríguez Arvizu.

<sup>38</sup> Juan B. Vega, de ilustre y prolongada carrera como Juez y como maestro.

<sup>39</sup> Lic. Raúl Valenzuela Lugo, uno de los mejores abogados postulantes de su generación.

<sup>40</sup> Lic. José María Salazar Ríos, “cachorro” del “Chato” Apodaca que dejó trunca una carrera internacional para regresar al terruño a batallar estudiantes, entre otras cosas.

<sup>41</sup> Lic. Rodolfo Monjaraz Buelna, dos veces Rector, especialista en Derecho Constitucional y bastante exigente maestro.

<sup>42</sup> Lic. Oscar Antonio Alarid Navarrete



por estrategia electoral, pues ellos se encargarían de asegurar el voto de sus compañeros de nuevo ingreso.

*El Tanganito*<sup>43</sup>, uno de los amigos de la infancia y miembro de la familia rosarense que detentaba el famoso *Silva's Café Bar*, estaba ya en segundo año y fue el encargado de recomendar al recién llegado, para integrarlo a una planilla que pretendía romper esquemas y navegar a contracorriente.

Se trataba de un heterogéneo grupo conformado por dos corrientes de origen muy diverso.

El candidato a Presidente de la Mesa Directiva era uno de los mejores estudiantes de la escuela e incluso de la Universidad. Brillante en más de un sentido, *el Caimán*<sup>44</sup> tenía seguidores cuya lealtad se basaba en la admiración más que en afinidades ideológicas o políticas.

Pero ese electorado estudiantil nunca constituyó un grupo, mientras que el otro ingrediente de la exitosa fórmula sí lo era.

En efecto, los alumnos *importados*, procedentes de otros municipios del Estado, eran sin duda minoría ante los *culichis* y además carecían de identidad como comunidad estudiantil. Por sí mismos nunca hubieran logrado romper una estructura integrada desde la preparatoria.

Es ahí donde radica el mérito del otro personaje de la fórmula: *el Gordo*<sup>45</sup>.

Originario de Mazatlán y por siempre contagiado del virus de la política, seguramente adquirido genéticamente<sup>46</sup>, tuvo éste la visión necesaria para sellar una alianza con *el Caimán* y reclutar el apoyo de los *fuereños*, única forma de vencer la formidable candidatura de *el Hitler*<sup>47</sup> y su maquinaria.

Además era el prelude de un enfrentamiento entre dos corrientes políticas estudiantiles, supuestamente *gobiernistas* y *socialistas*, los primeros respaldando la planilla de *el Caimán* y los segundos la de *el Hitler*.

Con el apoyo del cada vez más numeroso contingente de mazatlecos, así como la aportación de votos de los *perros* (alumnos de nuevo ingreso), resultó ganadora la planilla de *el Caimán*, en la cual el *Jubar* ocupó el cargo de Tesorero.

La dulzura del triunfo pronto se vio empañada cuando el grupo opositor se lanzó a la contraofensiva; *el Caimán* se vio obligado a renunciar a la Presidencia y en su lugar quedó *el Gordo*, como resultado de una interpretación de los estatutos que a la larga se usaría en su contra.

En efecto, al iniciarse el periodo escolar 1966-67, un movimiento estudiantil derrocó al Rector Julio Ibarra y los *ganadores* resultaron ser precisamente el grupo al que se había impuesto la planilla de *el Caimán*.

Aprovechando el momento y ante la intimidada y pasiva mirada de la *mayoría silenciosa*, los vencedores recuperaron la Presidencia de la Mesa Directiva y se lanzaron a *juzgar* a la anterior administración.

Aquello fue memorable.

---

<sup>43</sup> Angel Alfonso Silva Santiago.

<sup>44</sup> Lic. Jorge Escobosa.

<sup>45</sup> Jorge Escobosa y Luís Zúñiga fueron Presidente y Secretario de aquella Mesa Directiva de 1965-66.

<sup>46</sup> Su padre, homónimo, fue presidente Municipal de Mazatlán.

<sup>47</sup> Lic. Jesús Michel Jacobo Q.E.P.D.

Armaron un tribunal estudiantil que investigaría las *violaciones estatutarias* supuestamente cometidas por *el Gordo, el Tanganito y el Jubar*, quienes a su vez designaron a un *defensor* para el proceso.

Después de interrogatorios, testimonios y diversas actuaciones, el tribunal de marras presentó a la asamblea su propuesta de sanciones. El asunto era serio, pues de ser aprobada la *sentencia* se expulsaría a unos y se inhabilitaría a otros.

Para sorpresa y enorme irritación del triunfalista grupo, la asamblea rechazó la propuesta y cuando se solicitó recomendar la sanción correcta, la respuesta a gritos fue: “¡un aplauso!”.

Después de ser arrinconado de esa manera, de recibir públicamente acusaciones y de casi terminar su actividad política estudiantil desde el segundo año de la carrera, el *Jubar* se sintió identificado con el grupo *gobiernista*, a pesar de que su inclinación ideológica era bastante afín al socialismo, como casi todos los jóvenes de aquella época.

Ya no dejaría de pertenecer él.

La entrada al grupo significaba colaborar en otras empresas, entre las cuales se encontraba la lucha por la Presidencia de la Federación de Estudiantes de la Universidad (F.E.U.S.) Ahí, el *Jubar* se encontró con la triada de *el Chumel, el Chuquiqui y el Chito*<sup>48</sup>; a su vez condujo para conocer a Fortunato<sup>49</sup>.

Hubo diversas pruebas expresas y tácitas, como una especie de ritual de aceptación.

Por ejemplo, el *Jubar* viajó con los 3 CHs (los ya citados *Chito, Chumel y Chuquiqui*) a El Rosario con el fin de *cabildear* los votos de la Preparatoria de allá para la candidatura del *Chito* a la Presidencia de la FEUS, lo cual significaba medir la capacidad de convocatoria del aprendiz y observarlo en su propio medio.

Los resultados fueron poco concluyentes: se lograron los votos, pero se perdió la elección.

Sin embargo, la aventura dejó de beneficio la integración al grupo, aún en etapa embrionaria, amén de la oportunidad de conocer personalmente al mentor, verdadero *gurú* de aquella muchachada: Fortunato.

Cuando se habla de Fortunato debe situarse al personaje en su circunstancia temporal. Profesional cuando la política era acaparada por *revolucionarios* y líderes *probados*, de los de chamarra y pistola al cinto, hubo de luchar con armas muy distintas para forjarse un lugar. Como le dijera una vez al propio *Jubar*, era a base de preparación como debería proyectarse la imagen de eficiencia indispensable para llamar la atención de los detentores del poder.

Por lo menos ésa fue la experiencia del propio Fortunato, quien pretendió (y logró), distinguirse como perito en administración y por lo tanto candidato idóneo para el cargo de Oficial Mayor, a pesar de carecer de padrinos decisivos. Resultado: el Gobernador Sánchez Celis lo designó precisamente para ese encargo y de ahí pasó a ocupar el puesto de Secretario General de Gobierno, responsabilidad que lo llevó incluso a quedar encargado del despacho como Gobernador.

---

<sup>48</sup> Lic. Jesús Manuel Viedas, Lic. Jesús Enrique Hernández Chávez y Lic. Engelberto Esquerria.

<sup>49</sup> Lic. Fortunato Alvarez Castro, ilustre guasavense ex-Gobernador, ex-Secretario Gral. de Gobierno, ex-Presidente Municipal de Culiacán, pero sobre todo ex-Presidente del Comité Directivo Estatal del PRI en Sinaloa.

De ahí pasó a ocupar numerosos cargos de elección y designación, siempre apoyado en un equipo de jóvenes a los que proporcionó las herramientas de la experiencia y prácticamente enseñó a volar lanzándolos al vacío.

Aquel grupo de estudiantes se convirtió en la espina dorsal de una larga etapa en la política del Estado.

Lo demás es historia.

En apretado resumen, después de ser Tesorero de la Sociedad de Alumnos de la Escuela de Derecho, el *Jubar* fue Delegado a la Federación de Estudiantes Universitarios de Sinaloa (FEUS), Secretario de Actas y Acuerdos en ésta, Presidente de la Asociación de Estudiantes Rosarenses Radicados en Culiacán, Delegado al Congreso de líderes juveniles del PRI, Secretario de Acción Deportiva del Comité Juvenil de ese mismo partido en el ámbito municipal y seleccionado para un viaje de estudios a Estados Unidos.

Todo ello lo colocaba en la transición entre estudiante y profesional.

## EL SEGUNDO DESPEGUE

“Me fui de viaje solo, a ver si así, tú me querías como yo a ti”  
“My Home Town”. Paul Anka. Versión en español.

Los setenta fueron para el *Jubar* como una explosión de cambios casi traumáticos

Terminaba su carrera de abogado, formalizaba *el último noviazgo*, practicaba su profesión en una área del Derecho que le daría tema para su Tesis, se graduaba como parte de una generación caracterizada por su politización, etc., etc.

Y había otro cambio muy significativo: por primera vez en su vida de estudiante vivía en un departamento administrado por compañeros y no en una pensión.

Después de la experiencia de *Las Crujías* se había mudado a otra casa de asistencia, en el hogar de un famoso ex-beisbolista apodado *Gilillo* (Villarreal), al cual se señalará en adelante como *Gilillo II*, para distinguirlo del amigo y mentor juvenil del *Jubar*.

La casa era responsabilidad de Doña Bertha, la esposa del *Gilillo II*, y se encontraba muy cerca de *las Crujías*, a una cuadra solamente, pero era otro barrio.

En aquel tiempo los barrios ocupaban áreas relativamente pequeñas.

Sus vecinos hacían a cada barrio especial. En *La Colón* había familias de añeja presencia y numerosa membresía; tal vez los Niebla Alvarez y Félix Pico sean el mejor ejemplo de ello.

Pero además el barrio se veía influenciado por la proximidad del Cine Colón y sus negocios periféricos.

Así, a diferencia de la Escobedo aquí había un buen número de restaurantes, cenadurías, taquerías etc.

Lo cierto es que el *Jubar* fue convidado por uno de sus compañeros de generación, *el Calalo*, a compartir un departamento con otros jóvenes que ya trabajaban y consideraban estar listos para *independizarse*, o sea ampliar su campo de acción sin tener horarios para entrar o salir, comer, etc.

La idea le pareció muy atractiva y aceptó, pensando sólo en los aspectos positivos planteados por su amigo, quien era el *gerente* de aquel establecimiento.

El departamento estaba ubicado estratégicamente, a un costado del *Casino de Culiacán*; tenían cocinera-mucama propia; podían armar cuanta fiesta o pachanga se les antojara sin reclamos, pues el único vecino era una papelería en la planta baja, por supuesto sujeta a horarios diurnos.

Y al principio se cumplieron todos los pronósticos; estaba feliz disfrutando de su nueva y *adulta* condición. Por esos tiempos descubrieron los inquilinos la ventaja de comprar cerveza por barril, especialmente porque una nueva marca, *Cruz Blanca*, les daba los mejores precios.

Eran tan frecuentes los pedidos que ya ni depósito les cobraban, simplemente mencionaban el nombre del destinatario, el *Lic. Jubar*. Más tarde se enteraría de que muchos otros amigos (y hasta simples conocidos) se aprovechaban de esa circunstancia y ordenaban los barriles a su nombre a fin de ahorrarse el depósito.

Con tan buen récord se convirtió, inadvertidamente, en el mejor cliente de la empresa cervecera.

El grupo del departamento incluía, entre otros, al propio *Calalo* Serrano, a la sazón Agente Auxiliar del Ministerio Público y por tanto autorizado (y quién sabe si hasta requerido) a usar pistola; el *Tigre* Bastidas, litigante y por siempre bien intencionado a pesar de su envergadura y aspecto fiero; el *Tanganito* Silva, ya mencionado paisano de El Rosario y compañero de andanzas políticas estudiantiles del *Jubar*; y el *Güinas* Gómez Pimentel (rosarense llegado de Guadalajara).

Viviendo juntos afloraron las peculiaridades ocultas. Decían las *malas lenguas* que el *Calalo* no dejaba la pistola nunca, al grado de que por la noche, si se levantaba al baño lo primero que hacía era ensartarse el revolver en las trusas.

Por su parte, el *Tigre* tenía el sueño muy pesado, nada parecía perturbarlo, excepto cuando llegaba su novia y hacía sonar el claxon de su carrito; ¡entonces y sólo entonces saltaba como impulsado por un resorte!.

El acabose vino cuando el *Gerente* se fue. Sin la mano firme de administrador del *Calalo* aquello fue un desorden y pronto empezó la desbandada; el *Jubar* regresó a la pensión de Doña Bertha y de ahí sólo saldría para instalarse en su hogar de casado.

En cabal cumplimiento de una promesa, al empezar el gobierno de Valdés Montoya, recibió el *Jubar* una invitación a colaborar en el Departamento de Transportes de la Dirección General de Tránsito y Transportes del Estado.

Encabezaba esa Dirección General el Ing. J. Antonio Malacón y su equipo incluía a Juan Luís Torres como Subdirector, Jaime Félix como Jefe del Departamento Administrativo, al Ing. Soto como Jefe del Técnico y al *Chumel* como Jefe del Departamento de Transportes

El *Jubar* llegó a formar parte del equipo de este último, junto con Juan Millán. Al principio estuvieron comisionados para redactar la parte correspondiente de la nueva Ley de Tránsito y Transportes, pero más tarde se hicieron cargo de las áreas jurídica y de estudios socioeconómicos, respectivamente.

Fue ahí donde el *Jubar* se especializó en Derecho Administrativo.

Se encargaba de los procedimientos para concesión de servicio público de transporte, con su correspondiente e infalible *audiencia de oposición*, garantía del derecho de audiencia que se reservaban celosamente los dirigentes de las diversas organizaciones transportistas.

Estos personajes merecen algo más que un simple vistazo.

La CNOP y la CTM se repartían, casi a partes iguales, la tajada mayor de las agrupaciones concesionarias, salvo por uno que otro enclave de la CNC y de la CROM. Había *alianzas*, *uniones*, *sindicatos*, *confederaciones*, así como algunas Sociedades Cooperativas. Los líderes adquirían gran estatura política y ello les permitía acceder a puestos políticos, aunque casi siempre de limitado alcance (regidores, por ejemplo).

Pero luchaban fieramente por los *derechos* de sus agremiados y en contra de cualquiera que viniera a solicitar nuevas concesiones.

Según ellos la plaza estaba siempre saturada y cualquier nuevo permiso representaba *competencia deslial* (sic), fuera ésta en el ramo del transporte de carga, el de pasajeros (urbano y suburbano) o los taxis.

Además eran pintorescos.

Sin duda les resultaba difícil lidiar con esos *muchachos* recién llegados al Departamento de Transportes, tal vez precisamente por su juventud, la cual los hacía resistir su supuesta autoridad. No era raro escuchar diálogos como este:

“¿Está el Lic. *Bielas*?”, preguntaba el portavoz del grupo.

“Se llama *Viedas* y no está en este momento”, respondió la secretaria.

“Bueno, entonces con el Lic. *Judas*”.

“¡*Jubar!*, ¡se llama *Jubar!*”, reclamó airadamente la empleada.

“¡Pos’ es que aquí todos tienen *nonbres* muy raros!”, se defendió el líder del grupo.

“¿De parte de quién?”, preguntó la secretaria.

“Dígale que *semos Procopio, Próculo*, mi compadre *Liborio* y Don *Otilio*”

Negociar con aquellos políticos instintivos, intuitivos, era muy complicado. Además, cada servicio tenía características propias, de tal suerte que no era igual atender los problemas de los taxistas que los de los camioneros de carga o los de servicio urbano de pasajeros.

Por añadidura cada municipio mostraba su propia problemática: mientras en Mazatlán se trataba el asunto de las *pulmonías*<sup>50</sup>, en Culiacán les preocupaba cómo reemplazar a *las Arañas* o *Aurigas*.

El promotor del ahora popular servicio llamado *pulmonías*, en Mazatlán, era también todo un personaje. Contaba el famoso *Chicharo* (Q.E.P.D) que al principio nadie creía en el proyecto y los bancos le negaron financiamiento.

---

<sup>50</sup> Especie de taxis de caseta abierta, al aire libre, de aspecto similar a los carritos de golf.

Fue en Tucsón donde finalmente logró conseguir el crédito para la adquisición de los peculiares vehículos y, documento en mano, se presentó a reclamar a los banqueros locales su desconfianza.

“¡Miren!”, les dijo, “en Tucsón me prestaron el dinero que ustedes me negaron y allá ni me conocen”; según él la respuesta fue: “por eso *Chicharito*, porque no te conocen”.

Y además los transportistas originarios de El Rosario se sentían, justamente, con derecho de *picaporte*, pero no siempre era fácil tratar con ellos.

Una pareja de humildes taxistas se presentó una mañana ante la ubicua secretaria del *Jubar* y tímidamente anunciaron su presencia.

“O sea que queremos ver al licenciado”.

“De parte de quién”, atajó ya a la defensiva la celosa colaboradora.

“De *nojotros*”, contestó el más arrojado.

“¿A sí?”, se burló ella, “¿y quiénes son ustedes?”, agregó barriéndolos con la mirada.

“Ejte y Yo”, remató el de la voz cantante apuntando a ambos.

En el año de 1971 se aglomeraron los hitos para el *Jubar*: se casó, nació su primer hijo, se recibió y bautizó a ese primer heredero (estos últimos dos acontecimientos fueron el mismo día).

El primer domicilio de casado fue en un departamento ubicado (para variar) por la calle Colón, en un conspicuo edificio de nombre *Landgrave*. Eran sus vecinos Roberto *Chapo* Zavala, su compañero de generación de la Escuela de Derecho; así como su paisano, amigo y compañero Juan S. Millán y *Nico* Gutiérrez.

De ahí pasaría a otro departamento en un edificio construido por su Padre en el Bulevar Madero, pero su estancia ahí fue breve porque se acercaba el momento de emigrar otra vez, ahora en busca de su destino (el Servicio Exterior).

Nacido en aquel fugaz periodo de colaboración con su padrino el *Chato* Apodaca, pero también como culminación del proyecto para él diseñado por su padre, el interés por la diplomacia había estado adormecido durante varios años.

Tal vez pudo haberse embarcado en una carrera político-administrativa, o quizá seguir la otra senda vocacional de su preferencia: la cátedra; pero todo tomó su cauce definitivo eventualmente.

No que las cosas hayan sido fáciles, de hecho fueron todo lo contrario.

Después de que *el Chumel* abandonó la jefatura del Departamento de Transportes para asumir la Secretaría General del Comité Directivo Estatal del PRI (con Fortunato), se experimentaron diversas fórmulas para cubrir la vacante, todas ellas efímeras, ninguna satisfactoria para el Ing. Malacón.

Con gran seguridad se lanzó éste a promover la candidatura del *Jubar*, a pesar de que no era el elegido del funcionario clave. Hubo de elevar la propuesta al más alto nivel y finalmente consiguió su objetivo.

Sin embargo, alguna secuela quedó del proceso, reflejada en dificultades y fricciones en el desempeño del cargo.

A mediados de 1972 salió publicada la convocatoria para el examen de ingreso al Servicio Exterior, programado éste para el mes de febrero de 1973, por lo tanto distante varios meses todavía.

Impulsado por su esposa (quien incluso rompió el *cochinito* para ayudar a pagar los gastos), se trasladó al Distrito Federal para inscribirse en el concurso y participar en unos cursos preparatorios impartidos por la UNAM.

Empezaba un camino que lo llevaría a dejar su tierra de nuevo, esta vez de manera permanente.

Los cursos preparatorios para el examen de ingreso al Servicio Exterior empezaban en septiembre y terminaban en diciembre, de tal suerte que el *Jubar* se apresuró a inscribirse y con una confianza no del todo justificada cerró casa, vendió muebles, trasladó la familia a casa de los abuelos en Los Mochis y se fue al DF a estudiar.

Realmente *quemaba sus naves* para regresar a la capital después de 8 años, en circunstancias enteramente distintas, pero con renovados bríos.

No hubo tiempo para pensar en el trascendental paso ni para despedirse formalmente de esa ciudad y esa sociedad, consideradas suyas por muchas razones. La natural tristeza de toda partida se ocultó ante la inminencia del cambio, de la urgencia de cada trámite y de la carga de responsabilidad implícita en jugarse el todo por el todo.

Cambiar un medio en el que había incontables amigos, contactos, relaciones y apoyos; por uno donde nada ni nadie lo respaldaría, donde la competencia sería despiadada y donde ya antes había enfrentado el fracaso, requirió de enorme determinación y verdadera vocación.

Contó con ambas, pero además lo impulsó el decisivo empuje de su pareja, de la Mariana, que jamás dudó ni del camino ni de su capacidad. Ella creía más en él que el propio *Jubar*.

Sin más bagaje emprendió el viaje de nuevo.

## **O T R A V E Z E L D I S T R I T O F E D E R A L**

El curso fue muy útil, pues estaba diseñado sobre el modelo del examen. Cada semana se impartía una materia de lunes a viernes y los sábados se examinaba a los alumnos, quienes solamente tenían una oportunidad en cada caso, es decir, si reprobaban una materia estaban obligados a abandonar el curso.

Así era el formato del concurso.

Se presentaban nueve materias en examen público, abierto, oral, con tres sinodales. Las materias eran tres de Derecho: Constitucional, Internacional Público e Internacional Privado; tres de economía: Economía Política, Geografía Económica y Comercio Internacional; y tres más: Relaciones Internacionales, Política Exterior y Organismos Internacionales.

Además, debía escribirse una tesis y comprobar la posesión de dos idiomas, uno a nivel dominio y otra al de traducción. El primero debía ser forzosamente inglés o francés; el otro era libre.

Rápidamente se percató el *Jubar* de la notoria desventaja en favor de los capitalinos.

Muchos sinodales eran los autores de los textos usados en la Universidad, lo cual contribuía al natural nerviosismo de los cursantes; pero los del Distrito Federal casi siempre habían llevado la clase precisamente con esos maestros y lógicamente habían tenido tiempo para familiarizarse con ellos, para perderles el miedo, para *desmitificarlos*.

No así los de *provincia*.

Si a ello agregamos el acceso cotidiano a material de consulta actualizado, así como a conferencias, artículos y comentarios especializados; sin olvidar que varios concursantes ya trabajaban en la Secretaría de Relaciones Exteriores; se apreciará mejor lo sesgado del esquema.

Por esa razón el porcentaje de concursantes *del interior* (como dicen en la televisión) era bajo, pero más bajo aún resultaba su promedio de ingreso.

Muy pocos de los compañeros en aquel curso lo acompañarían en el viaje por el escalafón del Servicio Exterior, pero al menos uno es digno de mención, porque su caso es en verdad notorio.

En efecto, uno, de nombre Ernesto Parres, se acercó varias veces al *Jubar* para pedirle algunas explicaciones en clase, incluso se ofreció a llevarlo y traerlo al Instituto a cambio de cierto auxilio en el estudio.

Al terminar el curso el *Jubar* regresó a Sinaloa a pasar diciembre con su familia, no sin antes recibir una tentadora oferta de Ernesto: “a tu regreso”, le dijo, “quédate con nosotros; tú no pagas renta y yo te tengo a la mano para el tramo final de estudios”.

De inmediato aceptó y se aseguró la estancia en enero de 1973, así como durante los exámenes (todo febrero).

La esposa de Ernesto se había echado a cuestras la tarea de mantener la economía hogareña para permitirle a él estudiar de tiempo completo. Era ella una periodista muy dinámica, simpática e inteligente, a la sazón colaboradora de revistas como *Contenido* y *Vanidades*, mientras iniciaba una carrera en televisión.

Su nombre: *Paty Chapoy*.

Durante dos meses, *Paty* mantuvo a ambos, pero no conforme con ello insistió hasta que el *Jubar* llevó de visita a su esposa e hijo. *La Mariana* coadyuvó como pudo a aquella empresa, acompañando a *Paty* en sus correrías y ayudando en las entrevistas.

Mientras tanto, los *hombres de la casa* estudiaban.

El *Jubar* se preocupaba especialmente por las materias ajenas a su carrera de abogado, pero era el asesor ideal para Ernesto en los temas jurídicos. Además se entendían bien y se llevaban mejor.

El sistema del examen permitía exentar algunas materias cursadas y aprobadas durante la carrera, pero eran acreditadas con la menor calificación aprobatoria: 60 de 100.

Aún así el *Jubar* ponderó la conveniencia de aprovechar la oferta y dedicar ese tiempo al estudio de las asignaturas no cursadas, las cuales debía dominar de manera autodidacta.



Al final decidió evitar el examen de Economía Política, lo cual, como todo, tuvo un costo<sup>51</sup>.

En febrero de 1973 se inició el concurso con la materia Derecho Constitucional. Eran cerca de 200 participantes de todos los orígenes y estratos sociales, sin duda con marcada mayoría de capitalinos.

Para el *Jubar* era un todo o nada de dramáticas implicaciones porque respondía a su vocación, pero además representaba a una familia de tres.

Conforme avanzaban por orden alfabético hacia la “H”, los concursantes iban dando a conocer sus impresiones del examen, de los sinodales (había tres mesas dado el número de aspirantes) y de sus respuestas.

*A nadie parecía irle bien.*

Del más exquisito pánico, el *Jubar* fue pasando a la total resignación: imposible considerar para él un mejor destino que de todos esos elegantes y seguros señores (ninguno parecía *muchacho*), quienes se quejaban amargamente de la dureza del licenciado fulano o la doctora mengana.

Cuando al fin lo llamaron y sacó la ficha de la urna, sentía todas las miradas sobre él y hasta creyó escuchar algunas *risitas* burlonas.

Pero en cuanto empezó el examen todo se borró; ¡con enorme regocijo se dio cuenta de que sí *sabía!*, no iban a poder sacarse de la manga una pregunta inesperada; aquello era Derecho Constitucional, daba lo mismo si había sido impartido por Rodolfo Monjaraz, como le sucedió a él, o por el mismísimo Felipe Tena, como presumían muchos de los concursantes.

Los resultados dejaron en el *Jubar* un sabor agridulce: obtuvo 90 de 100 puntos; pero al mismo tiempo fueron eliminados más de la mitad de los concursantes, muchos de ellos amigos que estudiaron junto con él desde septiembre anterior.

La lista se redujo y los sobrevivientes comenzaron a conocerse entre sí.

Por múltiples razones, entre ellas la de ser de los pocos abogados concursantes, se inició una cálida relación con Andrés Valencia<sup>52</sup>, de deslumbrante inteligencia y sorprendente erudición para su edad. A pesar de ser amistosos rivales por los primeros lugares del concurso, nada empañó la evidente simpatía.

Un mes después el grupo sólo incluía a 21 concursantes.

El *Jubar* aparecía en tercer lugar y ya para entonces era evidente que haber revalidado la materia de Economía Política le había costado por lo menos un escalón (se le otorgó calificación de 60), pues sus compañeros y amigos sí se presentaron y obtuvieron 100.

Pero siempre consideró el tiempo ahorrado y dedicado a otros temas como determinante para llegar a la meta y no hubo amargura.

Sin embargo quedaría la eterna duda: ¿y si se hubiera presentado?.

He aquí un dato curioso: para el primer idioma escogió el inglés, obviamente, y para el segundo puso italiano, lengua nunca estudiada formalmente, más allá de ciertas canciones memorizadas durante las *cantadas*; pues obtuvo mejor calificación en éste que en aquél, en

---

<sup>51</sup> Los americanos dicen que no hay almuerzo gratis *no such thing as a free lunch*.

<sup>52</sup> Hoy Embajador de México en Brasil

buena medida porque el tema entregado para traducción era un artículo periodístico que ya antes había leído.

La nota amarga la dio Ernesto Parres, quien se volvió un manojito de nervios en el *último examen* y ahí fue eliminado.

A la postre ingresó al Servicio Exterior y como primera adscripción fue enviado a la Embajada de México en Chile.

Ahí se cubrieron de gloria ambos, Paty Chapoy también, cuando trabajaron frenéticamente para sacar a los asilados durante el golpe contra Allende.

Con una determinación verdaderamente admirable, superaron todos los obstáculos. Incluso con riesgo para sus personas, recorrían los hospitales y trasladaban a los heridos a la Embajada, donde el número de asilados crecía constantemente y había por tanto agobiante trabajo.

Luego negociaban los salvoconductos, muchas veces retenidos o de plano negados por los militares, sin dejarse intimidar por las actitudes prepotentes o las amenazas implícitas.

Sin el salvoconducto era imposible aventurarse a llevar a alguien al aeropuerto para su traslado a México; pero aún con él las cosas eran difíciles, pues no siempre se respetaba la inviolabilidad del documento, ni bastaba con movilizarse en vehículos con placas diplomáticas.

Como primera adscripción aquella fue una verdadera prueba de fuego para la pareja, de la cual salieron con banderas desplegadas, dicho esto de manera casi textual porque en varias ocasiones recurrieron a rodear con la enseña patria a los asilados, para protegerlos de posibles francotiradores.

Lamentablemente también fue la última morada que Ernesto compartió con Paty; poco después se divorciaron.

Los nuevos diplomáticos recibieron sus nombramientos con fecha 16 de marzo de 1973; eran 21 muchachos inexpertos, inmaduros, incluso inciertos respecto de su vocación. La mayoría era de la capital y aunque también hubo representantes de Guanajuato, Chihuahua, Michoacán, Veracruz y Jalisco, casi todos eran ya trasplantados al Distrito Federal, a diferencia de nuestro protagonista.

Más tarde aprendería éste que según la Cancillería todos los funcionarios viven en la capital.

También descubriría otro axioma del Servicio Exterior: cuando alguien está muy satisfecho con su adscripción seguramente será trasladado; en cambio si está inconforme permanecerá mucho tiempo.

Esto fue explicado al grupo por el entonces encargado de asuntos de personal, quien siempre se refería a *La Secretaría* como si fuese un ente separado, independiente e intangible.

“*La Secretaría* los cambia si están contentos”, decía, mientras sus interlocutores se preguntaban quién era esa *Secretaría*, de la que el mismísimo responsable por los movimientos se quejaba.

# VICECÓNSUL

La carrera del Servicio Exterior Mexicano a principios de la década de los setenta era en realidad dos carreras, pues había escalafones separados para las Ramas Diplomática y Consular. A pesar del establecimiento de equivalencias entre ambas escalas, la verdad era que una vez asignado a una de las Ramas era muy difícil pasar a la otra.

Ambas empezaban con el rango mínimo de Vicecónsul, pero desde el siguiente escalón cambiaba la nomenclatura. El *Jubar* empezó así, al igual que casi todos sus compañeros, pero los dos primeros lugares del concurso fueron ascendidos automáticamente al grado inmediato superior. Uno de ellos era su amigo Andrés Valencia.

Recibir asignación a la Rama Diplomática significaba pasar de Vicecónsul a Tercer Secretario, después a Segundo y Primer Secretario, seguir como Consejero y terminar el escalafón propiamente dicho como Ministro Consejero.

En la Rama Consular se pasaba de Vicecónsul a Cónsul de Cuarta, Tercera, Segunda y Primera; para terminar como Cónsul Consejero.

Tercer Secretario equivalía a Cónsul de Cuarta, Segundo Secretario a Cónsul de Tercera, Primer Secretario era igual a Cónsul de Segunda, Consejero y Cónsul de Primera eran similares, culminando en Ministro y/o Cónsul *Consejero*.

El siguiente paso, nombramiento de Embajador o Cónsul General, es facultad del Presidente de la República con ratificación del Senado y por tanto no hay *derecho escalafonario* a ascender a uno u otro rango.

En la práctica siempre hubo diferencias entre una y otra rama. Algunos críticos del sistema decían que los cónsules eran albañiles y los diplomáticos arquitectos; o como decía un mordaz Cónsul: “¿cuál es la diferencia entre un Embajador y un Cónsul General?”, “más o menos tres mil dólares mensuales”.

Al *Jubar* le tocó el privilegio de empezar una nueva etapa del Servicio, pues las condiciones poco antes eran realmente increíbles. No solamente les pagaban una miseria en términos reales (no traducidos a pesos sino como poder de compra en el lugar de adscripción), sino que además las prestaciones eran prácticamente nulas.

¿Quién iba a atreverse hoy a emigrar, al servicio de la patria, sabedor de que en caso de enfermedad o accidente no habría ayuda económica?.

¿Quién puede creer que en aquellos tiempos el traslado del menaje de casa le costaba al trabajador de su bolsa? En realidad no le costaba, pues ante la imposibilidad de pagar el transporte remataba todo en cada traslado.

Y venir de vacaciones a México era igualmente por su cuenta, aunque se encontrara en Australia.

Un ingenioso escritor decía cuando alguien le preguntaba “¿a qué distancia está Buenos Aires?”, “a mil quinientos dólares”. Por cierto ese escritor ganaba 550.00 dls. al mes como Vicecónsul en Argentina.

Ya en los ochenta se empezó a pagar el traslado del menaje, el ISSSTE reembolsaba el 60% de los gastos médicos; y, como hasta la fecha, se comenzó a cubrir el costo del pasaje durante un período vacacional, cada dos años, siempre y cuando el viaje fuera a México.

Aprobar el examen de ingreso al Servicio Exterior abrió el mundo a los muchachos de la generación 1973. Todos hacían planes para su adscripción, pero nadie sabía cuáles serían los criterios de selección.

El *Jubar* se fue a la Embajada de Suiza y decomisó cuanto folleto encontró, seguro de que iba a ser comisionado a la Embajada de México en Berna.

Relaciones les daba, por elemental cortesía, la oportunidad de proponer tres alternativas, lo cual era una abierta invitación a soñar con París, Roma, Suiza (como el *Jubar*), o por lo menos algún Consulado en ciudades glamorosas: San Francisco, Río de Janeiro, Nueva Orleans, Miami.

La realidad era que a cada uno se le asignaba la posición de acuerdo con las necesidades del Servicio y prácticamente todos iban a recibir desagradables sorpresas.

Bueno, casi todos.

Hubo dos excepciones: Uno de los compañeros pidió ser enviado a Egipto y por supuesto no encontró competidores ni obstáculos. Era un gran admirador del genial Nasser y su más grande sueño era vivir allá en la tierra de su ídolo; y lo logró.

El otro caso fue el del ganador del primer lugar en el concurso.

A este joven<sup>53</sup> lo asignaron a la Misión de México en Naciones Unidas, es decir, en Nueva York; pero cuando ya estaba en su adscripción y preparaba departamento le avisaron que había habido un cambio y atónito recibió el *telex* ordenándole trasladarse ¡a París!

Por su parte el *Jubar* colocó en su lista a Suiza como primera opción, pensando más en el lugar que en el tipo de trabajo; pero en segundo lugar revirtió el proceso y solicitó ser adscrito a algún consulado de la frontera, donde pudiera aprender mucho, es decir, pensando más en el tipo de labor a desempeñar que en el lugar.

Casi le cumplen su deseo: lo adscribieron con el rango de Vicecónsul al Consulado General de México en Chicago.

Antes de presentarse en su nuevo destino hubo una pequeña desviación; a los primeros lugares del concurso los *premiaron* con cursos de entrenamiento en la OEA (Washington) y la ONU (Nueva York), pero esa escala fue breve, porque en cada lugar estuvieron poco más de un mes.

No obstante, alcanzó el tiempo para conocer a dos de las *Leyendas del Servicio*, Don Rafael de la Colina y Alfonso García Robles, a la sazón Embajadores ante OEA Y ONU respectivamente.

El primero era ya un gran veterano de las lides diplomáticas y todavía duró mucho.

Se contaban maravillas de su sapiencia, colmillo y seguridad, tal vez exagerando un poco sus hazañas. Su carrera fue desde el más humilde puesto de *escribano* hasta las más altas y delicadas responsabilidades que es posible encargar a un funcionario.

Era formidable, amén de sencillo y muy simpático.

---

<sup>53</sup> El Embajador Luciano Joubanc acaba de ser designado titular en la Federación Suiza y concurrente en el Principado de Liechtenstein.

Dicen que en una ocasión se encontraba al frente de la delegación mexicana acompañado de dos *novatos*, quienes no se perdían ni una palabra por él pronunciada. De pronto, ante la evidencia de un vacío en las deliberaciones, el Embajador se levantó y les dijo: “ahora vuelvo muchachos, les encargo el lugar al fin que nada está pasando”.

La pérvida fortuna estaba en contra de los neófitos y lo que tenía que pasar pasó: el delegado de un país sudamericano se lanzó de repente en agitada perorata en contra de México. Mordiéndose las uñas los jóvenes diplomáticos se pasaban la palabra uno a otro, sin saber qué demonios iban a hacer cuando les tocara hablar.

“Podríamos pedir un receso para solicitar instrucciones de nuestro gobierno”, dijo titubeante uno.

“¿Estás loco?”, contestó vehemente el otro, “¿te imaginas el ridículo?”; “¡todo el mundo se va a dar cuenta de que en cuanto se fue el Embajador no supimos ni qué decir!”

Y se acercaba rápidamente el momento de contestar.

En eso vieron con inmenso alivio la rechoncha figura del Embajador aproximándose a la sala y corrieron a ponerlo al tanto de lo acontecido.

“Tranquilos”, les dijo, “ya me esperaba algo así”.

Haciendo gala de las tablas acumuladas durante varios lustros, el Embajador se tomó todo el tiempo del mundo para acomodarse, sacar unas carpetas de su portafolios, destapar su inseparable pluma fuente, aclararse la garganta dos veces y por fin dirigirse al expectante auditorio.

“¡Señor Presidente!”, dijo, “La Delegación de México hace uso de su derecho de réplica y en ejercicio del mismo solicita un receso para pedir instrucciones a su gobierno”. Los casi imberbes aprendices de diplomático a duras penas pudieron contener las nerviosas carcajadas.

Otro inesperado beneficio de los famosos cursos, poco modestamente llamados *Cursos para Funcionarios de los Ministerios de Relaciones Exteriores*, era conocer a jóvenes diplomáticos de diversos países y comparar culturas.

No existe en el mundo otro ejemplo de continuidad lingüística como en el caso de Latinoamérica, donde es posible viajar casi diez mil kilómetros sin tener que recurrir a otro idioma.

Sin embargo, hay sutiles (y otras no tanto) diferencias especialmente perceptibles en los nombres de frutas, vegetales y algunas inocentes (para el que las dice) expresiones las cuales pueden ser muy embarazosas para el que las escucha.

Cierta tarde, al terminar la jornada un grupo compuesto por cinco varones y una dama, ésta la representante de Venezuela, ponderaban posibles actividades *extra curriculares* en conjunto, en parte para conocerse mejor y en parte con ánimo puramente recreativo.

La chica venezolana logró rápidamente atraer la atención de todos cuando exclamó muy entusiasmada: “¡podríamos ir a mi departamento a *echarnos un palito!*”.

Uno de los muchachos se atragantó, el Vicecónsul dejó caer su carpeta y uno más solamente alcanzó a manifestar con asombro:

“¿Con todos?”

La desenvuelta joven respondió con una cándida sonrisa “¡por supuesto, ni que fuera la primera vez!”

Ya excitados y hasta esperanzados los novatos diplomáticos recibieron como balde de agua fría la siguiente explicación del Argentino: “¡Pero no te acelerés vos, en Venezuela *un palito* es un trago!”

Imagínese usted que en una recepción se acerca un elegante caballero a una pareja de mexicanos y con gran ceremonia dice a la señora: “me he acercado ex profeso para dejar constancia de mi admiración por *sus chiches*; ¡qué hermosas son!”

Si no hubiera intervenido un amigo peruano aquello hubiera terminado en tragedia, pero se trataba simplemente de las *arracadas* que pendían de las orejas de la sorprendida señora.

El novel Vicecónsul hubo de aprender que ciertas palabras nunca deben ser pronunciadas en presencia de damas argentinas o uruguayas: *cajeta* y *concha*, por ejemplo; que ante las peruanas es mejor no mencionar al *chucho*; y si un guatemalteco hace referencia a los *tanates* no existe intención de ofender.

Todo ello lo inició en la más compleja parte de la vida diplomática, es decir, la de las relaciones humanas. Tolerar debe ser la regla de oro; nada debe ser exótico, raro o feo, solamente distinto. De ser posible debe aprender a apreciar la cultura de los demás, incluso a disfrutarla aunque sea ajena.

Como dice Jorge Bustamante: el hecho de poder saborear las hamburguesas no significa que me gusten menos los tacos.

Otra fase de ese entrenamiento consistió en tratar de uniformar el tipo de castellano usado, no solamente para evitar los vocablos multívocos, sino además para identificar las palabras o expresiones localistas, las cuales eran del todo incomprensibles para los demás.

Trató de desterrar de su vocabulario usual todas esas familiares pero erróneas palabras señaladas al principio de esta narración, tales como *juntar* por levantar algo, *impuesto* por acostumbrado, *enfadado* por aburrido, etc.

Además, nadie sabía qué era eso de andar *bichi*, ni entendían por qué era malo que les dieran *toloache*, o se quedaban perplejos cuando los invitaba a *pistear*.

El éxito en esa indispensable tarea le acarrió en ocasiones problemas al regresar a su tierra, donde la actitud parecía ser la de que *a este ya se le subió*.

En fin, empezaba un inevitable proceso de cambio y jamás volvería a ser el mismo aún cuando hiciera su mejor esfuerzo por ser cosmopolita sin dejar de ser *chero*.

De ahí, el grupo de funcionarios de reciente ingreso se trasladó a Nueva York donde conocieron al eventual Premio Nobel García Robles. Era, a diferencia de Don Rafael, un hombre muy serio, intenso, siempre concentrado, pero igualmente tratable y humano.

Para el *Jubar* era fascinante recorrer los pasillos del legendario edificio de la ONU, así como la impresionante sala de la Asamblea General y ver todos esos exóticos atuendos portados por los delegados del mundo entero.

En una de esas ocasiones, mientras esperaban en el *lobby* acceso al Consejo de Seguridad, el *Jubar* rompió en carcajadas para sorpresa de todos. Intrigados preguntaron cuál era la causa de su súbito ataque de hilaridad, a lo cual respondió entre risas:

“¡Me estaba imaginando cómo se vería una hamaca por allá por la recepción, con una hielera al lado vendiendo cerveza!”.

Por supuesto nadie entendió la referencia al inefable *Pica*.

Después de un muy interesante mes en Nueva York, estudiando la nueva normatividad resultante del famoso *Juicio de Nuremberg*, traducida en tres tipos de delitos internacionales: Delitos Contra la Paz, Delitos de Guerra y Delitos contra la Humanidad; finalmente el Vicecónsul se trasladó a su primera adscripción en Chicago.

Las circunstancias lo llevaban a iniciar el camino solo, pues conscientes de la dificultad de la empresa habían decidido que la Mariana no debía acompañarlo hasta que se hubiese recibido de la Escuela de Derecho.

Y así se hizo.

Salió pues, rumbo a la ciudad de los vientos donde iba a encontrar terreno propicio para empaparse de conocimientos.

Chicago, a la mitad del camino entre Los Ángeles y Nueva York en más de un sentido, era escala casi obligada de los vuelos este-oeste, por lo que su aeropuerto era el más ocupado en el mundo.

Con un clima extremoso capaz de llevar el termómetro de 33 grados en verano a -15 en invierno, se ubica en una especie de inmenso callejón entre dos cadenas de montañas.

En verano es barrida por vientos del sur procedentes de Texas; y en invierno sufre los embates de los del norte, que soplan a través de los grandes lagos procedentes de Canadá.

También era equidistante entre esas dos urbes del oeste y del este a causa de su ecléctica esencia: contaba con una actividad industrial y financiera semejante a la de Nueva York; así como con numerosa presencia mexicana como en el caso de Los Ángeles.<sup>54</sup>

Esta feliz circunstancia hacía a su Consulado el lugar ideal para aprender de todo y casi el único con esa conjunción de labores.

Que el Vicecónsul hubiera sido enviado allí era todo menos casualidad.

Además de la obvia intención de capacitarlo en materia consular, había una difícil situación en el Consulado que ameritaba llamar refuerzos. Una larga enfermedad del titular había deteriorado la situación interna y la reciente llegada de un *emergente al bat* apenas empezaba a regularizar las cosas, pero requería darle apoyo a ese nuevo responsable; ahí encajó perfectamente el Vicecónsul.

Parecerá difícil creerlo, pero en esos momentos no había, para efectos prácticos, ningún otro funcionario capaz de atender al público de habla inglesa.

Los más recientes arribos, otros dos vicecónsules, eran compañeros cuyo nombramiento había sido condicionado, pues como no lograron aprobar los dos idiomas requeridos no podían ascender hasta que aprobaran el faltante, precisamente el inglés.

El nuevo Cónsul General sí dominaba el idioma, pero él fue muy claro desde el primer día: “Yo llego como a las 11:00 y no me gusta que me llamen a casa”.

---

<sup>54</sup> Eso ha cambiado notablemente pues ya casi no hay centros urbanos que no tengan grandes colonias mexicanas, incluyendo a Nueva York.

En esas condiciones, cada llamada en inglés (y había muchas) se canalizaba automáticamente al flamante Vicecónsul, más aún si se trataba de alguien cuyo idioma natal no era el inglés, pero que tenía que expresarse en esa lengua para ser entendido, es decir, japoneses, indios (de la India), polacos, etc.

Algunas de las secretarías sí se defendían a la hora de mascar el inglés, pero el problema era que no sabían la información solicitada, especialmente la clase de información solicitada por teléfono.

El caso clásico era una señora norteamericana quien pretendía averiguar el nombre de la tiendita donde compró aquel hermoso sombrero; no sabía en qué ciudad o estado, pero era en un lugar de playa, con mucho sol y abundantes hoteles. ¿?¿?¿?

Aquello era de locos. Constantemente se oía:

¡Riiiiiiiiing!, “¿Consulado General de México?”; “¿cómo?”, “guán momen plis”. “¡Licenciadoooo es en inglés!, ¡tómela por favor!”.

La peor era una empleada que creía ser bilingüe y se atrevía a veces a ofrecer información de esta guisa:

“¿Aló?, *my name is* la Señorita Coronado, como la isla *in San Diego*”.

“*I am* Jefe de Visas”. “You ¿american?, ¿yes?”; “*bring* pasaporte *and* dos *fotosgrafs*”, “*one front* y otra así”, y procedía a pasar el filo de la mano a la mitad de su rostro para indicar que *de perfil*.

Pero si alguien le reclamaba su evidente desconocimiento del idioma reaccionaba con violencia.

“No saben ustedes con quién están hablando”; “yo he llevado Consulados”.

A lo que invariablemente respondía una voz anónima: “sí, ¡pero a la ruina!”.

Al principio el Vicecónsul no creía las descabelladas historias que de ella se contaban, pero después de tratarla un poco daba crédito a cualquier cosa. Era el prototipo de la solterona, mal humorada, gruñona, contestataria; además llevaba a cuestras todas las deformaciones de una vida burocrática estéril, frustrante.

Con perseverancia digna de mejor causa se dedicaba a provocar a los diversos jefes y en su haber tenía ya una verdadera hazaña: uno de ellos trató de estrangularla en el colmo de la desesperación.

A los pobres paisanos caídos en sus manos los hacía ver su suerte; a los noveles funcionarios, entre ellos nuestro personaje, los despreciaba olímpicamente. Resistir sin reacción sus ácidos comentarios era una verdadera prueba de ecuanimidad.

El Cónsul General optó por negarle entrada a su oficina; en cuanto la veía acercarse bajaba la cabeza, estiraba el brazo derecho y apuntaba hacia el cubículo del Vicecónsul, encargado de torearla y tratar de ponerla en su lugar.

Era el titular, Don Raúl<sup>55</sup>, un nayarita de gran experiencia política y notable capacidad administrativa. Desde su llegada se notaba en la oficina una claro repunte, una mayor eficiencia

---

<sup>55</sup> Raúl González Galarza.



e incluso dignidad. Inmediatamente percibió el potencial del Vicecónsul y lo lanzó al agua para enseñarle a nadar.

También tenía sus peculiaridades, pero eran todas didácticas. Por ejemplo, lanzaba *presidenciazos* a diestra y siniestra y por cualquier motivo. “Me instruyó el Presidente para hacer esto”, decía, seguro de que nadie iba a consultarle al Primer Mandatario si era verdad.

Una de sus frases predilectas era: “al paso que vamos licenciado, un día vamos a terminar contestando teléfonos y *tecleando* matrículas<sup>56</sup>”.

Por lo menos para el subalterno resultó cierto.

Entre hacerla de telefonista, atender a los angloparlantes, abrir y cerrar la oficina y supervisar al personal, el día del Vicecónsul era muy intenso, pero además había actividades relacionadas con la colonia mexicana que se desarrollaban después de las horas de oficina.

En otras palabras, salía de su minúsculo departamento a las 8:00 hrs. y muchas veces volvía hasta después de las 23:00 hrs.

Y sin embargo todo era nuevo, emocionante, ilustrativo e interesante, así como agobiante.

¿Dónde más podía desempeñarse al mismo tiempo como Notario, Oficial del Registro Civil, Jefe de Oficina de Reclutamiento, Secretario de Juzgado, Actuario, Abogado Defensor, Confesor y Trabajador Social?.

Eso sin contar con las labores rutinarias de administrador, las cuales implicaban desde los inventarios hasta el manejo de personal.

Cuando hubo problemas en este último rubro, por vacaciones o enfermedades, la Mariana se iba a auxiliarlo, mientras su primogénito correteaba por el Consulado. La criatura llegó a familiarizarse tanto con el ambiente, que una vez los sorprendió recomponiendo la letra de una popular canción:

“¡En un consulado de México nací!”, cantaba parafraseando la letra de *Zacazonapan*.

Ni el propio Cónsul General lo intimidaba. “¡Cóntud!”, le gritaba incluso si se encontraba acompañado de dignatarios. A su vez, el titular desarrolló un especial afecto por el niño, al cual le llevaba regalos y apodó cariñosamente *diablillo*.

Aunque pudieron adquirir un auto usado, nunca se lo llevaba al trabajo porque dejar a la familia sin transporte era impensable, sobre todo en invierno. Era un *Chevy Nova* muy *traqueteado*, con sólo lo esencial (calefacción) en materia de extras, pero adecuado para las necesidades familiares.

Además el estacionamiento en el centro de Chicago era sumamente difícil o extremadamente caro.

Uno de los compañeros se estacionaba a diario en lugar prohibido, seguro de que su *inmunidad* le permitiría cancelar las boletas, pero a la larga se volvió tema de notas en la prensa pues rompía todos los récords de infracciones.

Con todo eso, el Vicecónsul pasaba más tiempo con sus colegas que con la familia.

---

<sup>56</sup> La Matrícula Consular es ahora un documento de identidad expedido a los mexicanos domiciliados en el área del Consulado. Originalmente fue un proceso de registro de los compatriotas radicados en la circunscripción para efectos de protección.

## PAISAS, COMPAÑEROS Y FIESTAS PATRIAS

Eran las ocho y media de la mañana y aterido por el inclemente viento del norte llegaba el Vicecónsul a su oficina, sacudiendo la nieve de su largo abrigo y golpeando el piso con los pies en un vano esfuerzo por recuperar la sensibilidad.

Había estado esperando el tren elevado por espacio de cinco interminables minutos, durante los cuales el feroz viento se había introducido hasta en su memoria, donde adquirió residencia permanente. Incluso durante el recorrido, a pesar de la calefacción del carro, los pies le habían mandado dolorosos mensajes y sus manos se negaban a responder a los más mecánicos impulsos.

¡Él, que antes de llegar a Chicago nunca había visto nevar!

Con la nariz adormecida y las orejas aún doloridas, tomó el repleto elevador al piso 26, donde se encontraban las oficinas del Consulado. Al abrirse las puertas se topó con una verdadera multitud que atiborraba el pasillo de acceso a la puerta principal, pero no tuvo que pensar mucho su siguiente paso: los demás pasajeros del elevador también se dirigían al Consulado y lo embarraron en el público.

“¡Con permiso!”, gritó, “¡soy el Vicecónsul y vengo a abrir el Consulado!”.

“¡Así dicen todos!”, le contestó alguien, “¡a la cola!”.

Finalmente se convencieron de la conveniencia de dejarlo pasar y pudo abrirse camino hasta la puerta, la cual abrió y con ello declaró iniciadas las labores del día.

¡Pero no había nadie más!. ¿Cómo iba a atender a ese mundo de gente él solo?.

De remate los teléfonos se desgañitaban en un estridente coro que exigía atención.

Como pudo organizó a la gente en tres filas, de conformidad con el tipo de trámite deseado; reclutó a algunos voluntarios para que le ayudaran a repartir solicitudes; y los dejó entretenidos con esos diabólicos documentos que nadie parecía entender, mientras corría a contestar los teléfonos.

“Quiero hablar con el Vicecónsul americano”, decía la primera voz escuchada.

“Este es el Consulado General de México, aquí no hay Vicecónsul americano”.

“Pos’ el otro día hablé con uno que se llama *Jubar*, ¿qué no es americano?”.

“Soy yo señora, ¿en qué puedo servirle?”.

“Fíjese que mi marido ya no me soporta”.

“Oiga ¿pues qué le hizo?”.

“Nada, es que anda con otra, con una gringa”.

“¿Y por eso no la soporta?”.

“Pos’ no le alcanza para *soportarnos* a las dos”.

“¡Ah!”, “¿quiere usted decir que ya no la *mantiene*?”.

“Pos’ sí pues, que ya me da *support*”.

En buena medida la labor conocida como *Protección*<sup>57</sup> se concentraba en un difuso rubro coloquialmente conocido como *las abandonadas*. Era muy común que el paisano emigrado sin documentos, de vida clandestina y soledad apabullante, se refugiara en los brazos y hogar de alguna *residente*, o incluso de una americana de origen hispano, por aquello del idioma.

La esposa percibía el cambio y procuraba la ayuda del Consulado, a veces pidiendo lo imposible: regresar al redil al descarriado cónyuge; y a veces encargando la más accesible tarea de asegurar el envío de ayuda económica regular.

La *paisanada* en Chicago reaccionaba muy bien al sermón del Vicecónsul si se trataba de obtener lo segundo. Casi siempre estaban dispuestos a entregar en el propio Consulado una cantidad mensual y con ello comprar un poco de tranquilidad para sus conciencias. Hasta un popular *pícher* mexicano de los *Medias Blancas* de Chicago hubo de sufrir la acusadora mirada del Vicecónsul y cabizbajo reconocer su falta.

En cambio renunciar al calor humano y compañía de *la otra* ni pensarlo.

Por otro lado, atender al público era una verdadera prueba de paciencia y buen humor, empezando con esos formatos de solicitud, aparentemente diseñadas por una mente maligna. Los pobres paisanos apenas podían leer y escribir; pedirles que llenaran esos formularios rayaba en la crueldad.

Donde decía *estado civil* escribían *Michoacán*; en el renglón de *sexo* se propiciaban todo tipo de respuestas, como la Monja que puso en mayúsculas un rotundo ¡NO!; cuando les aclaraban lo del estado civil, es decir, anotar si eran solteros o casados, algunos preguntaban “¿aquí o allá?”.

Extrañamente, había dos grandes categorías respecto del renglón de fecha de nacimiento o edad: unos escribían en el renglón de edad su fecha de nacimiento y otros en lugar de la fecha ponían su edad.

Y además algunos pocos respondían con un enigmático: “ando en los treinta”.

Para el Vicecónsul era motivo de diaria irritación constatar cómo se imponía la inercia burocrática sobre las consideraciones prácticas, pues cuando se dio a la tarea de diseñar un formato más coherente, accesible al tipo de público para el cual era destinado, se encontró con la incompreensión de la Cancillería.

En particular hubo dos conceptos que siempre le parecieron incomprensibles.

Incluir en las solicitudes un amplio espacio para *filiación* chocaba con la lógica. Según él, ese recurso se inventó cuando no existían fotografías a color y era indispensable completar la información gráficamente proporcionada por la foto.

Así, pedir color de cabello u ojos tenía sentido; pero con el advenimiento de las fotografías cromáticas era un verdadero anacronismo mantener ese capítulo.

---

<sup>57</sup> Concepto que abarca el auxilio, apoyo, ayuda y defensa de los mexicanos.

Y peor aún, no parecía haber razón para agregar tipo de *mentón* (ovalado, redondo, etc.); cejas (pobladas, escasas), nariz (recta, aguileña), frente (estrecha, amplia, muy amplia); todo lo cual está a la vista en la foto.

A su juicio, sólo la estatura y posiblemente la complexión debieran ser objeto de descripción detallada.

El colmo de la inutilidad era el enigmático renglón de *Peso*. Nadie sabía cuánto pesaba y las damas tendían a reducirlo muy optimistamente. Las pocas dispuestas a confesarlo manejaban datos de mucho tiempo antes:

“Oye viejo, el año pasado, cuando fuimos a Disneylandia, me pesé; ¿no te acuerdas cuánto di?. “Diste como 100 dólares de mordida para que te pusieran sólo la mitad de las libras”.

Ese era el otro problema.

Si acaso uno de cada 10 se había pesado recientemente y escribía el resultado en libras, sin aclarar; en consecuencia un *chaparrito* oaxaqueño ponía simplemente 160, con riesgo de transcripción automática por parte del empleado o empleada, condenándolo con ello a portar en su pasaporte de cinco años un peso *legal* de ciento sesenta kilogramos.

Aún cuando algunos atinaran a contestar correctamente el dato, de poco iba a servir en un documento de larga duración, salvo si *se comprometieran a no bajar o subir de peso en los siguientes años*.

El otro aspecto motivo de irritación para el Vicecónsul era la necesidad de imprimir la huella digital.

Ninguna dependencia tenía sistemas para lectura e identificación dactilar (incluso hoy son raros), ni hubiera sido de utilidad la forma como se tomaba la huella, con un cojinete de tinta de sello, sin técnica alguna y con resultados casi siempre ilegibles.

Los norteamericanos identifican la toma de huellas con el proceso policiaco conocido como *fichar* a un detenido y obviamente se resisten a plasmar sus impresiones digitales.

Imagínese las resistencias al procedimiento para visa de Inmigrante a México, el cual requería tomar las huellas de *todos los dedos*.

No obstante, había que seguir haciéndolo *por orden de la superioridad*.

Incluso después de eliminar el requisito de la huella en el nuevo formato de pasaporte, en el colmo del absurdo se seguía exigiendo en la solicitud.

Al poco tiempo de su llegada, se anunció el traslado de uno de los Vicecónsules y el otro de inmediato cedió la precedencia, sabedor de su impedimento para ascender y un poco por mera comodidad.

El Vicecónsul se quedó con esas y otras áreas del Consulado bajo su responsabilidad, dentro del genérico encargo de ser el segundo de abordó.

Parte de la responsabilidad era vigilar y hacer rendir a los colaboradores, tarea muy compleja pues el personal era sumamente difícil.

Una de las primeras actividades del flamante encargado (en ausencia del Cónsul General), fue impedir un inminente encuentro a *sombrillazos* entre dos de las secretarías. Además, las

labores estaban mal repartidas y todo mundo se sentía titular de una parcela de atribuciones, sin jefe a quién darle cuentas.

Si a ello agregamos las peculiaridades....

Va de ejemplo.

Uno de los empleados llevaba a diario su grabadora y tocaba marchas militares o incluso el Himno Nacional toda la mañana; la secretaria del Vicecónsul se demoraba mucho para despachar los oficios por él elaborados (ella sólo enumeraba y cerraba, nunca mecanografiaba), hasta que molesto le reclamó su lentitud, pero ella muy digna replicó: "lo siento mucho, pero no he terminado de revisárselos".

El encargado de asuntos comerciales se hacía llamar *Cónsul* sin serlo; la ya citada Srita. Coronado mantenía abierta la ventana aún en invierno (¡en el piso 26!) porque según ella la calefacción provocaba cáncer; a la encargada de las visas de negocios no había poder humano que la hiciera despertar antes de las 9:00 y por tanto siempre llegaba tarde.

En el otro extremo, uno de los empleados salía corriendo en cuanto sonaban las 5:00 P.M., pues según su peculiar interpretación después de esa hora "le estaba regalando su trabajo al gobierno".

La mejor muestra de imaginación la daba un Vicecónsul, quien presentaba excusas realmente creativas cuando llegaba tarde, lo cual sucedía un día sí y otro también.

"¿Qué crees que hizo la inconsciente de mi esposa?: mandó todos mis trajes a la tintorería para aprovechar una barata y hoy no tenía nada qué ponerme".

"¡Híjole mano!, cuando venía para acá hubo un accidente y me llevaron de testigo a la policía".

"¡Ese maldito camión del gas se estacionó detrás de mi auto y no me dejó salir hasta terminar de descargar!; y ni modo de apurarlo porque estaba conectado al tanque estacionario".

"¡No vas a creer la excusa que traigo hoy!; ¡esta sí es sólida por los cuatro costados!".

"Ni me digas", contesta el funcionario, "ya me resigné a tus llegadas tarde".

"Entonces, ¿si no me dejas decírtela hoy puedo usarla mañana?, ¡está buenísima!".

Y además los paisanos son terribles.

Lo primero que aprende un emigrado es a reclamar: "Si no me pueden resolver mi problema, ¿entonces para qué están aquí?"; "tiene obligación de atenderme porque para eso pago impuestos" (aunque los pague en Estados Unidos); "soy mexicano, ya me quiero regresar y vengo por mi boleto" (de avión, por supuesto).

Quien afirme: "los niños siempre dicen la verdad" no conoce a los ejemplares encontrados por el Vicecónsul.

Como aquellas criaturas entregadas por la policía al Consulado, pequeños hermanitos sin ropa adecuada al parecer llevados con engaños desde Guadalajara.

Trabajaban de *boleros* en la Central Camionera, contaron, donde se les acercó un sujeto que los engañó y llevó hasta la ciudad de los vientos.

“¡Queremos a nuestra Mamá!”, lloraban desconsolados (los pobrecitos eran huérfanos de padre).

Bueno, el personal se organizó para comprarles ropa, llevarlos a comer, darles abrigo nocturno por rotación (nadie quería dejarlos ir a otra casa, casi querían adoptarlos), mientras el Vicecónsul se esforzaba por encontrar a su familia.

Para su enorme sorpresa localizó a los padres, sí *los padres*, cuatro de ellos. Ni eran hermanos, ni eran huérfanos, ni habían sido engañados, ni era la primera vez que se iban de aventura.

Claro, si al regreso llevaban ropa nueva y hasta habían ganado peso.

Una noche, casi de madrugada, sonó el teléfono en el modesto departamento del Vicecónsul, quien alarmado contestó.

Era la policía, que tenía detenido a un mexicano.

“Disculpe la molestia, pero tenemos un detenido al parecer famoso artista, quien ha solicitado lo dejemos pasar la noche en un hotel”.

“De qué se le acusa”, preguntó ya alerta el Vicecónsul.

“Trató de abordar el avión con una pistola”, le contestó el oficial.

“Bueno, ¿cómo se llama?”, preguntó enseguida.

“Según su pasaporte es un mexicano de nombre Julio Méndez”.

“No lo conozco”, afirmó el funcionario.

“Pues él insiste en que es una figura pública de gran fama”.

“Tal vez, pero lo dudo porque nunca escuché ese nombre”.

“Bueno, gracias y buenas noches”. Y colgó

Ya había vuelto a conciliar el sueño cuando de nuevo sonó el teléfono y era el mismo agente.

“Oiga usted ¡perdóneme!, pero este señor no habla inglés y me cuesta trabajo entenderle”. “Ahora dice que el nombre en el pasaporte no es el nombre artístico o algo así”.

“Mire mejor déjeme hablar con él”.

“¿Bueno?, ¿es el Cónsul?”; “el Vicecónsul a sus órdenes”; “¡gracias a dios!, oiga, todo ha sido una confusión, mi nombre real es Julio Méndez, pero artísticamente soy conocido como *Julio Alemán*”.

Obviamente el asunto se resolvió de inmediato y al día siguiente se enteró de los pormenores.

Al parecer Julio iba a tomar el vuelo a México cuando se percató de que en su maletín llevaba la pistola del traje de charro. Ni siquiera iba cargada, pero ciertamente sería descubierta por los detectores.

En su deficiente inglés quiso resolver el problema diciéndole a una uniformada “esta es una pistola de verdad, pero sin balas, por favor désela al piloto de Mexicana y él me la entrega en México”.

Quién sabe qué le habrá entendido la oficial, pero le cayeron una nube de agentes y se lo llevaron detenido.

Otra faceta del trabajo consular eran las difíciles relaciones con las organizaciones mexicanas, particularmente en lo relativo a la celebración de las Fiestas Patrias.

Había múltiples agrupaciones, por tema como el caso de las deportivas; por afinidad como los clubes regionales (Agualeguas tenía uno mucho antes de adquirir fama); incluso gremiales, como las asociaciones de locutores.

Supuestamente existía una organización sombrilla, la cual los englobaba y representaba a todos: era la Sociedad Cívica Mexicana.

La colonia mexicana de Chicago se encontraba, físicamente, en dos áreas específicas de la ciudad, con una distribución similar: una calle comercial principal arropada por zonas residenciales.

Pilsen, antiguo barrio de europeos orientales, se agrupaba en torno de la calle 18; y *Little Village* o *La Villita*, contaba con la calle 26 como eje; ambos barrios ubicados al sur de la metrópoli y completamente inmersos en el enorme enclave de la población negra.

El Vicecónsul tenía una romántica e ingenua percepción de las relaciones ínter raciales, basada en la fórmula del enemigo común, es decir, *el enemigo de mi enemigo es mi amigo*; por ello esperaba ver a las *minorías* unidas ante el grupo dominante; estaba muy equivocado.

Los negros, puertorriqueños y mexicanos parecían competir por el mismo pedazo de pastel y sus relaciones eran francamente malas, tal vez alentadas por el gran ganador: los bolillos<sup>58</sup>.

El caso es que, salvo honrosas excepciones, la frontera entre uno y otro barrio era tierra de nadie, con frecuentes encuentros y batallas campales.

Para el Vicecónsul ese espacio ciudadano conocido como *El Barrio* era una delicia, pues abría la posibilidad de degustar platillos de las más diversas regiones y comprar productos indispensables para cualquier cocina digna de llamarse mexicana.

La conseja popular calificaba a *la 18* como territorio de pobres, de inmigrantes de reciente arribo, muchos de los cuales eran no documentados; a su vez *La Villita* o calle 26 era habitada y frecuentada por paisanos de clase media, los más exitosos y antiguos de la comunidad.

Incluso era signo de status cambiarse de uno al otro, pero nunca tan codiciado ni tan lejano como mudarse a los suburbios.

El origen de la migración también condicionaba su ubicación socioeconómica.

Mientras más antigua era la oleada, más grandes eran las posibilidades de mejoría en el empleo y de triunfo en los negocios.

Las primeras migraciones en madurar y alcanzar solvencia eran procedentes de San Luís Potosí, Nuevo León, parte de Jalisco y Tamaulipas; las más recientes, casi totalmente

---

<sup>58</sup> Siempre ha habido epítetos para identificar a los blancos a ultranza, los llamados *Wasp* – white anglo saxon protestant – (blanco, anglo sajón protestante); uno de ellos es el de *bolillos*, es decir, pan blanco.

compuestas por indocumentados, eran de Durango, Guanajuato, Michoacán y Guerrero, entre otras.

A su vez, el grado de solidez económica llevaba a los más antiguos a dominar los puestos directivos en casi todas las agrupaciones, de tal suerte que los potosinos llegaron a ser mayoría absoluta a principios de los setenta, pero se vislumbraba ya el ascenso de otros grupos más numerosos.

Cuando el Vicecónsul vio en muchos automóviles calcomanías anunciando la *Universidad de Santiago Papasquiari* (Durango), supo de dónde vendría la siguiente oleada.

En aquel tiempo el Presidente de la República mandaba un representante personal a dar *El Grito*, casi siempre un miembro de su gabinete. Era una enorme distinción para la colonia mexicana preparar los festejos a la medida del invitado de honor.

Los festejos consistían básicamente en tres grandes eventos: Un magno desfile, el Banquete y por supuesto *El Grito*. Los tres eran de sorprendente magnitud y requerían elaborados preparativos, siempre en manos de la Sociedad Cívica pero coordinados, hasta cierto punto, por el Consulado.

Esto significaba asistir a las reuniones de la Sociedad, todos los lunes por la noche, en el barrio mexicano.

Todos los lunes del año, sin falta, en casi dolorosa secuencia.

Al principio el Vicecónsul pudo delegar la asistencia a esas sesiones, pero a la postre le entró personalmente. Y eran kilométricas, desordenadas, acaloradas discusiones casi siempre prolongadas hasta la madrugada del martes.

Para él fue también un proceso de aprendizaje de otro idioma, el *spanGLISH* (mezcla de español e inglés) frecuentemente usado.

“Hay una moción en el piso”, decía el Presidente, “que la *segunde* alguien”<sup>59</sup>. *Segundada* que era la *moción*, se procedía a leerla; “que reporte el *Chairman* del Comité de Desfile sus avances”.

“Todo está listo”, informaba el *Chairman* del Desfile, “sólo nos faltan unas bases”.

“¿Para las banderas?”, preguntó el desconcertado Vicecónsul; “no, pa’llevar las Bandas a donde empezará el Desfile”, respondió el sabio *Chairman*, que por supuesto se refería a unos *buses*, es decir, transportación terrestre.

“Yo puedo ayudar con eso”, intercedía otro paisano, “llámame a mi oficina y si no estoy después *te llamo pa’tras*”. (Traducción literal de *call back* o devolver la llamada).

Pero no crea usted que ese peculiar manejo del idioma se traducía en ineptitud; por el contrario, la labor de organización de los festejos era infinitamente compleja y sin embargo cada año salía mejor. El desfile llegó a durar tres horas; el banquete tuvo hasta mil comensales y la ceremonia de *El Grito* reunía a cincuenta mil paisanos.

---

<sup>59</sup> Procedimiento *parlamentario* ideado por un tal *Roberts* y publicado en un libro que era como la Biblia en aquellas reuniones.



El Representante del Presidente usualmente llegaba acompañado de algunos artistas famosos a fin de darle realce al festejo. Por razones no muy claras, el Vicecónsul siempre estuvo a cargo de atenderlos.

Y no era nada fácil.

Cuando se trataba de personalidades maduras, seguras de sí y sin pretensiones, como fue el caso de María de Lourdes, *Ferrusquilla* o Sergio Corona, la responsabilidad se convertía en grata experiencia; pero había también los y las *vedettes*.

Un conocido cantante de ranchero le anunció muy orondo que él cantaría solamente sus nuevas canciones, porque pretendía promoverlas.

El Vicecónsul se echó a cuestras la tarea de recortarle el ego y, apoyado por el equipo del Representante (al fin y al cabo ellos le pagaban al artista), obligarlo a interpretar la música que los paisanos querían oír, es decir, los éxitos conocidos y reconocidos del *charro* aquel.

Otro famosísimo cantante, ya venido a menos, mostró su vena temperamental y se quejó de todo. Para el Vicecónsul aquello fue un vía crucis, pues no era posible cumplir con sus exigencias y por tanto el mal humor del artista era la regla.

Dos factores vinieron a aligerar la carga: la intervención amistosa de *Ferrusquilla* y la mala (o buena, según para quién) suerte.

*Ferrusquilla* fuera capaz de poner en su lugar al molesto cantante con mucha elegancia y caballerosidad.

Una tarde, cuando entre otras cosas se quejaba de la comida, el *Ferrus* le dijo: “te voy a recomendar un lugar donde puedes comer panuchos, cochinita pibil, relleno negro y escabeche, todo acompañado de cerveza Montejo”.

Casi saboreando aquel apetitoso menú Yucateco, pero sobre todo ansioso de encontrar en Chicago una variante a las comidas *oficiales*, muy esperanzado preguntó el artista: “¿dónde hay tales maravillas?”; con un profundo suspiro respondió el *Ferrus*: “en Mérida, por supuesto”.

El otro factor estaba relacionado con una novedad técnica llevada por el cantante: un micrófono inalámbrico semi oculto en la solapa. Pretendía hacer creer al público que cantaba sin auxilio de amplificadores, a pura garganta; pero instintivamente torcía el cuello a fin de dirigir la voz al aparato y el resultado era cómico, como si hubiera amanecido con terrible *torticólis*.

La gente le gritaba “¡voltéate pa’cá!”, lo cual sólo contribuía a irritarlo aún más.

Y lo que tenía que pasar pasó: en medio de uno de sus característicos falsetes se desconectó el micrófono y se quedó haciendo muecas. Las risas generalizadas fueron como una recompensa para el Vicecónsul, mientras el furioso cantante hacía víctima de su ira al atribulado ingeniero de sonido.

“¡Ahora sí aviéntate un falseteee!”, le gritó alguien; “¡a veces mugía, pero con micrófono!”, se burló otro.

Esa responsabilidad era solamente tangencial, pues en realidad donde se sublimaba el trabajo del Vicecónsul era en la organización de la visita del Representante; la hacía de coordinador de giras, secretario particular, *metiche* y *mil usos* de sorprendente ubicuidad.

El Cónsul General podía dedicarse a atender al distinguido visitante sin preocupaciones, sabedor de que donde surgiera un problema estaría siempre presto su segundo.

De hecho, ya durante la gestión de su segundo Jefe (más sobre esto adelante) incluso era el encargado de escribir el discurso a ser pronunciado por éste en el Banquete; y además llevar el texto en su portafolios y estar a su lado cuando subiera al estrado a fin de entregárselo.

Cierta vez, ante la abrumadora carga de atribuciones olvidó totalmente escribir el discurso de marras. Ya en pleno Banquete, con el Representante ahí, escuchó aterrado el anuncio del discurso del Cónsul General y sólo entonces cayó en cuenta de su garrafal error. ¡Pánico total!

Para su inmenso alivio, el Cónsul General se dirigió al estrado, sacó de su saco un legajo y procedió a leer su discurso.

¡Estaba salvado!. El Jefe había escrito su propio texto y no habría consecuencias drásticas por su imperdonable omisión.

Pero, ¡un momento!; el texto del mensaje le era sumamente familiar, ¡incluso empezó a adivinar la siguiente frase!. Al terminar su lectura el Cónsul General le hizo un guiño y en ese momento entendió: “¡era el discurso del año anterior!”.

Nadie, absolutamente nadie, se dio cuenta.

En octubre de 1973, el Jefe lo llamó a su oficina y le entregó un telegrama llegado de México: se le anunciaba haber ascendido a Cónsul de Cuarta. A partir de ese momento tenía derecho a ser llamado *Cónsul Adscrito*, lo cual formalizaba su posición de segundo en el orden jerárquico del Consulado General.

Mantendría esa posición por los siguientes siete años.

Durante ese lapso logró otros dos ascensos, hasta llegar a la categoría de Cónsul de Segunda, por cierto motivo de algunas burlas en Culiacán cuando *triumfante* iba de vacaciones.

“¿Por qué Cónsul *de Segunda*?”, le decían, “¿ya estás muy usado o qué?”.

A su vez, en El Rosario lo desmitificaban de inmediato, pues se le llegó a llamar *Sínsul* y nadie lo trataba con deferencia. Durante los usuales convivios de bienvenida empezaban muy atentos diciendo:

“¿Otra cervecita *Sínsul*?”.

Pero cuando las ambarinas empezaban a socabar las inhibiciones el tono cambiaba a:

“¡Tómale *pinchi Sínsul*!”.

Si bien le iba, alguno de sus amigos le decía muy deferente:

“A mí nunca me ha servido una cerveza un Cónsul”; lo cual obligaba por supuesto a levantarse y servirle a todos.

Se aproximaba ya la segunda etapa de su comisión en la Ciudad de los Vientos, tal vez la más exitosa.

## F A M

Desde 1974 hasta ya entrada la década de los noventa nuestro personaje cambió de nombre y se llamó *el Cónsul*. Tan automática se tornó su denominación que al presentarse o dar su nombre por teléfono siempre se anunciaba como *Cónsul*, para confusión de algunos interlocutores no muy familiarizados con la nomenclatura diplomática.

En más de una ocasión escuchó cómo la recepcionista en turno anunciaba a su jefe que estaba ahí *Alfonso Jubar*, en lugar de *el Cónsul Jubar*. Otras veces creyeron estar ante el *Cónsul de Cuba* o de plano se le quedaban viendo con expresión vacía, hasta obligarlo a cambiar la presentación a *licenciado Jubar*.

Su función en el Consulado General se consolidó cuando arribó el nuevo titular, pues casualmente lo había conocido en Nueva York cuando tomó el curso de entrenamiento en Naciones Unidas y ya se consideraban amigos, de tal suerte que la familiaridad hizo posible un *modus operandi* cómodo y práctico.

En términos generales, a partir de ese momento sería el responsable del funcionamiento administrativo y técnico de la oficina, mientras el titular se encargaba de las relaciones con la sociedad, los empresarios y la comunidad mexicana.

El recién llegado era funcionario de carrera, de gran carisma y sensibilidad, poseedor de una visión casi profética como se verá después. Conocido como FAM<sup>60</sup>, mismas iniciales de la Fuerza Aérea Mexicana; este peculiar duranguense llenó un importante capítulo en la historia del Consulado y de la comunidad mexicana.

En los años setenta prevalecía en México una actitud de rechazo o hasta desprecio por los paisanos avecindados en el coloso del norte, sobre todo por ese imperdonable pecado de negarse a hablar español aunque *llevaran el nopal en la frente*.

Por otra parte, no se acostumbraba que los cónsules tuvieran visibilidad ni mucho menos jugaran un papel protagónico en la organización y luchas de los marginados *paisas*.

Hacer declaraciones a la prensa era anatema; adquirir popularidad en el ámbito de los compatriotas era considerado como publicidad personal reprobable, incluso si la fama era bien ganada por derivar de logros; además los mexicanos eran mal educados, mal hablados, tercos y *pelioneros*: ¿quién iba a querer convivir con ellos?.

Todo ello contribuía usualmente a reducir el perfil de los cónsules, hasta volverlos *pone sellos*, como les llamaban despectivamente sus compañeros de la rama diplomática.

En otras palabras, se limitaban a despachar los numerosos trámites solicitados intra muros.

La reunión de tres funcionarios atípicos, un titular de Durango, un segundo de Sinaloa y un Vicecónsul de Tamaulipas, cambió radicalmente la situación. En cuanto empezaron a trabajar juntos hubo evidente coincidencia de miras.

Descubrieron que los mexicanos no enseñaban español a sus hijos nacidos en Estados Unidos, porque según su leal saber y entender los niños eran *gringos* y éstos sólo hablan inglés.

---

<sup>60</sup> Francisco Acevedo Morga.

En consecuencia, a pesar de su aspecto aquellos *mexicanos* solamente sabían contadas frases y expresiones escuchadas en casa, por añadidura pronunciadas por personas de escasa educación y por lo tanto llenas de errores.

Por supuesto sentían vergüenza de hablar un idioma casi desconocido y lo poco sabido mal aprendido.

FAM y el Cónsul Adscrito se dieron cuenta de que la labor de auxilio a los mexicanos realizada por el equipo del Consulado era reducida y reactiva, es decir, tenían poco personal y solamente actuaban cuando llegaba una queja.

En cambio las organizaciones de paisanos tenían más recursos humanos y estaban allí en el barrio, pendientes de los vecinos y prestos a reaccionar contra los abusos; sólo les faltaba contar con el apoyo *oficial* y establecer coordinación entre unos y otros.

La colaboración rindió grandes frutos.

Mucho antes de volverse usual, de empezar a considerarlo no solamente ortodoxo sino además obligatorio, FAM y su gente iban al barrio mexicano a dar servicios consulares y a llevar la protección al corazón de la comunidad. ¡En 1974!

No tenían ayuda alguna, laboraban en local prestado, nadie les pagaba viáticos u horas extras y la jornada era después de cerrar el Consulado; en otras palabras, doble trabajo.

Cada jueves había visita a la comunidad, pero una vez al mes se iban más lejos, hasta las comunidades de East Chicago e Indiana Harbor, ya en el vecino estado de Indiana.

¡Riiiiinggg!, “¿Consulado General de México?”.

“Oiga joven”, “¿qué día vienen a East Chicago?”.

“El primer jueves del mes, por la tarde”.

“Entonces en agosto no van a venir ¿erdá?”.

“¿Por qué no?”

“Porque en agosto el primer jueves cae en domingo”.

¿?¿?¿?¿?¿?¿?

Y se llevaban toda la *parafernalia* burocrática con ellos, como verdadero Consulado ambulante; máquinas de escribir, solicitudes, formas de pasaporte, visas, cartillas, matrículas; además sellos, papelería en general y plumas, muchas plumas para que los paisanos llenaran los formatos.

Mientras el personal se atareaba desahogando el abrumador trabajo, FAM se entrevistaba con todos los interesados en consultarle algo, como una especie de audiencia pública.

También el joven Cónsul se ponía a disposición de la *paisanada*, pero éstos casi siempre preferían hablar con FAM.

“Quiero hablar con el Sr. Consulado”.

“Querrá usted decir el Cónsul”.

“Pos’ ese entonces”.

“Dígame, yo soy”, el joven Cónsul Adscrito.

“No, mejor con tu ‘apá, tu ‘stas muy chavo pa’ ser Consulado”.

En medio de aquella multitud, FAM trataba de hablar con todos y por lo menos darles un poco de calor humano. En muchos casos sólo iban a conocerlo en persona, pues era una verdadera celebridad.

“Oiga Acevedo fíjese que tengo un problema”.

“A ver, en qué puedo servirle”.

“Pos’ resulta que se me *quebró el mueble* en los *aproxos* del puente y no tengo pa’ *estirlo con el güincho*; si no me apuro los *parnas* lo van a *yunkea*”, “¡deme *quebrada!* ¿Sí?”.

“¡Mándenme al Cónsul *Jubar* de volada que no sé que *fregaos* dice éste!”, gritaba apurado FAM.

Traducción: Pues resulta que se me descompuso el auto en la rampa del puente y no tengo para pagar la grúa; si no me apuro lo van a desmantelar los *partner* (*Socio*. Los de raza negra frecuentemente se dirigían unos a otros así); (*quebrada*: en inglés *give me a break!*) ¡ayúdeme!

La otra dificultad a superar era el malestar de una parte de los empleados, quienes no tenían la mística de servicio y consideraban abusiva la carga de trabajo.

El Cónsul Adscrito tenía a su cargo la función conocida en el ejército como *Moral*, algo así como espíritu de equipo, o más coloquialmente *ponerse la camiseta*; tarea desempeñada con un alto grado de éxito.

Pero cuando el caso era insoluble había que imponer autoridad, lo cual le acarreó resentimientos y hasta odios.

Una de las empleadas se obnubiló tanto que recurrió a la brujería para castigar al repudiado jefe; y a menudo se le veía haciendo extraños visajes, gestos cabalísticos y clavar miradas penetrantes en su némesis.

Por suerte el Cónsul tenía de su parte a un compañero llegado de Brasil, quien voluntariamente se constituyó en su guardián y por medio de secretas técnicas de *Macumba* y *Candomblé* combatió las maldiciones y mal de ojo salidas de la inconforme secretaria.

Era todo un espectáculo ver en un extremo de la oficina a una señora gesticulando, mientras del otro lado un joven contrarrestaba los maleficios con sus propios gestos.

El colmo fue la intención de su oficioso defensor de protegerlo a través de un amuleto, el cual debía llevar siempre colgado de su cuello, pues era la única defensa contra el tipo de magia negra usado por la semi secreta enemiga.

Ahí *pintó raya* y se negó a seguir con el jueguito.

El Consulado estaba en etapa de transición en más de un sentido.

El trabajo de acercamiento con las agrupaciones de mexicanos iba aparejado de una mayor promoción comercial y turística. El ya difunto IMCE abrió representación, lo mismo hizo el

Consejo Nacional de Turismo; y la presencia mexicana se consolidaba en la sociedad de Chicago al grado de contar con la primera Regidora, el primer Juez y otros logros políticos similares.

El Cónsul Adscrito trabajaba de sol a sol, pero también extendía la red de contactos en las estructuras de poder de la ciudad y el estado. Poco a poco maduraba profesionalmente al irse empapando de conocimientos y enfrentarse a inusitadas situaciones, casi siempre con resultados satisfactorios.

Tal vez la más impresionante anécdota sea la de la crisis de los judíos.

Pocos recordarán seguramente que en una ocasión, siendo Presidente Luís Echeverría, el Canciller Rabasa se vio obligado a renunciar a su cargo porque supuestamente había ido a pedir perdón a Israel por un voto mexicano en Naciones Unidas.

Durante prolongado lapso se había estado negociando declarar al *sionismo* como una forma de racismo, en el peculiar estilo de las negociaciones de la ONU. Cuando al fin se logró sumar a la mayoría, entre ellos México, se aprobó la resolución y la reacción judía fue fulminante: atacarían por el flanco percibido como más débil, es decir, presionarían a México.

A pesar de la naturaleza *mayoritaria* del voto aprobatorio, es decir por definición numeroso, se decidió concentrar los ataques en un caso ejemplar, México, tal vez porque creyeron poder doblegar al país cuya economía apenas despegaba; ciertamente porque prefirieron no enfrentarse a las potencias desarrolladas.

FAM estaba consciente del poderío de la comunidad judía de Chicago y por tanto evitó el enfrentamiento como táctica prudente para ganar tiempo. Sin embargo, no contaba con la astucia de la *Señorita Coronado*.

Un día, a media mañana se presentó una delegación de bien vestidos personajes y anunciaron tener cita con el Cónsul General a las 11:30; eran los líderes judíos de Illinois.

Muy molesto FAM preguntó quién había sido el vivo que les dio cita sin informar al Jefe, y no fue lejos por la respuesta, la *Señorita Coronado* declaró muy digna:

“Yo sé lo que debe hacerse en estos casos, pues para eso he llevado consulados; yo los cité; si no quiere hablar con ellos yo me encargo”.

Obviamente no iba a dejar en sus manos tan delicada tarea, especialmente de ella, quien ni siquiera podía llevar una conversación en inglés (a pesar *de haber llevado consulados*).

FAM salió por la puerta posterior y solamente alcanzó a gritarle al Cónsul Adscrito: “¡A ver qué les dices, yo me tengo que ir!”.

El Cónsul se vio obligado a recibirlos en su cubículo, apretujados, unos de pie, otros parados, los más recargados en la pared; contaba con dos sillas para atender al público y entre la impresionante comitiva había dos damas; ellas las ocuparon.

Se trataba de senadores<sup>61</sup>, dirigentes empresariales, líderes comunitarios y así por el estilo.

---

<sup>61</sup> Eran senadores locales, es decir, del Estado de Illinois. En la Unión Americana varios estados tienen dos cámaras.

Uno por uno fueron lanzando sus amenazas, con índice flamígero y predicciones cataclísmicas: si México no retiraba su voto habría serias consecuencias; no iba a ir nadie a México de turista, se cancelarían las reservaciones ya hechas, no habría programas de educación bilingüe para beneficio de los migrantes mexicanos, se retirarían en forma masiva los depósitos de los bancos, etc., etc. en sucesión concatenada.

Cuando al fin terminó aquella avalancha, el Cónsul estaba lívido. Le salió lo sinaloense, olvidó momentáneamente su apacible naturaleza y prácticamente les respondió a gritos.

“¡Yo no los interrumpí!”, dijo entre apretados dientes, “¡exijo ahora que me escuchen sin intervenir!”.

“¡Cómo se atreven a venir a territorio mexicano a insultarnos!”. “¡Sus increíbles protestas dan a entender que México da y quita su apoyo de conformidad con el mejor postor, lo cual se llama prostituir el voto!”.

“¡Ni votamos porque alguien nos conminara ni vamos a cambiar porque alguien nos amenace!”.

“¡Están muy equivocados!”.

“¿Les gustaría que exigiera el retiro de su protesta bajo amenaza de tratar mal a la comunidad judía de México?”.

“¡México no ha puesto a la venta su voto ni va a cambiarlo por más que presionen!; ¡esta entrevista ha terminado, buenos días!”.

Calladamente desfilaron los visitantes mientras el Cónsul se paseaba por el pasillo tratando en vano de calmar su enojo.

¡El atrevimiento de esta gente!

En una de sus vueltas casi tropieza con un periodista del semanario “La Raza”, quien se encontraba allí para desahogar un trámite y se quedó porque oyó los gritos del Cónsul.

“Oiga”, le dijo, “no podría darme una entrevista sobre ese asunto que tanto lo indignó”.

Como por encanto se le bajó el coraje al Cónsul. Ya sabía que hacer declaraciones era tabú, pero más cuando el declarante no era titular. Además, ya no estaba tan seguro de lo atinado de su exabrupto; ¿y si México cambiaba el voto por cualquier motivo?.

De plano se negó a declarar y corrió a esconderse en su oficina, pero era demasiado tarde: el periodista había oído todo. Poco después, salió en primera plana un terrible encabezado: “Cónsul de Verticalidad Monolítica”; ahí se narraba el incidente al detalle y dejaba al preocupado funcionario totalmente expuesto.

Varios días esperó la caída de la espada que sobre su cabeza pendía; nada sucedió. Cuando se conoció la noticia de la renuncia de Rabasa, así como los motivos, se tranquilizó finalmente.

Mucho después, prácticamente olvidado el incidente, distraído revisaba su correspondencia cuando detectó un extraño sobre.

Venía sin marcas ni remitente dirigido indudablemente a él.

Picado por la curiosidad lo abrió y se llevó tremenda sorpresa: ¡era una suscripción gratuita al periódico nazi clandestino!. La nota manuscrita se limitaba a decir: “¡duro con ellos!”.

Después de revisar muerto de la risa las ofertas de vacaciones con visitas a las tumbas de Himmler y Gobbels incluidas; corrió a compartir con FAM el cómico suceso y como éste tenía un visitante su explicación la hizo toda en español.

El titular lo escuchó divertido, con una pícara sonrisa en el rostro y sin interrumpir la catarata de palabras; al final le dijo muy sereno: “te presento al Cónsul General de Alemania, habla muy bien español porque estuvo tres años en Argentina”.

¡Trágame tierra!

FAM popularizó, con razón, la frase *por primera vez en Chicago*, pues en múltiples ocasiones sus iniciativas eran novedosas, inusitadas.

Desde colocar un busto de Don Benito Juárez en una céntrica plaza, conmemorar el Día de la Bandera en ese mismo sitio (en ceremonia pasada por nieve e intenso frío), colgar adornos navideños mexicanos en un gran árbol colocado en el barrio mexicano (en similares condiciones de inclemencia climática), hasta crear la primer *Banda de Guerra* de la comunidad.

Por cierto que esta última se estrenó durante una ceremonia de El Grito, orgullosamente uniformados sus integrantes y prestos a lanzar redobles a la menor provocación. De hecho hasta sin provocación, como constató el Representante del Presidente a ese festejo.

“¡Compatriotas!”, empezó su mensaje el Representante, “soy portador de un afectuoso saludo del Sr. Presidente.....” y hasta ahí llegó pues fue interrumpido por la Banda que se lanzó a tocar una sonora *Diana*.

Sonriente esperó la conclusión de la alegre melodía y se dispuso a continuar.

“Me dijo el Sr. Presidente: ¡salúdeme a mis queridos paisanos de Chicago!, a quienes tengo en mi mente y corazón...” ¡rrratatá! se arrancó de nuevo la Banda celebrando alegremente el saludo presidencial.

El Sr. Secretario aguardó respetuoso.

“Como les decía”, continuó al fin, “tengo instrucciones del Primer Mandatario de la Nación...” ¡RRRATTTATTTÁ! interrumpió nuevamente la patriótica Banda con renovados bríos.

El enviado especial no pudo ocultar una mueca de impaciencia.

“¡En estas fechas los mexicanos nos sentimos más mexicanos, dentro y fuera de nuestro querido territorio!” ¡Tatarará tatá tatá tata tata tataááá!, retumbó el marcial sonido de la Banda; y ahí sí explotó el orador:

“¡Óigame Cónsul!, ¡o para usted a la maldita Banda o me bajo sin terminar el discurso!.

El Cónsul Adscrito fue rápidamente comisionado para realizar una cuidadosa labor de negociación con el orgulloso Director del musical grupo, a fin de convencerlo de tomar un breve receso, el cual no fue nada breve pues vino a durar varios años, por razones obvias.

A través de esas y otras acciones se fue poniendo a prueba la eficiencia del equipo, pero los naturales movimientos del Servicio Exterior terminaron por concentrar en FAM y el Cónsul, el grueso del funcionamiento del Consulado.

La combinación de virtudes se había convertido ya en un mecanismo como de relojería, uno complemento del otro, prácticamente sin falla.



Incluso cuando la Comunidad decidió enviar una comitiva a entrevistarse con el entonces candidato a la Presidencia de la República José López Portillo en Reynosa, la cual resolvieron debía encabezar FAM, la inclusión de éste llevó aparejada la participación del Cónsul, sin discusión ni protesta.

En ese tiempo hubo un episodio muy impresionante para el Cónsul.

Poco después de la entrevista con el candidato, estando el Cónsul a cargo del Consulado de manera interina por vacaciones del titular, llegó el aviso de salida de FAM.

El telegrama (imagínese, se usaban telegramas) daba cuenta del cambio de titular y anunciaba al nuevo, sin aclarar cuál sería el destino de FAM.

Obviamente el Cónsul localizó a éste y le comunicó la infausta noticia.

En los prolegómenos de un nuevo sexenio eran de esperarse los ajustes acostumbrados, pero la falta de definición de un ulterior encargo para su amigo era sumamente preocupante, pues parecía un calificativo reprobatorio para su gestión, en el cual se incluía, indirectamente, al propio Cónsul.

FAM le pidió gestionar mensajes de protesta de la comunidad, procedimiento demasiado ingenuo según el Cónsul, pues no era posible ocultar la mano promotora de las reclamaciones. Más aún, el uso de ese expediente era rutinariamente reprobado en la Cancillería, y generalmente castigado.

Acostumbrado a cumplir los encargos de su Jefe y amigo el Cónsul hizo a un lado sus reticencias y procedió a agitar el cotarro, fácil labor ante el genuino disgusto de la *paisanada*.

Llovieron los telegramas y cartas de todo tipo de agrupaciones, para quienes FAM era *suyo*, uno de ellos, tan popular como los artistas y deportistas.

El Cónsul se resignó con fatalismo a las consecuencias de sus acciones; a pesar de sus temores respecto del alcance y repercusión en su propia carrera, decidió cumplir con su deber de lealtad.

Inesperadamente, una semana después llegó otro telegrama dando marcha atrás, dejando sin efecto el cambio y restaurando las cosas a su estado anterior.

Hubo gran festejo y jolgorio en la colonia, el Cónsul suspiró aliviado, FAM regresó triunfante, mientras en nuestro personaje quedaba latente la duda: ¿qué había pasado?, ¿por qué funcionó ese visible recurso contra el trasladado?, ¿cómo pudo pasarse por alto la evidencia de su manipulación?.

La respuesta llegó cuando el Presidente López Portillo anunció su intención de visitar Chicago.

En su primera salida al extranjero, después de estar en Washington, el Presidente decidió ir a Chicago, con el propósito visible de reunirse con la Comunidad Mexicana. Había otras actividades en la agenda, pero en realidad se traba de acercarse, formalmente, a los *mexicanos de afuera*.

Evidentemente la figura de FAM era determinante como factor de unidad, sin el cual difícilmente podía pensarse en un encuentro cordial, incluyente.

El Cónsul Adscrito acostumbraba repetir en aquellos tiempos una popular pregunta: ¿Sabe usted cuál es la prueba inequívoca de que una Comunidad Mexicana ha alcanzado el grado de madurez?; pues que se divide. En Chicago, ni la inmensa popularidad de FAM fue capaz de evitar el perverso efecto aritmético: la *multiplicación* de agrupaciones trajo como consecuencia *divisiones*.

Si había un común denominador en aquel quebrado sin duda se llamaba FAM, cuya labor a su vez no hubiera dado frutos sin el apoyo del Cónsul. La combinación había funcionado otra vez; obviamente en los círculos de poder previeron el malestar de la comunidad cuando llegara a visitarlos el Presidente y se tomó el camino más corto, se suspendió el traslado de FAM.

Y empezaron los preparativos para la importante visita con una junta del personal del Consulado.

Dos de los presentes habían vivido ya una visita presidencial y pudieron aportar valiosos datos, sobre todo tranquilizar a los neófitos (entre ellos el titular y nuestro personaje) pues sabían que el Estado Mayor llega y se hace cargo de todo.

Bueno, como descubrió el Cónsul más tarde, no siempre.

La avanzada del Estado Mayor mostró una debilidad desde el principio: nadie hablaba inglés.

De hecho habían embarcado en Washington a un viejo amigo del Cónsul para que auxiliara como intérprete, aquel compañero de andanzas de la Secundaria y de trabajo en el Consejo de Comercio Exterior, es decir, Carlos González Magallón, quien colaboraba a la sazón en la Embajada.

Otra condicionante al usual trabajo envolvente del Estado Mayor era su novatez, pues se trataba de la primera experiencia de un equipo nuevo, recientemente incorporado a esas delicadas labores.

Todo ello motivó, para su sorpresa y preocupación, que los militares se apoyaran en él de manera inusitada y en consecuencia el trabajo hubo de ser intenso, absorbente, *estresante*. De poco sirvió la previa experiencia de sus compañeros, pues cuando éstos habían participado en una visita presidencial, el Estado Mayor había manejado todo prácticamente con exclusividad.

La seguridad del visitante está a cargo del anfitrión, de tal suerte que las primeras reuniones de coordinación fueron con el Servicio Secreto.

Ya se había seleccionado el salón donde se realizaría el encuentro con la Comunidad, pero faltaba detallar la mecánica: llegada, recepción, movimientos, invitados, etc.

Desde el primer momento, el Cónsul se encontró emparedado entre dos visiones radicalmente opuestas: El Estado Mayor insistía en que el Presidente iba a entrar por la sala, para ir saludando a sus paisanos en camino al escenario; el Servicio Secreto prefería una ruta de entrada por detrás de bambalinas, porque alegaban desconocer los antecedentes de esa multitud y temían un atentado.

“Dígales a estos gringos que el Presidente no se oculta de sus paisanos”, lo presionaba un Capitán.

“We can not take the risk” (no podemos aceptar el riesgo), contestaba el enorme Agente Secreto.

“No se deje Cónsul, insista”, le susurraba el Capitán.

“We are in charge of security and we will not accept that” (estamos a cargo de la seguridad y no aceptaremos eso), señalaba el corpulento Agente.

“¡Mándelos a la tiznada Cónsul!”, le decía ya irritado el Capitán.

“He will enter by the back and that is final!” (entrará por detrás y eso es todo), concluía el Agente.

Al final se aceptó, sin conceder, la postura americana, pero juntos idearon un plan para frustrarla.

El Cónsul seleccionó a un grupo de bellas chicas mexicanas para recibir en la puerta al Presidente y tomadas de su brazo lo fueron llevando por donde quería el Estado Mayor, sin que los agentes se atrevieran a imponerse físicamente a las muchachas, pues estaban rodeados de periodistas.

La reunión fue apoteósica.

Música (Los Impala), alegría, porras a López Portillo y a FAM, sentidos discursos de ambos, sin faltar el proverbial pelo en la sopa: el encargado de llevar hasta el escenario la foto enmarcada del Presidente para su entrega *oficial* a FAM, confundió el orden del programa y cuando se anunció la entrega se vio obligado a correr, cuadro en mano, con tan mala suerte que tropezó y lo hizo añicos.

Pero con gran naturalidad el Primer Mandatario cambió el enfoque y se limitó a anunciar la próxima entrega de la foto.

El punto culminante y algo controvertido, fue el aplauso de pie, interminable, para FAM.

No sin cierta preocupación lo recibió éste, pues fue notablemente superior al otorgado al ilustre visitante; pero se tomó bien, con elegancia y seguridad incluso por el flamante Canciller Roel.

Fue una experiencia muy valiosa para el Cónsul, en el fondo no muy diferente de la organización y supervisión de las Fiestas Patrias, por la obligada presencia de un Secretario y su comitiva. En uno y otro caso su trabajo de acercamiento con los más conspicuos líderes comunitarios rendía frutos.

La lista de los representantes a los cuales atendió se lee como un *quién es quién* de toda una era política.

El Secretario de Educación Víctor Bravo Ahuja, el Procurador General Pedro Ojeda Paullada, el Director de Conasupo Jorge de la Vega Domínguez, el Secretario de Obras Públicas Arq. Pedro Ramírez Vázquez, el Secretario de Gobernación Prof. Enrique Olivares Santana, el Director de Somex Julio Sánchez Vargas, el Director de Nafinsa Jorge Espinosa de los Reyes y otra vez de la Vega ya como Secretario de Comercio.

En todos los casos dejó una grata impresión a los visitantes, pero su trabajo era tras bambalinas, asegurando que cuando llegaran el Representante y FAM (más tarde Ojeda como veremos) todo estuviera listo; desactivando conflictos y resolviendo problemas.

Por ello desarrolló amistades más cercanas en el equipo de los enviados, con quienes se coordinaba a la perfección.

Cerca del final de su adscripción contaba con un aceptable capital político acumulado, pero era mucho más en los círculos de los asistentes, de los colaboradores cercanos. No era ello

despreciable, pero distaba mucho del nivel y categoría de las relaciones fincadas por sus jefes, precisamente gracias a su incansable, casi obsesiva labor.

A la postre se fue arraigando en el Cónsul cierto grado de inquietud profesional, por su prolongada adscripción en Chicago.

Las cosas marchaban muy bien y los repetidos logros enriquecían su expediente, pero tarde o temprano iba a terminarse la asociación con FAM y tal vez más temprano que tarde, tomando en cuenta el número de años transcurridos desde su llegada (cinco).

Esperaba una nueva comisión en cualquier momento e incluso se habló de un par de opciones, finalmente frustradas.

Muy lejos de su imaginación estaba la eventual forma como se resolvería el asunto, pues quien salió fue FAM.

En efecto, tarde o temprano tenía que llegar la respuesta de los burlados funcionarios responsables por el fallido intento de traslado, sobre todo cuando la maniobra los desarmó totalmente sólo por una circunstancia coyuntural, es decir, porque se aproximaba una visita presidencial y la decisión escapó a su control.

Ya no había en perspectiva una situación similar y esta vez se cumpliría, a rajatabla, el retrasado designio. FAM se fue sin adscripción fija, sin futuro perceptible, a buscar acomodo en otra dependencia donde hasta la fecha colabora.

El nuevo titular, Carlos Darío Ojeda, pidió a la Cancillería conservar al Cónsul Adscrito, pues era el *eje del funcionamiento de la oficina*, de tal suerte que empezó una nueva etapa con poco cambio real en sus atribuciones, pero con otro titular, el tercero y último con quien colaboraría en Chicago.

Para el Cónsul se trataba de un difícil proceso de readaptación, acostumbrado como estaba al trato familiar y de confianza con FAM, pero a pesar de cierta formalidad en sus relaciones con Ojeda se combinaron bien y estructuraron un sistema de trabajo eficiente y práctico.

## P A R A F E R N A L I A

Ojeda era un tipo de Jefe muy aceptable.

Sin ánimo de cambiar el *status quo* ni de absorber las numerosas atribuciones de su principal colaborador, dejó hacer al Cónsul y se apoyó en él con admirable confianza. Nunca dudó de su lealtad institucional y supo desde el principio aquilatar y aprovechar sus cualidades.

Pero tenía sus peculiaridades. Por lo general no exigía cierto tipo de redacción en los oficios, siempre y cuando cumplieran con dos requisitos básicos: decir lo necesario y respetar la ortografía.

Allá iba el Cónsul con una *altero* de escritos a obtener la firma del titular, quien siempre lo recibía con una sonrisa amable y tomaba sin titubeo los legajos aquellos.

“Ni los voy a revisar”, decía, “porque sé que un funcionario de su categoría, de su experiencia y profesionalismo, debe haber verificado hasta la última *coma*”, agregaba echando mano a su pluma y provocando cierto nerviosismo en el Cónsul.

“Sin duda se pasó usted incontables minutos cotejando y corrigiendo la redacción y la ortografía”, declaraba mientras colocaba el primer oficio en posición cómoda para la firma. Para entonces el Cónsul ya revisaba mentalmente el proceso seguido antes de llevar a firma los oficios.

“Ni el más quisquilloso funcionario en la Secretaría será capaz de encontrar error o equivocación en estos oficios tan bien revisados”, comentaba cuando se disponía a firmar el primero, sin siquiera ponerse los lentes.

“¡Preste para acá!”, interrumpía el Cónsul, “voy a darles una ojeada adicional”, y se retiraba a revisar minuciosamente los oficios, mientras Ojeda se carcajeaba.

El mejor y más admirable ángulo de su personalidad era la ausencia de egoísmo; era totalmente invulnerable a los celos profesionales. Cuando el Cónsul producía algún trabajo digno de encomio, no solamente se lo manifestaba expresivamente, sino que además le daba el debido crédito en el texto.

De hecho se convirtió en el principal promotor de la carrera del Cónsul.

A menudo le vaticinaba un esplendoroso futuro y lo llenaba de consejos.

“Mire *Jobar*” (siempre pronunció su apellido al estilo americano), “usted va a llegar lejos y debe adquirir las armas necesarias”. “¿Ya sabe cuál es la diferencia entre un diplomático y una dama?”, preguntaba.

“No, no lo sé”, respondía su brazo derecho.

“Cuando un diplomático dice sí, quiere decir quizá; cuando dice quizá, quiere decir que no; pero si dice que no, ya no es tan diplomático”.

“Cuando una dama dice que no, quiere decir quizá; cuando dice quizá, quiere decir que sí; y si dice que sí, pues ya no es tan dama”.

Y poco a poco se hicieron amigos.

No era la amistad de confianza, de camaradas, como aquella disfrutada con Acevedo, pero fue igualmente cálida, afectuosa y además respetuosa. Se hablaron siempre de usted, pero su cercanía no demeritaba por ello.

Después de una abrumadora jornada de labores, se volvió tradición la siguiente ceremonia:

“Oiga *Jobar*, necesito que me acompañe al Centro de Salud”, le decía Ojeda.

“¿Le volvió a dar el dolor de cabeza?”, preguntaba invariablemente el Cónsul.

“No, es que quiero tomarme una cerveza”, respondía el Jefe, pues al hablar del Centro de Salud se refería al Bar más cercano.

Con un manejo del idioma poco común, influyó en el Cónsul hasta heredarle el uso de ciertos términos. Su expresión favorita, un sonoro “¡Caaaramba!”, se volvió también propia del subalterno.

“¡Caaaramba!” le decía a su secretaria (a quien apreciaba de singular manera), “hoy trae usted el cabello sebo y tieso”; para hacer enseguida una dramática pausa y auto corregirse así: “¡perdón!”, ¡quise decir *sedoso y terso!*”.

Pero el más celebrado término usado por Ojeda era *Parafernalia*, ubicuo vocablo no solamente por su indiscriminada aplicación a las más diversas situaciones, sino además por su propia naturaleza incluyente.

La Parafernalia, ese montón de cosas distintas pero coadyuvantes a un mismo fin, dan título a este apartado precisamente como descripción de su contenido, pero al mismo tiempo a guisa de remembranza de un verdadero *Caballero*, ya retirado del gremio, pero nunca apartado de la memoria.

Por aquel tiempo el Cónsul era miembro con todos los derechos de un muy selecto grupo de diplomáticos, denominado con escasa imaginación *LicDer* y compuesto por los cónsules abogados.

El Embajador Alberto Becerra Sierra<sup>62</sup>, a su vez excelente abogado, se quejaba del peligro de extinción al cual estaba sujeto el gremio en el ámbito del Servicio Exterior y decidió estructurar una especie de grupo de estudio con sus colegas.

El mecanismo era simple: Becerra, el de más jerarquía y líder indiscutible, asignaba por correo temas jurídicos a los cónsules y estos debían producir trabajos escritos a la manera de *minitesis*, con los tres movimientos clásicos: Introducción, Desarrollo y Conclusiones.

Funcionó de manera excelente aquello y de ahí surgieron propuestas concretas para enriquecer el cuadro normativo del Servicio, amén de mantener al día a los participantes, objetivo tangencial pero deliberado del ejercicio.

Desde los primeros trabajos se distinguió el Cónsul. Tenía la ventaja de una educación formal sólida y además practicaba a diario muchos de los escenarios hipotéticos planteados por Becerra. De hecho llegó a ganarse la confianza y hasta admiración de éste, a quien en dos ocasiones corrigió juicios discretamente, en carta personal, no abierta, pero dada a conocer por el propio Embajador poco después.

Cuando le tocó inspeccionar Chicago, a pesar de su añeja amistad con Ojeda y de la relación epistolar desarrollada con el Cónsul, Becerra se comportó como todo un profesional.

Llegó al Consulado como cualquier hijo de vecino; se formó en el pasillo a la salida de los elevadores; vio al Cónsul abrirse paso a duras penas entre la multitud (no se conocían personalmente); acudió al mostrador de visas a pedir informes e incluso trató de engatusar a la empleada para que le recomendara alguna fotografía *cercana al Consulado*, a fin de constatar si había contubernio.

Sólo después de terminar la parte oficial de la visita se acercó al Cónsul y finalmente se trataron de manera amistosa, hasta donde lo permitía la diferencia de edades. Becerra escuchó constantes y efusivas loas al Cónsul de parte de su amigo Ojeda, a las cuales agregó sus propios panegíricos, para deleite del interesado.

Ambos le auguraban una carrera exitosa y prolongada, según Becerra en ese estricto orden.

Más tarde tendrían ambos funcionarios oportunidad de poner en práctica su elogiosa ponderación.

En el diario acontecer, el Cónsul fue atesorando imágenes de infinidad de personajes pintorescos, algunos de ellos novelescos. Con mal oculta admiración revisaba los casos de esos paisanos triunfantes a pesar de las adversidades, aquellos capaces de derrotar al medio, a los prejuicios y a su propia falta de educación formal.

---

<sup>62</sup> Funcionario de carrera de larga trayectoria y a la sazón Visitador General, una especie de contralor.

En el comercio del barrio mexicano había un exitoso empresario de nombre Bernardo Cárdenas cuya historia de verdad parece una novela.

Originario de Michoacán, se vestía de charro a para toda ocasión y hasta en las más elegantes recepciones se paseaba de mesa en mesa dejando en cada una un *chilito serrano*, como mudo comercial de sus negocios: *Supermercados María Cárdenas*.

Su frase de batalla se hizo muy popular, a pesar de lo simplista o tal vez precisamente por eso: "aquí estamos y de aquí no nos vamos", repetía por doquier.

Tenía su propio programa de televisión, con él mismo como presentador, animador y locutor. En ese foro se presentaban aspirantes a artistas casi siempre mal preparados o con muy escaso talento, pues el único requisito era ser mexicano y aceptar el patrocinio de los Supermercados.

Y sin embargo de vez en cuando descubría alguna joya.

Por ejemplo un flacucho muchacho le llevó una tonadilla comercial para promoción de sus negocios y Cárdenas le pidió la interpretara en vivo, acompañado sólo con su guitarra.

Fue todo un éxito y se ganó la oportunidad de repetir ya como intérprete de sus melodías y una que otra ranchera, claro. Mucho después le llegó la fama con el nombre artístico de Joan Sebastian.

Pues bien, forrado de dinero y deseoso como casi todos los paisanos de volver triunfante a su tierra, Bernardo Cárdenas se retiró un día de los negocios y armado con una ambulancia de regalo se regresó al pueblo.

Pero ¡ahí se descubrió la increíble verdad!.

Resulta que este señor no se llamaba así, es decir, no era él.

Años atrás había comprado los documentos de un occiso a fin de permanecer en Estados Unidos; se había embarcado en la aventura de comprar una tienda a nombre de su esposa, tal vez para evitar ser investigado más de cerca; y el éxito de su empresa pasó a formar parte de la historia comunitaria, fantástica, pero historia al fin.

Era analfabeto funcional y había ordenado un facsímil (sello de hule) con su firma, pues a duras penas podía plasmarla y jamás le salía igual. Sin embargo, fue personaje principal en incontables actos oficiales, incluso departiendo con el Gobernador de Illinois, el Alcalde Daley (más sobre éste adelante), los diversos representantes del Presidente a la ceremonia del *Grito*, empresarios, periodistas, etc.; a pesar de ser peor que indocumentado, era inexistente.

Como se decía maliciosamente en la colonia, *todos comieron de su chile*.

Lo más sorprendente para el Cónsul fue la unánime actitud tolerante, presta a perdonar y olvidar, manifiesta en la comunidad cuando se supo la inverosímil historia. Pero como a él mismo siempre le cayó muy bien.....

Parte importante de su envoltente labor en el Consulado consistía en tratar de hacer convivir a su equipo y con ello acercar unos a otros de manera amistosa. Con su guitarra al hombro circulaba por los domicilios de todos, llevando a cuestas el acervo musical de incontables serenatas.

Aunque procuraba mantener la ecuanimidad y no demeritar su posición de autoridad, no siempre podía evitar los efectos étlicos y en ocasiones requería ayuda. Uno de los compañeros,

el encargado de contrarrestar las maldiciones y brujerías, lo acompañaba a todas las reuniones y se encargaba de guardarle las espaldas, de manera figurada.

Una noche, el exceso de tequila lo golpeó y se sintió poco seguro de poder manejar su auto de regreso a casa (departamento); siempre atento su amigo ofreció llevarlo y ya más tranquilo disfrutó de la fiesta hasta la madrugada.

Cuando emprendieron el viaje, el Cónsul se puso en manos del conductor emergente, reclinó el respaldo de su asiento y cerró los ojos, no para dormir, sino para evitar las luces de los vehículos en contraflujo.

De pronto, se percató de un extraño ruido en la parte delantera inferior del carro, algo que sonaba como golpes continuos y espaciados.

Preocupado se incorporó e inquirió.

“¿Qué es ese ruido?”, “¿lo oyes?”.

El conductor respondió con voz preocupada: “sí, lo escucho, creo que se cayó el *Carter* sin desprenderse del todo y viene golpeando el piso”.

El Cónsul no tenía la menor idea sobre qué era el *Carter*, ni cuál era la función mecánica del exótico aparato, ni siquiera si era un aparato o algún familiar del Presidente (Jimmy), pero evidentemente se trataba de un desperfecto serio, peligroso inclusive.

“¿No será mejor orillarnos y procurar ayuda?”, preguntó mientras buscaba en aquella vía rápida algún espacio para estacionarse.

“Pues fíjate a ver si ves dónde podemos parar sin peligro”, le dijo su amigo.

Cuando más concentrado estaba oteando la vera del camino vislumbró la verdadera naturaleza del problema.

“¡Cómo serás burro!”, exclamó, “¡vienes en medio de la raya y estás tumbando los conos marcadores de plástico uno tras otro!”. Eso era el sonido escuchado.

Obviamente su camarada iba mucho más *incrédulo* que él, pero era excelente actor y disimulaba perfectamente su estado. El Cónsul le arrebató el volante y condujo hasta su casa sin consecuencias, excepto la suspensión definitiva del cargo de conductor de relevo.

Entre las personalidades conocidas durante aquella prolongada adscripción, una ha pasado ya al ámbito de la leyenda: el Alcalde Richard Daley. Durante 24 años, Daley fue el factótum de la política en el norte de Illinois, pero más específicamente en el condado de Cook.

Por su oficina desfilaban los aspirantes del Partido Demócrata a los más diversos cargos, empezando por los candidatos a Presidente. Su influencia era verdaderamente asombrosa y su éxito electoral prácticamente inexplicable, sobre todo si se contemplaba superficialmente.

El Cónsul tuvo el tiempo y la oportunidad de estudiar el fenómeno de ese político capaz de ser reelecto Alcalde de Chicago seis veces al hilo y sólo ser derrotado por la muerte.

La máquina electoral construida era formidable y frecuentemente llegaban *expertos* de diversas partes del orbe a analizar el extraordinario éxito.

Era tal el dominio sobre su ciudad, que en los años setenta los dirigentes del Partido Demócrata buscaban voluntarios a las candidaturas del otro Partido e inclusive les garantizaban



suficientes votos para salvar su dignidad, pues nadie aceptaba enfrentarse a la poderosa maquinaria de Daley.

Se decía, con exageración, que hasta el PRI mandaba observadores a ver qué aprendían.

Los *capitanes* hacían muy bien su trabajo y el día de los comicios recorrían su distrito acarreado a los electores a las casillas. Iban y tocaban la puerta, persuadían a los vecinos y los acompañaban a votar.

Como los políticos *hispanos* son en su mayoría demócratas, la alianza con su régimen se dio naturalmente, pero los logros eran incipientes, de muy modesto alcance, por lo menos comparados con la situación actual, por cierto con otro Richard Daley (el hijo) al frente de la ciudad.

Y así se veía Chicago al acercarse la salida: muerto el legendario Alcalde; con una población mexicana de creciente importancia; con un Consulado General de México ya consolidado, sin los enormes problemas de personal y recursos encontrados al llegar.

Todo ello enmarcado para siempre en su memoria por el invierno, el largo, inclemente, doloroso y sobre todo airoso invierno de Chicago.

Fueron siete inviernos.

Le tocó una de las peores tormentas de nieve de la historia, una tan grande y peligrosa que paralizó a la ciudad y acabó con la carrera política del sucesor de Daley. Soportó heladas inconcebibles, con temperaturas atoradas bajo cero durante dos meses.

Pudo adaptarse, nunca acostumbrarse.

¿Cómo puede vivir la gente así?, se preguntaba; mientras en la radio de su automóvil oía decir al locutor “en estos momentos hace más frío ahí afuera que *en el congelador de su refrigerador*”.

Por el lado positivo, nunca olvidaría su incidental relación con Jorge Orta<sup>63</sup>.

Cuando el *Charolito* jugaba con el equipo de béisbol *Medias Blancas* de Chicago, para el Cónsul era rutina diaria abrir el periódico y buscar la página deportiva para ver cómo le había ido al paisano. Se regocijaba con sus éxitos y se preocupaba con los fracasos.

Gran alegría le dio el mazateco cuando alcanzó el sub campeonato de bateo de la Liga Americana, pues revivió sus recuerdos de aquella temporada del 54, cuando Beto Avila hizo la hazaña de coronarse.

Un día, leyó entristecido la despiadada crítica del Sun Times (uno de los dos diarios) por un costoso error cometido por Jorge, cuya defensiva no era precisamente brillante.

Por varios días lanzaron campaña en su contra los comentaristas, lo cual preocupó aún más al Cónsul. Sin pensarlo mucho averiguó el domicilio del Club y le escribió una carta de apoyo al pelotero.

Le contó en ella cómo él y otros mexicanos empezaban su día revisando sus logros, cuánto aplaudían sus éxitos y lo poco que importaban sus errores.

Lo animó a continuar y a no hacer caso de los periódicos.

---

<sup>63</sup> Jugador profesional de béisbol nativo de Mazatlán e hijo de otro inmortal pelotero cubano.

Casi olvidado el asunto, una mañana le anunciaron que una señora *de color* pretendía verlo y se negaba a decir su asunto, limitándose a asegurar ser de naturaleza personal. La recibió (nunca dejaba de recibir a nadie) y descubrió que era la madre de Jorge.

“Vengo a darle las gracias por la carta tan bonita escrita por usted, la cual le ayudó mucho a mi hijo”, le comentó. “Le pedí a Jorge venir a conocerlo, pero ya ve usted cuán tímido es”.

“Soy yo el que agradece señora, no hacía falta venir hasta acá; su gesto me emociona”. “Le ruego confirmar a Jorge mi admiración y apoyo humano”, contestó nervioso el Cónsul.

“Pues si me ayuda se lo puede decir usted, porque está allá afuera en el pasillo todo apenado”. “Se negó a entrar conmigo”.

Juntos salieron hasta los elevadores y allí estaba el famoso jugador, encorvado, sin levantar la mirada, a punto de correr para tercera.

Como pudo lo convenció el Cónsul de pasar a su oficina y *conversaron* un buen rato, con la Mamá como traductora pues de pronto Jorge parecía hablar otro idioma.

“Cuéntame Jorge, ¿te dan mucha lata los lanzadores zurdos?”.

“Mmjjm”, respondía Orta, pero de inmediato agregaba su Mamá: “sí, siempre se queja cuando se anuncia uno de esos *pitchers*”.

“¿Es cierto que no te llevas bien con *Pancho Barrios*<sup>64</sup>?”.

Un meneo de cabeza parecía negar el rumor, aclarado por la señora así: “no andan juntos porque a *Pancho* le gusta *salir de noche*, pero se llevan bien”.

Y así transcurrió la breve entrevista.

La última vez que se vieron fue en el Estadio; Jorge le regaló un bat y se atrevió a pedir un anuncio en la pizarra explosiva del ya difunto parque Comiskey, felicitando al Cónsul.

Se acercaba el final de la década y de nuevo empezaba a inquietarlo esa supersticiosa sensación de cambio inminente. No era mala la situación en Chicago, pero después de tantos años se merecía ya probar sus alas, encargarse de una oficina consular como titular.

No le asustaba la responsabilidad porque sabía cuán cerca había estado del mando todo ese tiempo, cómo tomó decisiones y administró el segundo más grande Consulado General de México.

Chicago era conocida como *Segunda Ciudad* (Second City), por estar siempre después de Nueva York<sup>65</sup> en población, pero desde otro punto de vista era orgullosamente superior al resto de las urbes norteamericanas.

En el verano de 1980, recibió un *pitazo*: el Visitador General de Consulados estaba en Brownsville, Texas, presto a cesar al titular.

Se abría una excelente oportunidad para él.

---

<sup>64</sup> Malogrado lanzador derecho mexicano, famoso por su carácter expansivo, alegre, parrandero, la antítesis de Jorge.

<sup>65</sup> En población ya no lo es, Los Angeles la ha superado.

Un poco medroso le comentó su interés a Ojeda, quien lo alentó a hablar con el Visitador y ofreció apoyar su candidatura él mismo, siempre y cuando su traslado fuera después de las Fiestas Patrias.

Dicho y hecho.

A su favor estaba la identidad del Visitador, pues como ya vimos el Embajador Becerra era una especie de admirador del Cónsul y afirmaba conocer a pocos como él. Se mostró muy receptivo y le indicó el camino a seguir, es decir, mandar una carta a la Comisión de Personal señalando su increíblemente prolongada y casi anti reglamentaria adscripción, así como su disposición para hacerse cargo de la vacante.

En realidad todavía no se abría dicha vacante, le estaban dando mano.

Fue el primero en apersonarse, con los formidables apoyos de Becerra y de Ojeda, así como un expediente impecable: no hubo titubeo, se le instruyó para presentarse en su nueva adscripción el primero de octubre de 1980, después de las Fiestas Patrias, como deseaba Ojeda, al principio de una década, como apuntaba su sino.

Con sentimientos encontrados se dispuso a dejar la oficina que le era tan familiar, a despedirse de amigos, a rematar sus pertenencias y solamente trasladar lo que buenamente llevara el camión de un comerciante mexicano que iba de regreso a la frontera de vacío; también saboreaba la perspectiva de encabezar un Consulado, de darle su toque personal a la titularidad y poner a prueba sus ideas.

No fueron más fáciles las cosas cuando la comunidad de pronto cayó en cuenta de la importancia del suceso. Se iba el funcionario siempre presente, el vínculo constante con el Consulado, donde titulares iban y venían pero siempre se encontraba al *Cónsul Jubar*.

Hubo muchas y muy sentidas despedidas.

Un resumen de su primera adscripción tendría que tomar en cuenta aspectos personales y oficiales, tal vez en esencia contabilizados de la siguiente manera:

En siete años trabajó en ocho Fiestas Patrias, atendió a siete representantes (De la Vega dos veces); soportó siete inviernos, se mudó a seis diversos domicilios (prácticamente sólo apartamentos, excepto por una pequeña casa tipo condominio horizontal y tamaño Infonavit); tuvo como jefes a tres cónsules generales, recibió tres ascensos, diez compañeros fueron trasladados, le nacieron dos hijos (niño y niña, ambos nacidos en Sinaloa), recibió la visita de un Presidente y firmó aproximadamente cuarenta mil documentos.

Después de sacar adelante por vez postrera las fiestas septembrinas, amontonó en su *guayina* los más preciados *cachibaches* y emprendió el camino a la frontera, al futuro, a la nueva década.

## EL CÓNsul DE BULGARIA

En el restaurante de un conocido hotel de Matamoros, a las 8:00 A.M., empezaban a llegar los comensales como todos los lunes. Formaban una abigarrada y heterogénea reunión, pues había empresarios, funcionarios del gobierno federal, militares, profesionistas, uno que otro vago y el Cónsul.

Era como de costumbre un grupo ruidoso y por ello se habían visto obligados a emigrar de un lugar a otro, hasta encontrar refugio en el pequeño comedor de ese hotel del centro.

“¡Hola Cónsul!, ¿cómo te va?”, lo recibía Albores, Delegado de la Secretaría de Comercio y Cómmerce, con el propio Cónsul, del nacimiento de aquellos desayunos.

“Nada mal”, respondía nuestro personaje, mientras recordaba cómo empezó todo.

Recién llegado a Brownsville fue recomendado por el Secretario Privado de Jorge de la Vega con su compadre Albores, quien además era chiapaneco y cultivaba una estrecha amistad con el político. La idea era contar con cierto apoyo del lado mexicano de la frontera y no entregarse a ciegas a hacer relaciones, pues podían fácilmente ser indeseables.

*Pepe*, como se refirió a él desde entonces, le presentó a sus más cercanos amigos: un banquero, otro funcionario y el médico de la Armada, con quienes congenió instantáneamente. Acordaron volverse a encontrar en un desayuno que poco a poco se institucionalizó, con agregados cuidadosamente seleccionados.

Ya eran 16 los socios de aquella *Cámara de Desayunadores* y entre alimentos arreglaban importantes asuntos, amén del mundo y sus desaguisados. El Cónsul formuló una especie de reglamento, como medida de protección contra advenedizos, a esas alturas numerosos, porque ya era símbolo de *status* pertenecer al conspicuo grupo.

Su objetivo principal era empezar bien la semana.

El ingenio y buen humor de los participantes eran admirables y cada uno de ellos dejaba su ego en casa cuando asistía al ya *oficial* recinto. El General a cargo de la Guarnición de la Plaza aguantaba bromas igual que el Almirante del Sector Naval: y vaya si volaban las bromas.

“Todavía ando desvelado y medio crudo después de la ruidosa fiesta de anoche”, comentó el Almirante. En realidad no había habido tal jolgorio; se traba de jugarle una broma a alguien, al más ingenuo, al que cayera en la trampa.

“Yo me fui temprano”, agregó sin perder tiempo Pepe.

“¿Quién era el señor que cantó tanto?”, preguntó el Cónsul entonado de inmediato.

“Era Shelby Longoria”, respondió Arnoldo.

“¿De qué fiesta hablan?”, preguntó el Dr. Torres y con ello se echó la soga al cuello.

“Cómo te gusta hacerle al cuento”, le dijo el Almirante, “¡si andabas hasta las *chanclas* en la pachanga de tu compadre!”.

“Nooo mee invitaron”, dijo casi en secreto el galeno, ya de plano en las garras del despiadado grupo.

Como si no hubiese oído, el Cónsul preguntó “oye, ¿a qué horas te fuiste que no recuerdo haber brindado contigo?”, retorciendo la daga ya enterrada en el ego del doctor.

“De veras, no me invitaron”, susurró nervioso la víctima de la broma.

“¡Ya ni la friegas compadre!”, agregó ya enojado, “¿por qué chingaos me ignoraste?”.

Ya no aguantaron más los desayunadores y estallaron en carcajadas unánimes y sonoras.

Así se las gastaban desde el más serio hasta el más bronco.

“Oye Cónsul”, le decía Arnoldo, el más cáustico de ellos, “¿ya sabes por qué a Don Pedro Valenzuela le dicen *Texas*?”.

“Nada bueno irás a decirme seguramente”, contestaba el interpelado, “pero no, no sé”.

“Pues porque a su edad, cuando lo ven venir dicen: ‘ay viene el viejo este y suena como *El Viejo Oeste* ¿no?”.

A Arnoldo le habían puesto *Aspid*, por el veneno repartido a discreción y sin distinción. Propietario de un negocio de discos, era de situación económica desahogada y de lengua desatada.

Con frecuencia le aconsejaban evitar morderse la lengua porque podía morir envenenado.

“¡Mira pues el Cónsul!”, decía, “se puso corbata de lujo y además anda estrenando nudo”. “¿Cómo se llama ese tipo de nudo tu?”.

“Se llama Windsor”, contestó el Cónsul.

“¿Y cómo es?”, insistió Arnoldo.

“Pues es muy complicado, difícil, es el más antiguo de todos y casi casi obsoleto”, explicó aquél.

“¡Ah! pos’ entonces es como Hugo, él también es difícil, anticuado, complicado y obsoleto”. “¡Oye Hugo, a partir de hoy te vas a llamar el *Windsor*!”.

Y se le quedó al pobre.

“Compadre Molina, me dijeron que el mejor cirujano de todo Matamoros es Virués aquí presente”, conversaba en otra ocasión Arnoldo.

“¿Ah sí?”, contestó el compadre, “¿quién te dijo?”.

“¡Él!”, remataba aquella víbora.

“Pepe, ¿ya sabes por qué le puse a este *Beteta*?”, preguntaba otro día.

“¡No te aguantas canijo!”, contestaba Albores, “dime por qué pues”.

“Pues porque desde que empezó a hacer ejercicio se está poniendo *más mamado que una chichi*”.

Tampoco el Cónsul estaba a salvo.

Una mañana lo tomó del brazo Arnoldo como para dar énfasis a su comentario y de pronto se interrumpió, le apretó el bíceps dos veces y le dijo:

“¡Ah cabrón!, ¿qué estás haciendo pesas?”.

“No, nada de eso”, le respondió el diplomático.

“¡Pues ponte a hacerlas porque estás muy jodido!”, le soltó.

Con tal apoyo y distracción, el Cónsul se sentía a sus anchas en la frontera; aunque al principio las noticias no fueran tan buenas.

Sabedor de las causas del despido de su predecesor, básicamente corrupción, por añadidura extendida por intimidación a casi todo el personal; iba consciente de su responsabilidad y se había preparado para la tarea.

No solicitó ayuda del Consulado para su inmediata instalación, sino más bien recurrió a personas conocidas (por referencia) en Matamoros para reservar hotel e investigar el mercado de casas para renta de *brónsvil*, forma correcta de pronunciación de Brownsville según Ojeda, quien había sido titular años antes.

Cuando llegó ya tenía habitación e incluso prospectos para alquiler, sin deberle favores a nadie en la oficina.

Su primera actividad fue llamar de incógnito al Consulado (al estilo de Becerra) para inquirir sobre algún trámite y para el efecto seleccionó uno de los más técnicos.

Lo pasaron con el encargado y pudo constatar su seriedad, conocimientos y disposición (habló en inglés); también se percató del desorden imperante.

Una de sus primeras labores, urgente sin duda, fue reestructurar el funcionamiento del Consulado e ir detectando a los elementos maleados, por fortuna no muchos.

A los pocos días de tomar posesión fue percibiendo el grado de deterioro de la imagen consular.

Aquello era verdaderamente atroz.

Los funcionarios norteamericanos con quienes debía tratar lo miraban con desconfianza, le leían la lista de escándalos protagonizados por el anterior titular y la naturaleza de éstos rayaba en lo increíble.

Fue labor ardua negociar el beneficio de la duda, por lo menos, mientras con el paso del tiempo iba forjándose una reputación limpia. Una vez iniciados los contactos el camino se allanaba, pero nadie lo recibió *con los brazos abiertos*.

Matamoros y Brownsville son más que ciudades hermanas; aquélla es madre de ésta. Las familias tienen raíces en ambos lados, los matrimonios combinados son frecuentes y los hijos nacen de un lado y se registran del otro, con lo cual se multiplican los casos de *doble nacionalidad*.

La sociedad es en su mayoría bicultural y ello favoreció al Cónsul, pues igual podía identificarse con unos que con otros. Aplicando un poco de tolerancia se fue ganando a los prohombres de Brownsville, entre ellos el legendario Juez Garza y su heredero aparente el Juez Vela.

Su único colega en toda la región era el Cónsul de los Estados Unidos en Matamoros.

Wayne Griffith era un tipo muy abierto, socializaba con todo mundo y era simpático. Su Vicecónsul en cambio era enigmático, reservado, de mirada intensa. Se decía por allí que éste era agente de la CIA; según otros era más peligroso Griffith, pues la gente hablaba con él sin cuidarse.

En todo caso el Cónsul se relacionó muy bien con Griffith. Admiraba sus recursos y facilidad para salir de situaciones complicadas, ilustrada a la perfección por una de las primeras ceremonias a las cuales fue invitado en Matamoros.

Se conmemoraba la gesta heroica del Teniente Azueta y todos aquellos mártires del puerto de Veracruz durante la intervención norteamericana.

Seguramente la secretaria del Presidente Municipal echó mano de la lista usual de invitados y no se percató de la embarazosa situación creada: el Cónsul americano asistiría a una conmemoración anti americana por naturaleza.

El Cónsul y Griffith fueron sentados juntos y aquél de inmediato le preguntó a su colega:

“Oye Wayne, ¿sabes qué se conmemora hoy?”.

“No precisamente”, contestó éste, “pero siempre vengo a las ceremonias”.

“Me temo que esta no te va a gustar”, finalizó el Cónsul.

Y en efecto, en cuanto empezó la ceremonia subió al estrado un enardecido orador, quien se dedicó a lanzar diatribas y todo tipo de ataques a los *Yankees*; luego un esculapio recitó un poema contra los *Yankees*; enseguida un militar describió la páfida invasión de Veracruz por los *Yankees*; el Alcalde no se quedó atrás en la ya interminable condena de los *Yankees*.

Para entonces, el público ya había detectado la presencia de Griffith y prácticamente todas las miradas convergían en él.

El ambiente se tornaba tenso y sumamente embarazoso para el diplomático. Incluso el Cónsul sufría penas ajenas y sudaba copiosamente.

Ahí le salió el colmillo al americano. Cuando más miradas lo enfocaban y el eco repetía los ataques a los *Yankees*, su voz se escuchó por todo el lugar diciendo:

“¡Yo le voy a los *Dodgers!*”.

Las carcajadas rompieron el hielo y le ganaron la admiración de los presentes.

También era Wayne fuente de bromas *diplomáticas*, en su mayoría poco graciosas si no se contaban en los círculos apropiados. Decía por ejemplo:

“Una vez fue a visitar La India el Primer Ministro Chino. Indira Gandhi lo recibió y atendió muy consciente de los problemas fronterizos entre ambas potencias y por ello procuró mostrarle las maravillas de la cultura india”.

“Mientras paseaban por Nueva Delhi de pronto vieron a un individuo orinando en plena calle. ¿Es eso parte de la cultura india?, preguntó el visitante. Obviamente la Sra. Gandhi mandó arrestar al infractor”.

“Meses después la Primera Ministra correspondió a la visita y fue atendida de igual manera por Deng”.

“Todo iba bien hasta que cerca del centro de Beijing la visitante vislumbró un increíble espectáculo: un hombre orinaba en plena calle. ¿Es eso parte de la cultura china?, preguntó con aire de triunfo”.

“Muy abochornado Deng ordenó arrestar al infractor y pidió cumplidas disculpas”.

“Más adelante llegó apurado un policía a reportar la imposibilidad de detener al culpable, porque gozaba de inmunidad diplomática: ¡era el Embajador de La India!”.

La población de Brownsville es en su inmensa mayoría mexicana o de origen mexicano. Muchos no distinguen entre una y otra. Incluso los *güeros* se ven obligados a aprender español, la lengua de uso general en todo el bajo valle del Río Bravo.

Reconocen tres categorías de habitantes: *mexicans*, *americans* and *texacans*, es decir, una especie de mezcla entre unos y otros.

Por primera vez se enfrentó el Cónsul a cómicas situaciones en las cuales el representante de México tenía apellido americano y el de Estados Unidos se llamaba Garza o García.

En general la idiosincrasia nortea era el común denominador y ello le facilitó enormemente el establecimiento de relaciones cordiales.

Ni el venenoso Arnoldo pudo acorralarlo con su corrosivo humor, pues le era natural después de la experiencia de convivir con los rosarenses. Cualquiera que hubiera lidiado con el *Pica*, el *Loco Aguilar*, el *Cuín* o los *Canarios*, estaba capacitado para hacerle faena hasta al más pintado.

Para sorpresa de aquel grupo de *lenguas largas*, no sólo se defendía el Cónsul sino que además reviraba con éxito los retruécanos.

“¿Pos’ dónde estudian los cónsules estos?”, preguntaba el *Áspid*; “se me hace que tu no eres Cónsul de México sino de Bulgaria, por lo *vulgarcito* que eres”, lo atacaba.

Irremediablemente se quedó con el mote de *Cónsul de Bulgaria*.

La inesperada facilidad para seguir el juego de palabras no le impidió asumir cierto nivel de liderazgo entre ellos; lo respetaban todos y acudían a él para los más diversos asuntos.

Cuando hubo incidentes fronterizos fue el catalizador de su resolución, pues llegó a disfrutar de la confianza de los operadores en ambos lados de la línea.

“Mi General, tenemos una denuncia de soldados mexicanos persiguiendo a un fugitivo hasta el lado americano”, le informaba una vez al Comandante de la Guarnición, su amigo y compañero de desayunos.

“¡Pues consígame los nombres pa’fusilarlos!”, respondió indignado el militar, para inmediatamente después agregar: “no se crea mi amigo, no es pa’tanto”; “es que me acordé de una historia *achacada* a un General revolucionario”.

“Según cuentan, este General mandó fusilar a unos prófugos y muy tarde cayó en cuenta de que había oído mal; no eran prófugos, ¡eran náufragos!. “Por eso le dije que los iba a fusilar”.

Se trataba de un militar atípico.

Era en realidad un académico, humanista, literato y poeta. El Gral. Ponce de León se ganó el aprecio de los *desayunadores* y abrió camino a otros comandantes no necesariamente dotados de sus mismas cualidades.

Del lado americano entabló muy cercana amistad con el Jefe de Aduanas, para variar de origen mexicano y gran manejo del español, así como con maestros universitarios y por precaución con los más diestros médicos de la región.



Si en Chicago había tropezado con el uso del *spanglish* en la frontera se encontró con el fenómeno sublimado. Las señoras llamaban a sus criaturas con un “¡come here *mijito!*”, los policías ordenaban “¡para tu *car!*”, el guardia en el Consulado lo recibía con un alegre “¡good morning *licenciado!* ; y en fin, era un constante ir y venir entre español e inglés.

Tal vez lo más cómico era oír a los americanos maldecir en español en medio de frases en inglés: “¡I want you to stop *con una chingada!*”. O “¡tell him to go *mucho a la chingada!*”. Al parecer esa popular palabra era de sus favoritas.

Por su parte los broncos nortños de Matamoros le sonaban al principio como el *Piporro*, pero pronto empezó a hablar como ellos y se borró la distinción.

Curiosamente, cuando un periodista le preguntó si extrañaba algo de Chicago, fuera de la disparidad en el tamaño de las respectivas ciudades (Chicago 8 millones y Brownsville ochenta mil); se sorprendió al responder: “la comida mexicana”.

Pues sí, a pesar de encontrarse a unos pasos de México, extrañaba la variedad de orígenes de la comida en Chicago, en contraste con la regionalidad de la fronteriza.

En Matamoros había comida nortña básicamente.

Además descubrió esa otra gran categoría culinaria llamada *texmex* (comida texana con alguna influencia mexicana), no necesariamente mala o de mal sabor, pero sin duda ajena a la abundante y variada comida de México.

El trabajo en el Consulado era también distinto del de Chicago.

Allí no existía colonia mexicana (imposible distinguirlos cuando eran mayoría absoluta), ni Fiestas Patrias (todo mundo se pasaba a Matamoros la noche del 15), ni Sociedad Cívica, ni *abandonadas* (las señoras separadas del marido necesitadas de apoyo económico), como en Chicago.

Por otro lado, Brownsville contaba con un Centro de Detención migratorio donde se procesaba a miles de detenidos, y había que lidiar con los cotidianos incidentes fronterizos; las diferencias eran dramáticas.

Una de las más delicadas labores era sin duda la atención a los detenidos en el Centro llamado Puerto Isabel o Los Fresnos por su ubicación equidistante entre uno y otro poblado. Ahí se concentraba a indocumentados procedentes de la región sudeste de Estados Unidos y en muchos casos era el lugar donde se detectaban violaciones a sus derechos, o donde descubrían que ciertos derechos estaban a salvo, aunque fueran ignorados por ellos.

También era donde se distinguía a los paisanos de los OTM (other than mexican), categoría donde se agrupaba a todos los demás inmigrantes. En el caso de los centroamericanos la identificación no era fácil, pues trataban de hacerse pasar por mexicanos para que la deportación fuera ahí a Matamoros, de donde podrían volver a intentar su internación.

En cambio si los mandaban hasta su tierra las posibilidades de regresar eran mínimas.

Con todo y la diestra caracterización de esos supuestos mexicanos, el Cónsul se volvió ducho en el arte de la detección y cada semana descubría a un buen número de ellos. Pero lo que nunca se imaginó fue encontrar un caso al revés.

Una ocasión, encontrándose en visita de rutina, vio como conducían a un joven a la enfermería y quiso saber su estado de salud. Según los agentes aquel muchacho era

guatemalteco y se había liado a golpes con un mexicano en medio de una numerosa concentración de mexicanos; nadie intervino y el pleito se resolvió por sí mismo.

Algo olía mal para el ya afinado olfato del Cónsul y pidió hablar con el guatemalteco aquel. A las primeras preguntas detectó inseguridad y le tendió una celada verbal en la cual cayó rendondito: confesó adorar al equipo de béisbol de los *Plataneros* de Tabasco.

Era mexicano y se hacía pasar por guatemalteco, ¡vaya novedad!. Por eso nadie se metió cuando reñía con un paisano.

Enseguida confesó el engaño y explicó sus razones: “Mire Cónsul, si acepto mi origen me mandan a Matamoros, *lejísimos* de Tenosique; pero si afirmo ser guatemalteco me mandan a menos de 100 Km de mi tierra”. “¿Usted cuál preferiría?”.

En la oficina el mayor volumen de trabajo era la expedición de pasaportes.

Los vecinos de Tamaulipas debían ir a Monterrey a obtener su pasaporte mexicano y después dirigirse a Matamoros por la visa, lo cual significaba dos viajes por lo menos.

El Cónsul consiguió que migración americana extendiera permisos de un día a aquellos que fueran a solicitar pasaporte al Consulado, los cuales aprovechaban el resto del día para hacer sus compras. Se apostaba una persona del Consulado en las oficinas de migración y revisaba la documentación correspondiente, pues si no se llenaban los requisitos no se daba el permiso.

El sistema permitió llegar a expedir en un año 13,000 documentos y colocar a Brownsville como la segunda oficina consular en recaudación después de Los Ángeles. En cierto momento andaban en circulación cerca de 25,000 pasaportes firmados por el Cónsul.

En relativamente poco tiempo ya se movía con seguridad, con la confianza resultante de una creciente estatura profesional y un cada vez mayor prestigio, aderezado todo con estupendas amistades en ambos lados del Río Bravo.

Algunos botones de muestra se narran en el siguiente capítulo.

## C H A R R O   D A Y S

Una de las primeras crisis vividas por el flamante Cónsul titular lo puso de nuevo en contacto con Don Raúl, aquel que fuera su primer jefe en Chicago, a la sazón Cónsul General en San Antonio y por lo tanto supervisor administrativo de varios consulados del área: Corpus Christi, McAllen, Laredo, Eagle Pass, Del Río y Austin, amén del propio Brownsville.

La naturaleza del problema era inusitada para el Cónsul, pero de cierta incidencia a lo largo de la frontera. Un mexicano procesado por un delito menor en Brownsville, obtuvo su libertad bajo fianza por conducto de una compañía afianzadora y en cuanto se vio libre huyó a Matamoros.

Como es natural, el Juez giró orden de arresto, pero si no se lograba re aprehender al fugitivo la fianza se haría efectiva y la empresa sufriría una pérdida considerable. Los propietarios de esta última contrataron a un par de detectives privados, quienes rentaron un auto parecido a los favoritos de la Judicial Federal (Gran Marqués blanco), se presentaron en el domicilio del prófugo y se lo llevaron de vuelta a Brownsville metido en la cajuela del carro.

El escándalo fue mayúsculo.

Para las autoridades americanas no había delito a perseguir porque cuentan con una figura legal parecida a la detención en *flagrante delicto* de nuestro sistema, en su caso llamado *citizen's arrest*. El Cónsul trató de hacer valer la variable del territorio donde aconteció el suceso, pero de nada sirvió.

El asunto se complicó pues a pesar de haber dado parte a sus superiores en México en cuanto se enteró de los hechos, el Cónsul se quedó esperando instrucciones mientras la prensa revoloteaba impaciente a su alrededor.

No se atrevía a hacer declaraciones sin permiso pero por momentos se vislumbraba el peligro de un tratamiento hostil de los medios.

Desesperado llamó a Don Raúl, con quien no existía relación de subordinación formal, pero sí tenía experiencia y podía darle ideas. La serena voz de su ex jefe se dejó escuchar desde San Antonio.

“Si espera instrucciones expresas se va a perder la oportunidad. No le van a contestar porque el silencio es la respuesta, prefieren dejar pasar el incidente a darle a usted permiso para tratar con la prensa.

¿Cuál es el problema?. ¿Va usted a aplaudir lo sucedido?. ¿Pretende felicitar a los invasores?”.

“¡Declare Cónsul!, no se atenga a la Secretaría; mejor pida perdón que permiso”.

Reconfortado por el apoyo de su superior jerárquico se lanzó contra los *detectives*, boletín sus datos a toda la frontera y puso en alerta a las autoridades mexicanas por si algún día cruzaban de nuevo a territorio nacional.

Poco más podía hacerse. No hubo repercusiones derivadas de su decisión a pesar de que la cobertura fue amplia y profusa; una vez más la experiencia de Don Raúl probaba su valía.

Como consecuencia mediata del incidente el Cónsul ganó un espacio de maniobra muy útil, pues de ahí en adelante se atrevió a manejar a los medios sin reticencia ni demora, incluso como una especie de vocero oficioso regional, pues los titulares de los consulados circunvecinos le tenían pavor a la prensa y empezaron a mandar a los reporteros a hablar con él.

También había cierto temor a manejarse en inglés.

Y le llegó de todo. Cierta ocasión se le apareció sin anuncio previo un reportero del *Brownsville Herald* con lo que según él era una noticia sensacional. Por un cable de Prensa Latina se había enterado de que aviones espías soviéticos, operando desde bases cubanas, sobrevolaban territorio mexicano.

El entusiasmado reportero pidió al Cónsul alguna declaración sobre el delicado tema, tal vez ya saboreando un premio *Pulitzer* para su artículo. Por supuesto el funcionario no quería declarar nada, pues obviamente era un asunto ajeno a sus atribuciones y marcadamente controvertido. Fue tal la insistencia del reportero, aunada a ciertas veladas amenazas de publicar una mala imagen del entrevistado, que al final cedió, no sin antes advertirle que no se dejaría acorrallar.

En apretado resumen le dijo:

“Los aviones espías están diseñados para escapar a la detección, volando a alturas descomunales. En otras palabras, no podemos captarlos en nuestros radares”.

“Si pudiéramos detectarlos de todos modos estaríamos maniatados, pues México no posee ni poseerá el tipo de sofisticadas aeronaves o misiles tierra-aire necesarios para amenazar a esos aviones”.

“Si contáramos con algún tipo de mecanismo defensivo capaz de poner en peligro a los aviones espías, habríamos de considerar si en realidad nos espían a nosotros, lo cual es obviamente muy dudoso”.

El reportero se quedó de una pieza y se retiró muy resignado a perder la oportunidad de un premio periodístico.

Ni en ese ni en ningún otro caso recibió el Cónsul llamada de atención de la Cancillería y ello incrementó su audacia.

Pero en cambio cuando quiso hacer uso de la imaginación para promover la imagen del Consulado las cosas no salieron tan bien. En una ocasión organizó un concurso en la preparatoria de Los Fresnos, consistente en escribir un ensayo sobre la labor de un Cónsul y el (la) autor (a) del mejor trabajo sería designado *Cónsul Honorario de México* por un día.

El premio era novedoso, y sin embargo no fue bien recibido en el Distrito Federal.

No obstante, localmente aquello fue de gran impacto y coadyuvó a borrar finalmente los malos recuerdos dejados por su predecesor. Incluso la alcaldía emitió una *proclama* reconociendo a la triunfadora y el Alcalde acudió al Consulado a recibir una tarjeta de turista emitida por ella.

Y con el fin de empaparse debidamente de la problemática fronteriza, especialmente la relativa al flujo de indocumentados, varias veces se embarcó en una de esas camionetas verdes de la Patrulla Fronteriza (*Border Patrol*) y recorrió con el oficial el camino paralelo al río.

El patrullero era norteamericano pero muy aculturado. Le mostró cómo al acercarse a una siembra de cebolla sonaba el claxon y alcanzaba a ver la estampida de trabajadores cruzar el río hacia México. Pasaba lentamente a la vera del campo y cuando ya se alejaba podía constatar por el espejo retrovisor cómo regresaban los labriegos.

También le confesó su método para cumplir con las estadísticas de detenidos.

Cada jueves iba a ciertos restaurantes y arrestaba a todos, cocineros, meseras, mozos, etc. Les daba tiempo a recibir su salario semanal y los llevaba al puente, sabedor de que al día siguiente regresarían a sus puestos para repetir la rutina la siguiente semana.

Cuando el Cónsul inquirió si no era aquel sistema preocupante para el oficial, éste contestó: “es *pior* mi temor de arrestar un día a algún pariente de mi esposa, quien es mexicana de Matamoros y tiene *un chingo* de primos”.

La intensa relación existente entre esas dos ciudades ribereñas se manifiesta mejor con el famoso nombramiento de *Mr. Amigo*. Cada año se organiza un festejo en Brownsville muy parecido al carnaval, el cual recibe el nombre de *Charro Days*, cuyo punto culminante es dicho nombramiento.

El Comité correspondiente delibera varios meses, se supone que consulta discretamente a los posibles candidatos pues las agendas son a veces muy complicadas, toma su decisión y ya cerca de la fecha se traslada a México y formaliza el anuncio.

En buena medida este procedimiento es imaginado, porque todos los pasos del comité se mantienen en absoluto secreto y no se filtra nada.

El Cónsul trató varias veces de obtener la privilegiada información de antemano, pero admirablemente los responsables toman muy en serio su responsabilidad y no ceden.

Casi siempre se elige a un artista y los así distinguidos forman parte del más granado firmamento artístico de México. Matamoros hace coincidir sus festejos de temporada con los *Charro Days* y aprovecha la presencia del artista designado como Mr. Amigo para darle realce a su celebración.

La recepción del elegido era en el aeropuerto de Matamoros siempre, pues llegaba procedente del Distrito Federal. En aquel tiempo llegaban dos vuelos diarios procedentes de la capital, uno en la mañana y otro a las 17:00, y ambos retornaban poco después.

Mr. Amigo tomaba el segundo y la comitiva se daba cita desde temprano en la tarde a esperarlo, aunque la ceremonia de bienvenida era por la noche debido a los usuales retrasos en el arribo.

En una ocasión, yendo el Cónsul al DF al ineluctable *besamanos* en la Cancillería, bajaba de su auto en el aeropuerto de Matamoros a las 16:00, tal como ordenan las instrucciones de las aerolíneas, cuando escuchó un alegre grito:

“¿A poco de veras crees que el vuelo va salir a tiempo?”, seguido de una muy característica risa.

Era Ricardo *Cepillín* (aquel payasito de la tele), yerno de uno de los desayunadores y vecino de Brownsville. Por medio de esa relación se habían vuelto muy amigos.

“Para que se te quite lo *payaso* ¡mira!, ahí va llegando el avión”, le dijo apuntando hacia la pista, donde en efecto aterrizaba el DC-9 de Aeroméxico.

“Te equivocas dos veces”, respondió el mimo, “nunca dejaré de ser payaso y ese es el vuelo de la mañana”.

El Cónsul era solamente espectador de los festejos hasta que se presentó una situación poco común: el designado fue un año el Presidente Municipal de Matamoros.

Jorge Cárdenas, hermano del ex Gobernador Enrique del mismo apellido, es un personaje muy especial. Con una orientación marcadamente populista, su campaña había despertado la imaginación de propios y extraños. Se dio el lujo de derrotar al poderoso PRI dos veces y su simpatía personal era innegable.

Cada mañana se le veía barriendo la banqueta del Palacio Municipal; sus discursos eran cortos, al grano y en lenguaje llano, incluso bronco. Los vecinos del otro lado hacían viaje especial para verlo y escucharlo; se había convertido en toda una celebridad.

Por eso lo nombraron Mr. Amigo.

Jorge no se sentía a gusto en esos trances *internacionales* y no hablaba nada de inglés, así que exigió como condición ser recibido oficialmente en la alcaldía con un discurso en español pronunciado por su amigo el Cónsul.

Nadie protestó.

La oportunidad no fue desaprovechada y el Cónsul redactó un mensaje amable, con tintes de buen humor, el cual fue muy bien recibido.

Entre otras cosas, Jorge escuchó muy satisfecho cómo el orador reportaba las condiciones en que se encontraba Matamoros antes de su gestión, según esto llamada ciudad *karateca* porque *desde lejos daba la patada*; y cómo antes era una ciudad *de primera*, porque ningún vehículo podía acelerar lo suficiente para meter segunda.

El buen éxito del mensaje tuvo dos consecuencias: rompió el hielo de inmediato y le ganó un lugar permanente en la ceremonia.

De ahí en adelante fue el responsable de recibir a los sucesivos homenajeados con el *discurso oficial en español*.

La lista de quienes escucharon entre divertidos, complacidos y emocionados sus palabras es impactante: Juan Gabriel, Roberto Cantoral, José José y Emmanuel. De hecho, con Cantoral hubo inmediata simpatía y se continuó la amistad, propiciada porque el autor tenía casa en un fraccionamiento de las afueras de Brownsville, *Rancho Viejo*.

La afinidad incluía por supuesto el gusto por la música y en una ocasión se reunieron a hacer *bohemia* aprovechando la visita del Wasas, hermano del Cónsul y primera voz en el dueto formado por ambos.

A pesar de la fama y profesionalismo de Cantoral, los *hermanitos Jubar* no desmerecieron a la hora de hacer ruido; y además cantaron canciones aprendidas por su cuenta, es decir, no de aquellas enseñadas por *PachoRuelas* cuando empezaban a cantar juntos.

Mientras tanto, la carrera del Cónsul mostraba algunas variantes.

Su ya prolongada dedicación a la diplomacia nunca había debilitado su vocación jurídica, sino más bien al contrario: la consolidó. Los trabajos del grupo *LicDer* coordinado por el Embajador Becerra Sierra, así como los numerosos rubros de la labor consular de naturaleza estrictamente legal, lo mantuvieron interesado y actualizado.

No obstante, sus funciones notariales eran muy limitadas y en una oficina fronteriza casi nadie solicitaba poderes para actos en México, pues con sólo cruzar el río se topaban con abundantes fedatarios.

Por ello fue tan agradable ser invitado a una mesa muy especial compuesta por notarios, casi todos muy notorios.

Eran cinco *lobitos* acostumbrados a reunirse a comer cada viernes, con la intención principal de conversar y convivir (con beber también); en el fondo como mecanismo de defensa contra un medio algo árido en materia de cultura jurídica; o hasta de cultura a secas.

Uno había sido todo en el sector público de Tamaulipas: Secretario Gral. de Gobierno, Procurador, Presidente del Tribunal Superior de Justicia, Diputado y otras yerbas similares y conexas. Al Cónsul le tocó conocerlo durante la inauguración del primer Juzgado de Distrito, cuando pronunció uno de los más brillantes discursos jamás escuchados por el diplomático.

Pero al sentarse a la mesa cada viernes el impresionante abogado se transmutaba; era sólo un amigo, un hombre de excelente disposición y magnífico humor. Y más le valía.

Entre las primeras cosas aprendidas en aquellas comidas, el Cónsul escuchó estupefacto cómo se aseguraba, sin titubeos, que el sabio político-notario-juriscunsulto era el culpable de todos los males de México.

- Era el año de 1984 y la situación económica parecía irremediable, con una inflación parecida a marcador de basquetbol y una moneda *emperrada* en deslizarse sin parar. -

Cuando quiso saber cuál era la base de tan temeraria aseveración, recibió esta novedosa explicación.

“Mira, cuando el Dr. Martínez Manatou fue designado Secretario de la Presidencia en tiempos de Echeverría, el distinguido tamaulipeco conocía la brillantez y valía de nuestro amigo aquí presente, cuya estrella era innegable y cuyo futuro parecía ilimitado.”

“Nadie niega sus cualidades”, pero también tiene lo suyo.”

“Martínez Manatou lo llamó a México y le pidió acudiera a una cita con él en sus oficinas, sin decirle más pero con la evidente intención de invitarlo a colaborar en la Secretaría.” “Este *cuate* se fue al DF, llegó al despacho del Secretario, se anunció, lo pasaron a una antesala y lo dejaron esperando.”

“Como en esos círculos todo mundo anda muy ocupado la espera se prolongó, y mientras más grande se hacía ésta más corta se hacía la paciencia de nuestro amigo. Al final se hartó, tomó su portafolios y se marchó”.

El Cónsul escuchó atentamente la historia aquella y al final pasó de la estupefacción a la perplejidad.

“Y eso qué tiene que ver con los males del país”, se atrevió a preguntar.

“Pues está claro”, le contestaron, “como no se esperó no pudieron ofrecerle el puesto de Subsecretario reservado para él; ¡y en su lugar se lo dieron a López Portillo!”.

“¡Si tan sólo se hubiera quedado 20 minutos más...!”.

Los amigos *desayunadores* se burlaban de esas relaciones del Cónsul, pues la diferencia de edades era notable; incluso empezaron a decirle “¿cómo te ha ido en tus comidas con los *viejitos*?. “¿Es cierto que uno de ellos cuando va al panteón pasa tirando flores a derecha e izquierda, porque en todos lados tiene conocidos?”.

El Cónsul disfrutaba inmensamente sus comidas con los notarios y esa relación se fue consolidando, sin demérito de los sacrosantos desayunos cada lunes. Poco después, la inquietud intelectual del ilustre causante de todos los males de México lo llevó a abrir una Universidad. Fue un esfuerzo modesto al principio, el cual de inmediato tomó fuerza.

Por supuesto en la planta de catedráticos de la escuela de derecho estaban los *viejitos* en pleno y era sólo cuestión de tiempo la incorporación del Cónsul. Así fue. En cuanto se llegó al semestre donde había derecho administrativo, el nombramiento era inevitable.

Como complemento, la Asociación de Funcionarios Federales quería elegirlo Presidente, era orador frecuente en tres clubes rotarios, el Colegio *Southmost* (extremo sur) lo invitaba a diversas cátedras, la prensa de ambos lados lo trataba muy bien; y sin embargo la vida en la frontera no era sólo cantar y gozar.

El precio pagado por vivir en un lugar con tantas satisfacciones, cerca de la patria y con una sociedad afín a su idiosincrasia, se pagaba en desgaste.

Bajo toda la atmósfera de amabilidad yacía un ambiente perturbador, peligroso.

## HAY PLUMAJES QUE CRUZAN EL PANTANO

El restaurante estaba ya semi vacío y los dos amigos se disponían a beber las últimas gotas del café, antes de pedir la cuenta. Había sido una agradable comida, a pesar de que al Cónsul le molestaba un poco el desperdicio de buen marisco, pues siempre era cocinado de la misma manera: empanizado.

El *Oyster Bar* era un lugar muy popular entre la gente de Matamoros, tal vez porque era limpio, con buen servicio y permitía celebrar reuniones con cierta discreción, todo lo cual compensaba el tiempo invertido en cruzar el puente hacia Brownsville.

Periódicamente, el Cónsul se reunía con el Jefe de la aduana americana, Fernando Macías, con quien lo unía una buena amistad y con quien además debía coordinarse para muchas de sus actividades en la región.

Nativo de Laredo, Texas, Fernando dominaba ambos idiomas y era excelente publirrelacionista, ventaja adicional en el desempeño de sus funciones.

Esa tarde habían estado conversando sobre la traumática experiencia vivida por Macías cuando estuvo en la Guerra de Corea, curiosamente traída a la plática porque en Brownsville se encontró a otro veterano de ese conflicto, quien incluso fue su compañero de batallón.

Pidieron la cuenta y se levantaron de la mesa para ir a pagar a la caja, cuando regresó el mesero a informarles que no se debía nada; la cuenta había sido saldada por el señor que estuvo sentado en la esquina.

“Oiga pero ¿quién era?, si ni lo vimos”, comentó Fernando.

“Pues es de Matamoros, viene muy seguido y deja muy buenas propinas, pero no sé cómo se llama”, contestó el mozo; “pero ¿sabe qué?, la cajera lo conoce; pregúntele a ella”.

Allá fueron los amigos a inquirir sobre la identidad del generoso extraño, y corrieron con suerte porque efectivamente ella sí sabía quién era: “se llama García Ábrego”, les dijo con una sonrisa.

Fernando estaba furioso, casi no podía hablar, “¡es el pinche colmo!”, casi gritaba, ¡este cabrón se burla de mí!”, mientras el Cónsul trataba de lucir cariacontecido, porque la verdad no tenía la menor idea de quién era ese señor.

“¡Cálmate Fernando, te va a hacer daño la comida!”, alcanzó a aconsejar, más apurado por despejar sus dudas que por la salud de su cuate. “¿Por qué te molesta tanto?, ¿quién es ese García Abrego?”, preguntaba insistente.

Cuando al fin fue posible controlar el exabrupto de Macías y éste pudo explicar al Cónsul la razón de su enojo, pudo el diplomático aquilatar la seriedad del incidente.

Esa era la cara oculta de la vida en la frontera.



Prácticamente desde su primera aparición en público hubo interesados en conocer al nuevo Cónsul, algunos de ellos de muy obvia intención y otros más sigilosos. Consciente de los problemas comunes a casi toda frontera; corrupción, negocios turbios, mafias, narcotráfico, entre otros; hasta antes de vivir allí imaginaba esos males como parte de un sector poblacional ajeno, aislado, fácil de identificar y con el cual no tendría que tratar.

Estaba, una vez más, muy equivocado.

Los amigos verdaderos le habían informado quién era quién en la sociedad matamorenses, sobre todo en aquellos casos notorios, cuya fama pública era indiscutible. A pesar de no contar con antecedentes penales o encontrarse bajo investigación formal, no era difícil distinguir a los *capos*, pero en algunos casos eran éstos demasiado poderosos como para ignorarlos totalmente.

Se acostumbraba celebrar periódicamente desayunos *políticos* en el restaurante *Piedras Negras*, propiedad de Juan N. Guerra, a quien la vox populi atribuía el título de *capo di tutti capi*, o sea el mero mero. Tampoco él había sido acusado penalmente ni existía averiguación en su contra, pero la opinión pública era inapelable.

A esos desayunos acudían casi todos los funcionarios federales importantes y se decía que en ellos era posible arreglar asuntos de compleja solución, amén de disfrutar de opíparos desayunos y atención realmente esmerada.

El Cónsul fue desde luego invitado y hasta presionado a asistir, pero antes de tomar una decisión acudió a sus amigos en busca de orientación y consejo.

Básicamente recibió dos tipos de respuestas:

Para algunos, los encuentros eran valiosos por la naturaleza de los asistentes, no por la dudosa calidad ética del organizador; según esta postura nada impedía asistir, pues en las inmortales palabras de Díaz Mirón: “hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan”.

Para otros en cambio, aquellas reuniones se insertaban en una tradición ya superada, fundamentalmente porque ya no era necesario reconocer a ciertos caciques para poder desempeñar las funciones y atribuciones de un encargo. Ya no giraba todo alrededor de ciertos *jefes*, sin cuya aquiescencia nada podía lograrse.

Asistir a esos desayunos mandaba un mensaje equivocado. Además, a juicio de éstos el carácter casi institucional del evento se debía a la insistencia de un grupo de funcionarios incondicionales del anfitrión, los cuales eran prácticamente mayoría, pero no gozaban de buen prestigio.

Incluso verse relacionado con ese tipo de servidor era poco recomendable.

El Cónsul tomó la determinación de abstenerse y nunca se arrepintió de esa decisión.

En la frontera misma el problema de la corrupción era endémico. Se acostumbraba contar la anécdota de cierto exitoso empresario de Matamoros, quien había preguntado a su primogénito qué pretendía ser cuando fuera grande.

“Aduanero”, habría contestado sin titubeos el menor.

“Pero un agente de esos es igual que un policía, ganan muy poco”, refutaba el empresario.

“Sí, pero gastan muchísimo”, sentenciaba el imberbe.

El Cónsul pudo constatar la *normalidad* de las prácticas corruptas cuando denunció el maltrato sufrido por un grupo de señoras al llegar a Matamoros.

El oficial de migración ni siquiera se había levantado de su lugar, donde estaba reclinado con los pies en el escritorio, cuando llegaron a documentarse las visitantes y de manera totalmente despectiva les aventó el documento de entrada, cual migajas lanzadas a un hambriento pajaraco.

La queja oficial fue atendida por el Subdelegado, quien comunicó al Cónsul la dura sanción aplicada al irresponsable y mal educado oficial: iba a pasarse dos semanas trabajando en las oficinas interiores, es decir, sin participar de la *Polla* (caja donde se concentraban los dineros recabados por concepto de propinas, exacciones, *mordidas* y extorsiones de cada turno).

Uno de los desayunadores contaba un incidente observado encontrándose en las oficinas de migración del puente.

Según él, un centroamericano llegó a documentarse por ir de paso a su país y lo atendieron entre tres elementos: uno para la ejecución del formato de solicitud, otro para mecanografiar el permiso y finalmente uno que firmaría y sellaría el documento.

Después de pasar por el primer trámite, se dirigió el transmigrante al segundo escritorio y esperó pacientemente a que le llenaran el permiso; mientras ello sucedía, el primer oficial le gritó inesperadamente:

“¡Oye!, ¿cuánto me diste?”.

A lo cual respondió el solicitante: “20 dólares”

“¡No!”, se apuró a corregir el oficial, “¡de estatura!, ¡que cuanto *mediste de estatura!*”.

Así se las gastaban.

A pesar del insolente descaro con que se hacían las cosas no era posible aislarse y dejar de tratar con ellos. En algo ayudó vigilar de cerca las reprobables actuaciones, pero ni era posible filtrar todo ni era parte de sus funciones convertirse en contralor oficioso; además tenía que funcionar y ello implicaba no alienar a sus *contrapartes*.

De hecho, los únicos incidentes vividos en el desempeño de sus funciones cotidianas se relacionaban con ese ambiente *especial* de la frontera.

Una vez pidió hablar con él un solicitante de pasaporte quien de plano se negaba a llenar los requisitos, un poco en el estilo de los paisanos que llegaban a migración americana y los recibían con una frase de rutina: “¿traes papeles o traes una larga y triste historia?”.

Así era el reacio solicitante. Sin embargo lo recibió y lo conminó a cumplir con el reglamento, a lo cual respondió el interesado:

“Pos’ te doy una *tajada*, yo sé ser agradecido”.

“No, fíjese que aquí no somos *rockolas*, no trabajamos solamente si nos echan monedas”.

“¡Ah!, ¿ya ves cómo eres?”, contestó el decepcionado individuo.

Una mañana, al escuchar una agria disputa en el área de recepción del Consulado, salió el Cónsul a mediar y tranquilizar los ánimos, con tan buen éxito que resultó demandado por un furioso paisano.

Desde tiempo atrás se presentaban reclamos porque el Cónsul se negaba a hacer las cosas *como siempre se han hecho*, a pesar de que en la mayor parte de los casos lograba reducir los trámites y agilizar el despacho; pero en unos cuantos, al corregir prácticas viciadas, afectaba intereses y estos contaban con fieros defensores.

En esa ocasión se trataba de uno de éstos.

El interesado pretendía se le legalizara la copia fotostática de un documento mexicano, simplemente porque lo había *notarizado* un notario norteamericano; pero el Cónsul detectó que el notario certificaba la autenticidad de aquella copia, lo cual le está vedado por su propia ley, y se negó a autorizar la legalización.

A gritos intentaba el sujeto aquel convencer al empleado y más tarde al propio Cónsul, de que no debía importar el contenido del documento, pues él sólo quería legalizar la firma del notario; “límitese a decir si es o no es notario y si es o no su firma”, le espetó casi violento.

“De ninguna manera”, contestó el diplomático, “si se le legaliza va a ser aceptado como documento auténtico basado en mi firma, lo cual es del todo indebido porque no es auténtico ni se notarizó en uso de facultades legales”, remató.

“¡Pues con o sin su autorización ese documento será legalizado, va a usted a enterarse de quién soy yo!”, amenazó mientras se retiraba furibundo el solicitante.

Poco después, se recibió una denuncia en la Contraloría Interna, por abuso de autoridad, violación de la garantía de audiencia y otras conductas indebidas.

El procedimiento fue largo, tortuoso y muy cuidadoso, pero antes de su culminación se interpuso un incidente.

Al mes siguiente, cuando le hablaron de la Cárcel del Condado para pedirle entrevistar a un detenido, poco se imaginaba el Cónsul que se re encontraría con su acusador.

En efecto, cuando llegó a ofrecer la protección de su investidura diplomática, hubo un embarazoso silencio al reconocerse ambos. Claro que su obligación era ayudar al paisano y así lo hizo sin reticencia y sin mencionar para nada el incidente anterior.

Logró liberarlo bajo su custodia, llevarlo personalmente de regreso a Matamoros y dejarlo en manos de los atribulados familiares, quienes no sabían qué hacer ante la peculiar situación.

Nada pidió, nada reprochó, cumplió su obligación y hasta ahí dejó el asunto.

A la semana intentaron retirar la denuncia, lo cual fue agradecido pero declinado por el Cónsul, deseoso de sentar un precedente y de limpiar su nombre. La Contraloría resolvió a su favor y el asunto fue archivado, pero los criterios usados para la decisión pasaron por alto el fondo del asunto y se basaron en falta de pruebas del actor, con lo cual se quedó sin precisar el tema de las *legalizaciones ilegales*.

No puede cerrarse ese tema sin aclarar que la combatida interpretación ha perdido importancia, dada la tendencia a sustituir las legalizaciones por la apostilla.

Dicen los expertos que la ineficiencia es una forma de corrupción. Cuando los asuntos encargados a una persona ineficiente son vitales, trascendentales, su manejo torpe debe considerarse como equivalente a la corrupción. Lo mismo puede decirse cuando se manipula la información.

El encargado de protección a mexicanos en el Consulado era un joven profesionalista designado para el cargo desde la cancillería. Mucho se esperaba de él, pues venía capacitado y especializado. Para el Cónsul aquello representaba un alivio, pues hasta entonces se encargaba personalmente del departamento.

Llegar a la oficina de su Jefe con el primer caso a su cargo fue motivo de gran orgullo para el joven aquel.

“Aquí le traigo mi primer caso Cónsul”, dijo *hinchido* de satisfacción, “es un asunto de salarios”.

“Lo felicito”, dijo el titular, “a ver, dónde trabajaba el paisano”.

“¡Chin!”, respondió aquel, “¿tiene que ser paisano?”.

“¡Pues claro que sí!”, respondió el Jefe, “no podemos atender casos de extranjeros”.

“¡Ah no!”, dijo el empleado, “¡si no es extranjero!, ¡es de este país!”.

En otra ocasión se presentó a plantear un caso de sustracción ilegal de menor por uno de los padres.

“Ahora sí vengo bien preparado Cónsul”, empezó, “aquí tengo toda la información del incidente”.

“Bueno, me parece muy bien”, suspiró nuestro personaje, “¿cómo se llama el menor?”.

“¡Chin!”, exclamó, “¡usted siempre le atina a la única información que me falta!”.

La vida en la frontera tiene muchos inconvenientes, en buena medida propiciados por esa línea imaginaria que separa a las autoridades y aprovechan los delincuentes. No necesita la propaganda sensacionalista ni el manejo ineficiente; ambos, sin embargo, están presentes.

La prensa de la región es muy dada a escandalizar con los incidentes fronterizos. Todo mundo sabe que el Río Bravo es el cementerio de los mafiosos, pues muchas veces ejecutan a alguien y va a tirarlo al río.

No obstante, cada cadáver recuperado se cuenta en la prensa como si fuese un trabajador *ilegal*<sup>66</sup> (el término es odioso e incorrecto, pero les encanta) fallecido al tratar de internarse al vecino país.

Los abusos de la Patrulla Fronteriza, que sin duda los hay, nunca son balanceados con información como la obtenida por el Cónsul en su recorrido por el *bordo* con aquel cándido patrullero.

La cantidad de cruces exitosos es impresionante. Muchos sólo van hasta la frontera, otros acuden a desempeñar trabajos temporales, la mayor parte va y regresa sin detección ni problema; y sin embargo eso no se reporta, lo importante es el caso dramático, sensacional.

A pesar de las extraordinarias relaciones transfronterizas, persiste la incompreensión en algunos temas.

---

<sup>66</sup> Las personas no pueden ser legales o ilegales, sus conductas sí.

“Oiga cómo son exagerados los *gringos*”, “nomás porque le eché una mentirita al del puente ¡ya me quería meter a la cárcel!”. Los mexicanos nunca entenderán que para sus primos del norte mentir es gravísimo, sin importar el tamaño de la mentira.

“¡No vayan a Meccicou!”, predicaba el joven de larga melena, “por solos tener uno cigarrillos de Mariguana llevarte a cárcel”. Para los americanos es incomprendible esa obsesión de las autoridades mexicanas con en combate a las drogas, *aún a poquitas cantidades*.

Allá se ponen la bandera en los calzones y nadie dice nada; acá puedes tirar basura en la banqueta y no te arrestan.

Cuentan que una vez se encontraron en medio del puente dos perritos; se saludaron y el que venía a México preguntó al de acá: “¿a qué vienes a mi país?”.

El perro mexicano respondió: “voy a pasear por los jardines limpios, a cruzar la calle sin miedo a ser atropellado, a visitar las bellas instalaciones”.

“Y tu ¿a qué vienes a mi país?”, preguntó a su vez.

Sin pensarlo mucho replicó el perro *gringo* “voy a ladrar”.

Y así es, los paisanos se vuelven modelos de conducta apropiada en cuanto cruzan la frontera, hacen el alto total, respetan los límites de velocidad, no tiran basura, hasta se abrochan el cinturón; los americanos que nos visitan se vuelven desordenados, escandalosos, destrampados, sucios, todo eso con sólo entrar a México.

La situación podría tornarse tensa, explosiva; afortunadamente son muchos más los puntos de contacto que los temas de separación.

Lo malo de todo eso, desde la perspectiva de un funcionario consular mexicano, es el peligro de tropezar con una situación inesperada o inusitada y arrostrar después consecuencias de ella.

Así aconteció cuando fue invitado a visitar las instalaciones de la Federal de Seguridad en Matamoros. Ni existía razón fundada para rehusar, ni sabía en qué se estaba metiendo.

El Comandante recibió al Cónsul y a su segundo muy amablemente, los escoltó en recorrido por todo el edificio, les hizo una demostración del sistema de comunicaciones y después les convidó una cerveza.

Mientras conversaban de esto y aquello el Cónsul quiso saber más de la institución, de la cual ignoraba casi todo. Escuchó interesado la explicación del Comandante y pudo ubicar entonces el carácter de esa corporación.

Pero su comentario casi hace que el anfitrión se atragante con la cerveza: “a ver si le entiendo, ustedes no se encargan de prevenir delitos ¿verdad?, son más bien policía *represiva*”.

El tono bermejo del rostro del Comandante le aconsejó mudamente calificar su aseveración y agregó apurado:

“En la escuela de derecho nos enseñaron que fuera del ámbito territorial de su jurisdicción solamente hay dos tipos de policía según la naturaleza de sus atribuciones: preventiva y represiva; no uso éste término de manera peyorativa”.

Lentamente respiró de nuevo el segundo del Cónsul y recuperó su color normal el Comandante.

Al salir de ahí cayó en cuenta de los dos grandes riesgos asumidos al aceptar la invitación: ser considerado correligionario de los controvertidos (por lo menos) federales, o decir algo que lo pusiera en la mira de éstos. Tan malo uno como el otro.

Todo por no saber.

El Cónsul tuvo la inmensa fortuna de contar con ese grupo de amigos ciertos, en quienes siempre pudo confiar y quienes lo protegieron cuanto pudieron: *Los Desayunadores*. Sin ese elemento las cosas pudieron haber sido muy distintas, amargas quizás.

Durante una de las comidas privadas organizadas cada mes, un joven abogado miembro de los desayunadores se admiraba, un poco al calor de las copas, de la forma cómo se había integrado y extendido ese admirable grupo a pesar de ser tan heterogéneo.

Según él, todo cayó en su lugar con la llegada del diplomático, pues actuó como catalizador deliberado o accidental.

En medio de su sesuda disertación se daba tiempo para lanzar disimuladamente pedazos de hielo a los otros invitados, sin respetar rangos o canas.

Explicó enseguida al escamado Cónsul lo difícil que es integrar a funcionarios públicos con militares, profesionistas, comerciantes, agricultores, payasos (*Cepellín*), diplomáticos y sobre todo *vagos*; de cuya hazaña hacía responsable al propio Cónsul.

Todo eso lo decía con emocionada voz, mientras cabeceaba para esquivar un *hielazo* dirigido a su cabeza con muy malas intenciones.

En eso sonó el teléfono y el Licenciado se apresuró a contestar, consciente de la importancia de los comensales y en una época en la que no había celulares.

“¡Bueno!”, contestó tronante en el más puro estilo norteamericano.

“¿Es el 3-48-25?”, preguntó una voz no muy segura.

“¡Nomás al 3 le atinaste bruto!”, casi gritó el abogado, para de inmediato suavizar el tono y decir, “sí, sí es, ¿con quién quieres hablar?”.

Amedrentado el hombre sólo alcanzó a balbucear “¿pero es el Restaurante La Carreta?”.

“¡No, es el Zoológico y ya me voy porque tengo que darles de comer a estos animales!”

Ahí se vio interrumpido por un certero cubo de hielo que se estrelló en la bocina del teléfono, proveniente de Arnoldo (cuándo no).

“¡Ya te vi víbora!”, le gritó, “pero al cabo era tu esposa y ya le colgué”.

De repente regresó a la melancólica conversación con el Cónsul como si nada hubiera pasado:

“No hay muchos como tu Henry, de veras”, le dijo casi sollozante; y después de una dramática pausa agregó “¡Gracias a Dios!”, y ya no pudo continuar su sentida confesión porque ambos tuvieron que meterse bajo la mesa ante el nutrido *bombardeo* de proyectiles de todos tamaños.

Por seis años fue casi religiosa la asistencia cada lunes a los desayunos, a tal grado fiel, que la Mariana llegó a decirle: “ojalá no me muera en lunes, porque primero vas a ir al desayuno y después al funeral”.

A su vez, la esposa del famoso Arnoldo se admiraba de la cariñosa relación desarrollada entre ellos, pues al parecer el cáustico humor de su consorte alejaba rápidamente a casi todas las amistades.

Cuando éste sufrió una dolorosa pérdida, el grueso de los acompañantes fue el grupo e inclusive el Cónsul agradeció a nombre de la familia las muestras de afecto y solidaridad en el cementerio.

Los beneficios de esa amistosa asociación fueron pues, múltiples: pudo relacionarse con toda la sociedad matamorenses; evitó ser devorado por los siempre alertas intereses negativos; recibió protección de todo tipo; contó con una excelente válvula de escape contra las tensiones y presiones; y mantuvo los pies en tierra a pesar del canto de algunas sirenas, pues ningún ego puede desbocarse cuando hay 20 frenos a la mano.

Su adscripción en Brownsville resultó casi tan prolongada como en Chicago (seis años), pero las diferencias entre una y otra experiencias deben ser evidentes después de recorrer estas páginas.

Por ello se agiganta la grata presencia de esos amigos inolvidables.

Brownsville le enseñó el valor de la responsabilidad, la libertad relativa de ser titular, la seguridad de probar sus alas y poder remontar el vuelo; también la soledad del mando y lo preparó para otras empresas de mayor envergadura.

Seguiría ahora el salto descomunal a la cúspide de su carrera, de sólo un escalón, pero de tal magnitud que muchos jamás logran salvarlo.

Significaría también un radical cambio de aires después de 13 años en Estados Unidos, con un destino exótico, muy lejano y totalmente distinto del medio ya dominado.

También habría cambio relativo de nombre, de Cónsul a Cónsul General, aunque en la práctica seguiría siendo *el Cónsul* por muchos años más.

Pero eso es ya otra historia; otra década.

## C O L O F Ó N

“Recordar es vivir, vivamos recordando”, decía un popular locutor mazatleco de los cincuenta al empezar su programa diario. Revivir cinco décadas en compañía de nuestro personaje es hacer precisamente eso.

Tal vez para algunos este recorrido no sea más que un monumental auto elogio, pero en parcial descargo puede señalarse el consistente tono amable usado en todo el relato, el cual resalta las virtudes de esos personajes indeleblemente grabados en la memoria del protagonista.

Se habla bien de Don Carlos, de Ernie, *el Chato y el Negas*; de Malacón, Fortunato y *Polo*; de FAM, Becerra y Ojeda; así como de los *desayunadores y los viejitos*. Todos influyeron en mayor o menor medida en el destino del diplomático; todos merecen reconocimiento por ser como son, o como fueron.

Otros podrán leer la narración como testimonio personal de una época, casi medio siglo, o bien como una cadena de retratos dibujados con el pincel de la amistad, de la admiración. Ahí quedan dibujados el *Jumberto*, el Oscar, el *Chava*, el *Gilillo*, el *Chuy Reyes*, Alarid, el *Tanganito*, los 3 *CHs* y Juan Millán.

A través de su vida cruzaron numerosos amigos leales, entrañables, fraternales; pero sus hermanos fueron siempre el eje de sus relaciones amistosas. Algún acierto debe acreditarse a los padres, pues supieron sembrar la simiente de un cariño profundo entre ellos.

Siempre se buscaron y cruzaron enormes distancias sólo para estar juntos; las vivencias provienen de la temprana niñez y se prolongan hasta la madurez.

Seguramente habrá quien se interese sólo por los personajes y anécdotas rosarenses, por ello cuenta la presencia de *Chebo*, *el Tranqui*, *el Pica*, *el Loco Aguilar*, *los canarios*, *el Nacho*, *el Pipiolo*, *el Cuín*, *Pepe López Portillo* o el *Casimiro*.

También es de esperar que alguien disfrute y aproveche las experiencias de un diplomático sinaloense.

Al fin de cuentas lo deseable es, parafraseando a cierto maestro de Derecho Romano en la UAS, “que todos tengan parte de razón”.

Desde el principio se hizo advertencia sobre la naturaleza ecléctica de la narración, parte crónica, parte ayuda de memoria, parte testimonio y además con injustificadas pretensiones de documento histórico.

Tal vez no sea nada de eso y todo ello también.

Ciertamente habrá frustración entre quienes esperaban sensacionales revelaciones, escándalos, esqueletos largamente guardados en el armario; pero si en algún pasaje sonrió, si cree que podrá contar algún episodio en la siguiente reunión de amigos, si conoce o le recuerdan a alguien los fantasmas aparecidos en las diversas décadas; el propósito estará cumplido.

Todo final lleva una carga melancólica, pero en este caso no es inexorable ni indefectible; culmina una etapa, mas queda en el tintero la *amenaza* de atacar otras décadas posteriormente.



Ya ha habido voluntarias aportaciones a manera de *apuntes para la otra*, tanto de sucesos acaecidos en El Rosario como de recuerdos de adscripciones ulteriores: Brasil, Miami y el retorno a la patria.

La vida del *Quiquito* se renueva cuando el primogénito del Cónsul es apodado de la misma manera y el recorrido diplomático ya próximo a su culminación se repite cuando otro retoño elige la carrera del Servicio Exterior.

Por eso, se tiñe de satisfacción, más que de nostalgia, la llegada a la meta; porque queda la sensación de haber sostenido una larga charla con amigos, unos conocidos y otros por conocer.

Cómo negar esa amistad si juntos hemos llegado hasta aquí, hasta el final.

Como dijera el abogado de Matamoros:

“¡Gracias a Dios!”.

FIN